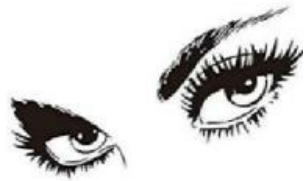




TUS OJOS
color mar

CÉSAR BATISTA

*Tus ojos
color mar*



CÉSAR BATISTA

Título: Tus ojos color mar

©César Batista, 2020

©Diseño de portada: Clau Pardo

©Corrección y maquetación: Melanie Lizarazo

Contacto: MelanieLizarazo@gmail.com

ISBN: 9798606327805

Safe Creative: 2001292955960

Primera Edición

Argentina, 2020

Todos los derechos reservados. Es propiedad del escritor. No puede ser reproducido en su totalidad, ni parcial o transmitido por ningún medio electrónico, mecánico, de grabación, fotocopia, microfilmación o en cualquier forma sin el consentimiento del autor.

Para ti, que me guías desde el cielo.

Prefacio

El imponente atardecer era testigo de lo que le sucedía a Dante. Con un pie sobre la acera y el otro sobre la vía del tren, esperaba angustioso su destino.

—Son las seis en punto —se decía a sí mismo mientras controlaba su reloj de pulsera—, en diez minutos llegará.

Sabía el horario en el que cruzaba con exactitud. El bocinazo del tren lo sobresaltó. Cada segundo le parecía eterno en la estación.

—¡Llegó la hora! —Exclamó sin tener un receptor de sus palabras—. El recuerdo se apodero de él, era tan nítida la voz de su madre hablándole, que casi podía percibir su perfume en el aire.

«¡Felicidades! ¡Qué orgullosa estoy de ti!», le comentó entre lágrimas y abrazos. La alegría de la evocación y la calidez de los brazos de una madre orgullosa, le hizo saber que hizo bien. Se había graduado de profesor. El calor de los efusivos gestos lo reconfortó de la gota fría que recorría su espina dorsal.

Tan apresurado estaba en terminar con lo que le ocurría que no tuvo en cuenta con qué se iba a encontrar, valga la redundancia, el que lo encontrara. ¿Podrían reconocerlo con rapidez? ¿Pasarían muchos días hasta que notaran el cuerpo? ¿Lo extrañarían?

El tren avanzaba por el carril a toda marcha. Dejó caer su mochila a un lado. Palpó de inmediato su bolsillo trasero en busca de la billetera. La abrió con desesperación, los dedos le temblaban ante el crítico momento. Con ansiedad sacó el documento de identidad. Por muy inesperado que pareciera, una foto voló hasta sus pies y se posó en sus zapatos. La levantó y la escrutó de hito en hito.

—¿Qué me habrá pasado? —habló con el papel entre sus manos.

Era una fotografía que tomó su padre, en la cual immortalizó la felicidad de su hijo al obtener el título. Sus ojos estaban más vivos que nunca. Recordó las palabras que soltó justo al salir del examen:

—¡No lo puedo creer! ¡Soy profe! —Esbozó una sonrisa de felicidad mezclada con temor—. ¡Qué feliz era!

El tren estaba a solo cien metros. Sus pensamientos se arremolinaban.

—¡Maldita sea! —Colocó el otro pie sobre la vía. Extendió sus brazos, imitó a un pájaro en pleno vuelo. Sus pulsaciones incrementaron y toda su vida pasó por delante a gran velocidad.

Tomó una profunda bocanada de aire, hinchó sus pulmones y esto infló su pecho que se exacerbaba con creciente pánico. Apretó sus puños y decidió saltar.

—¡Adiós!

Y el suspiro se lo llevó el viento, no se pudo garantizar que la palabra logró salvarse del mismo destino. Dante cayó con pesadez en las vías, apretó sus párpados para no ver el triste final. El tren continuaba su marcha, las bocinas no daban tregua y un maquinista afligido realizaba todo tipo de maniobras, tratando de detenerse.

Pero eran inútiles.

Lo sabía el corazón, lo sabía el conductor y lo sabían los pájaros que en bandada se retiraban. Sobre todo, lo sabía él.

Sus pensamientos atontados reaccionaron ante el peligro y el sabio corazón se aferró a otro amor, uno más grande y sincero que el que lo destruyó. ¡El amor a la vida! Su vida.

—¿Perderlo todo? —Revoloteó las pestañas y divisó la maquinaria que se aproximaba—.

¡Tengo que salir de acá!

El instinto de supervivencia espabiló: intentó correrse de las vías, tan apresurado, que sus respiraciones se confundían con el vaho de humo que se aproximaba. El tren estaba muy cerca. Trepó al andamio. Desafortunadamente, una mano resbaló y tambaleó. Ladeó su cabeza, vio por el carril el vehículo acercarse, sus ojos se humedecieron.

—¡Sálvame!

Capítulo I

Era de noche cuando Dante se corrió al bar, fastidiado consigo mismo por lo sucedido años atrás. Quiso distraer su mente y no pensar más en aquella mujer que le rompió el corazón. Aunque lo intentase olvidar, su recuerdo lo perseguía. El calor insoportable del mediodía fue un vaticinio de la tormenta que se desencadenaría horas más tarde en la ciudad de Posadas. Era un efluvio furioso, el vidrio del portal estaba húmedo e impedía ver qué había adentro. Empujó la puerta y entró. Un aire caliente y acogedor le entró por los orificios del saco de lana estirado y una sensación de bienestar le hizo sentir bien del todo, se olvidó por unos minutos de su desolada vida.

El bar estaba casi vacío. Una señora se arreglaba el maquillaje en la única mesa junto a la ventana. Un señor obeso y calvo engullía sus tallarines. Quedaban cinco o seis mesas vacías. Dante ocupó la de la derecha junto al excusado. Desde ese ángulo divisaba todo. El mozo escondido detrás de la vitrina de los vasos, fumaba y apuraba un vaso de cerveza. El Lugar estaba mal iluminado y olía a aceite quemado.

Pidió al hombre con perentoria una medida de whisky. Mientras esperaba, se quedó atisbando cada uno de los detalles del viejo bar. Luego de beber, dejó en la mesa una propina y se dispuso a marcharse. Fue en ese preciso momento cuando la vio ingresar con un sobretodo amarillo napolitano opaco, que le llegaba hasta las rodillas, y un gorrito de lana gris, de dibujos tribales geométricos, que ocultaba sus rizos rubios. *Era Johana*. De inmediato, dejó de nuevo el paraguas en el piso y levantó la mano derecha hacia el lugar donde ella se encontraba para que advirtiera su presencia. Apenas lo observó, fue directo hacia él para saludarlo.

—¡Hola, Johana! ¡Tanto tiempo!

—Hola, Dante. Han pasado varios años de la última vez que nos vimos.

—¿Compartimos la mesa? —Le indicó con alegría la silla que se encontraba frente a él.

El rostro de Dante cambió desde el momento en que la examinó. Sus labios comenzaron a pronunciar una leve sonrisa, sus ojos verdes marinos cobraron vida, pues él la recordaba muy bien a ella, no sólo por ser su ex novia, sino porque sabía que era una excelente persona, de aquellas que no abundaban en el mundo. Se preguntó de inmediato por qué terminaron su relación, si ella era muy buena con él.

—¿Cómo estás? ¿Qué fue de tu vida? —Así inició la conversación.

—¡Muy bien! Estuve viajando mucho estos últimos años.

—¡Qué bien! Me alegro que estés bien. ¿Y a qué lugares fuiste?

—Uff, la verdad, muchos. —Al ver que su oyente esperaba más detalles de los lugares, continuó con perspicacia—: Por casi toda Latinoamérica. —Enumeró cada lugar con sus finos dedos, trató de recordarlos todos.

—¡Vaya que viajaste mucho! —gorjeó sorprendido—. Viajar es hermoso.

—Totalmente de acuerdo. ¡Me encanta disfrutar la vida viajando! Hasta estuve pensando seguir la carrera de azafata. —Culminó estas palabras con una gran sonrisa—. Actualmente estoy viviendo en Ecuador. Vine a Misiones de vacaciones, dentro de pocos días regreso. Siempre viajamos con mi novio, a él también le encanta viajar. Sin embargo, esta vez no pudo viajar por cuestiones de negocio.

Ella tenía una locuacidad impresionante. En algunos momentos de la conversación, Dante gesticulaba al levantar las manos y mostró sus rosadas palmas en actitud de calma. Juntos recordaron viejos tiempos, y él pudo notar en el brillo de sus orbes color ámbar, que una chispa de aquel amor que tuvieron aún perduraba en ella.

—¿Tenés planes para mañana a la noche? —Dio pequeños golpecitos en la mesa, intentaba retenerla lo más posible en la conversación que mostraba signos de llegar a fin.

—No, todavía no hice planes. Ayer recién llegué —contestó a la vez que enredaba su dedo índice en uno de sus bucles, esperó ansiosa una invitación.

—¿Qué te parece si vamos a cenar? —sentenció él, aprovechó esos buenos recuerdos que conservaba.

—¡Me encanta la idea! —comunicó con alegría y simpatía, rasgos que la caracterizaban con suma facilidad.

Al llegar a su casa, Dante se recostó en el sofá y tomó media botella del vino que guardaba en el aparador. Se durmió en la suavidad del sillón con la televisión encendida y la botella en la mano.

Estaba dando clases cuando de repente ingresó al aula un hombre muy apuesto, de unos treinta años, de esmoquin blanco. El individuo llevaba unos zapatos de charol de un lustre espejado. Se acercó a Dante y enunció con tono displicente:

—¡Ve aquí a mi futura esposa! Nadie podrá separarnos.

El aula era cada vez más pequeña, se encogía hacia él. Los alumnos se reían, socarrones. Las figuras se difumaban, se hacían tan borrosas que no se podían distinguir. Parecían estar todos en su contra; las risas, los rostros, el hombre de esmoquin... todos giraban como torbellinos sobre su cabeza, le sofocaban hasta el mareo y le producían una sensación nauseabunda. En ese instante ingresó al aula una figura femenina, ¡sí, era Anariell! Estaba tan hermosa que él no se creía digno de mirarla, con un vestido de novia blanco y un ramo de rosas rojas en las manos. Se acercó hasta él con lentitud y lo besó con sus labios rojos carmesí en la mejilla.

—Tienes que seguir tu vida —susurró a su oído.

Justo en ese instante se despertó de un sobresalto, fue una horrible pesadilla. Llevó sus manos al rostro y pudo comprobar que lloraba, por sus mejillas se deslizaban pesadas gotas de agua salada. Se restregó los ojos al bostezar y se fue a dormir a su habitación, pensó en lo real y extraño que fue ese sueño. ¿Por qué soñó con ella?

Al día siguiente, se fue junto con Johana al restaurante ubicado sobre una de las calles más transitada de la ciudad, a una cuadra de la casa de gobierno. Ella lucía un vestido azul francia, el cual entallaba las curvas de sus caderas, y unos zapatos finos de tacón aguja, que resaltaban sus firmes pantorrillas. Se había hecho un peinado especial para la ocasión, con un rodete al mejor estilo de María Antonieta. Dante, sin embargo, estaba vestido como de costumbre, una camisa a cuadros, unos jeans azules y zapatillas negra de lona. Estando ya en el lugar, se sentaron en la mesa junto al gran cristal.

Johana esa noche se encontraba introvertida, como si aquella esencia de alegría y candor no se encontraran en ella. Una vez que el mozo les alcanzó el opíparo pedido, se dispusieron a cenar.

—¿Y cuándo volvés a Ecuador? —preguntó él.

—Voy a quedarme en Posadas hasta que la situación del país se estabilice un poco. —Se limpió con la servilleta sus labios carmín.

—Desordenó todos tus planes, ¿no?

—Así es. —Se limitó en responder.

—¿Qué te sucede? Te noto distraída, algo callada.

—No es nada, solo tuve un día malo. —Intentó ocultar sus verdaderos sentimientos.

Él la exhortó: —¿Por qué no me dijiste antes? lo dejábamos para otro día. No tenías que venir

por obligación. —Al seguir viéndola retraída, inquirió—: ¿Seguro que es solo eso?

—Ayer volví a discutir con mi novio por teléfono —confesó entre sollozos—, es muy celoso. Uno de los motivos por los cuales estoy en Posadas es porque decidimos darnos un tiempo. Anoche volvió a llamarme, diciéndome que regrese, y como me negué, prometió venir a buscarme.

La primera reacción de Dante fue fijarse en el rostro y los brazos de ella, para ver si tenía marcas de golpes que él no advirtió el día anterior, la inspeccionó sin miramientos. Al no verlos, se levantó y se sentó a su lado, le ofreció consuelo.

—En toda relación hay conflictos, ya que no somos perfectos. Pero lo bonito del amor es pasar esa tormenta juntos, sabiendo que hay un sol que iluminará al día siguiente. Sí, sé que suena muy poético y en la realidad se hace difícil, mas créeme, es la verdad.

Al decir esas bellas palabras, le ofreció un pañuelo que sacó del bolsillo trasero de sus pantalones, para que se secara las lágrimas que brotaron sin cesar de sus bellos luceros. La rodeó con sus fuertes brazos y ella pronunció consternada, con sus labios reseco que aún temblaban, con un leve y casi imperceptible gimoteo:

—Que tonta soy, vos invitándome a salir a cenar y yo acá, agobiándote con mis problemas.

—No, no pienses eso —replicó enseguida—. Soy yo el que no se dio cuenta desde un principio lo que te pasaba. Me dejé llevar con mis habladerías y ni te di tiempo de preguntarte nada.

Él comenzó a contarle sobre las batallas perdidas en el amor, entró en sintonía con ella y la hizo su confidente.

—Hace años que estoy solo. La última relación que tuve, mi novia por aquel entonces, me engañó con un colega. —Se rascó su desmechado cabello y se reprochó por aquella actitud que aún no lograba comprender del todo.

—No te merecía, es muy seguro que sea por eso. Una persona que engaña de esa manera merece estar sola. Sos una persona excepcional, seguramente vas encontrar muy pronto a la mujer indicada.

Ambos se retiraron del restaurante y se fueron a caminar a la plaza 9 de Julio bajo la luz de la luna. Los grillos parecían una espléndida sinfonía de coral, semejantes a los que se escuchaban en la misa de la catedral horas antes. Johana sacó un paquete de cigarrillos de su cartera y comenzó a fumar. Dante la acompañó. Con el cigarro entre los dedos y exhalando el humo, él rio:

—Y pensar que nosotros fuimos novios, pero más que eso, somos muy buenos amigos.

—Sí, tenés toda la razón. Nuestra relación es mucho más que eso. Muchas personas no lo comprenden, y piensan que, porque ya no son novios, tienen que odiar al otro. Yo pienso que, si se termina en buenos términos, se puede seguir siendo amigos.

Los días siguientes fueron para Dante una bendición, pues tenía la compañía de Johana. La amistad y confianza que le brindaba era el antídoto a la soledad que sentía en su interior. Una noche se reunieron de nuevo. Era una espléndida noche. Cuando cenaban, ella emitió:

—Decidí terminar mi relación con Armando, la situación no daba para más. Lo intenté, pero me di cuenta que nos íbamos a lastimar. Ya ni siquiera puedo escuchar su voz en las llamadas. Si es el hombre de mi vida, el tiempo lo dirá. Entretanto, decidimos darnos un tiempo y continuar cada uno por su camino.

—Eso es cierto, hay que saber cuándo terminar con un amor —resopló Dante antes de sorber el vino—. Lo siento por vos.

—Siempre tan atento, ¡gracias por escucharme! —dijo con gran dificultad. Un nudo de emociones atrofiaba su garganta y el incontrolable llanto tomó su papel protagónico en la escena.

Capítulo II

Los días pasaban y Dante, a pesar de disfrutar la compañía de Johana, en su interior el vacío cada vez se agigantaba más. En el Instituto era lo mismo todos los días: llegaba, tomaba asistencia, explicaba el tema y esperaba irse. Pareciera que aquella vocación que alguna vez tuvo de profesor, se desvanecía ante sus ojos y no podía reaccionar ante la inevitable caída.

Una noche de verano, Dante se fue a cenar junto a unos amigos. El cielo estaba despejado y las estrellas centellaban. Cuando se encontraba con ellos, todo le parecía más sencillo, pero para su desgracia, casi nunca se podían reunir.

—¿Sabes algo de Juan? Hace tiempo que no sé nada de él —musitó Raúl.

—Sigue en Ecuador, parece; el otro día me encontré con su mamá y me contó eso. Es posible que se está hallando allá —respondió Ignacio.

Ellos eran los amigos de la infancia de Dante. A Raúl lo conocía desde el preescolar, llevaban más de veinte años de amistad. Raúl siempre tuvo un cuerpo macizo y torpe, los rollizos de las mejillas se le acentuaban en su ancho rostro, le hacían parecer un niño travieso. En cambio, a Ignacio lo conoció en el primer año de secundaria. Cualquiera que haya conocido a Nacho, como ellos le llamaban, en su adolescencia, no lo distinguirían, salvo por su mirar pasible. Con el pasar de la adolescencia y un entrenamiento constante, hicieron que su cuerpo pasara de ser rellenito, a ser una escultura parecida a las talladas por los renacentistas de Florencia.

—¿Cuánto tiempo pasó desde la última vez que lo vimos? —curioseó Dante.

—Ya van casi dos años —refutó Raúl—. Casi dos años ya —reafirmó para él mismo, pensativo.

Después de cenar, se fueron cada uno por su lado con la vaga promesa de reencontrarse la semana siguiente. Al llegar Dante a su casa, acarició durante algunos minutos a Ringo, su fiel compañero, quien estaba siempre allí para sacarle una sonrisa. El canino tenía un hermoso pelaje negro y amarillo plátano, que se degradaba a lo largo de su cuerpo. Luego se marchó a su habitación, deseó una señal que lo hiciera reaccionar.

Al pasar dos días rutinarios, se volvió a reencontrar con Johana en el mismo bar en donde se volvieron a ver después de tantos años. Esa vez fue ella quien le invitó a sentarse en la misma mesa. Johana se encontraba envalentonada, más que de costumbre. La bebida le quitó la poca timidez que poseía. Hasta parecía comportarse de manera grotesca. Dante se sentó a su lado, tanto como para tener alguien con quien hablar, como para resguardarla de algún posible peligro. En un momento de la conversación, ella lo miró con dulzura y con el fulgor en sus ojos.

—La confianza es el fundamento del amor, sin confianza el amor es un árbol sin raíz, ¿no es así? —Escudriñó la reacción de él.

—Estoy de acuerdo.

—Vos y yo nos tenemos demasiada confianza, ¿o no? —sonsacó.

—Totalmente.

—Entonces... —Lo abrazó con afecto—. ¿Querés intentarlo de nuevo?

Dante se sorprendió de aquella propuesta, tan inesperada y a la vez tan necesitada para él. Le devolvió el abrazo con efusividad, la cubrió entre sus brazos, un poco conmocionado y algo contento. Luego se separó para perderse en el brillante mar de su mirada.

—Sos especial para mí —carraspeó—, aún no sé si estoy preparado para comenzar una relación. Disfruto estar a tu lado. Tal vez lo deberíamos hablar mejor mañana u otro día. —En sus

pensamientos se decía: «está sucediendo, ¿es enserio o es nuevamente un sueño extraño?». Palpó su rostro y comprobó que era real. Ella seguía confusa, esperaba una respuesta clara—. Lo siento, pero no puedo darte hoy la respuesta que buscabas.

Después de esa escena digna de película, la mesa cayó en un incómodo silencio. Ambos se veían, mas no decían nada con palabras, solo sus miradas se comunicaban. Él se levantó y se ofreció acompañarla hasta su casa. Ella se negó en rotundo, con el alma dolida y afrontando el fantasma de la humillación, decidió suspirar:

—¿Sabés que no habrá otro día? —Enarcó una ceja y sonrió con burla.

—Sí así lo deseas, solamente quiero recordarte que no dije que no.

—Pero tampoco dijiste que sí —respondió dolida—, que es casi lo mismo.

—Creo que lo mejor será que hablemos más calmado. En este estado creo que solamente nos vamos a herir.

—¿Nos vamos a herir? Mejor dicho: Me rechazarás nuevamente. —Al decir esas palabras, se levantó y lo dejó con la contestación en la boca.

Esa noche Dante no pudo dormir, pensó en aquello. Temía entregar su corazón y que lo destrozaran al igual que un frágil cristal, como lo hicieron una vez.

«¿Si solo hablaba bajos los efectos del alcohol? Mejor será esperar mañana para tener las ideas más claras».

Al día siguiente, luego de salir de clases, decidió ir a la casa de Johana para hablar. Ella no se encontraba, o no lo atendió. «Tal vez perdiste el tren de la felicidad», se dijo en tono de reproche al alejarse. Lo mismo sucedió al otro día, ya empezaba a preocuparse. Todavía no le había dado una respuesta afirmativa y su corazón la echaba de menos. Sus pensamientos lo torturaban, el angustioso destino lo manejaba como a un títere.

Al pasar una semana de no saber noticias de Johana, inesperadamente alguien llamó a su puerta. Qué grata sorpresa se llevó al verla en el umbral.

—¡Hola, Johana! —Una inmensa sonrisa se proyectó en su rostro—. Intenté ubicarte algunos días atrás, pero no supe nada de vos. ¿Cómo estás?

—Sí, no estaba en casa. Salí de la ciudad por unos días para renovar el aire y pensar.

—¿Querés pasar?

—No. —La negativa fue tajante—. Solo pasé para decirte que regreso a Ecuador, y que me disculpes por mi comportamiento del otro día, no quiero que nuestra amistad se quiebre.

Dante no sabía qué hacer. Solo atinó a acercarse y robarle un beso. Ella se quitó de inmediato para apartarlo con sus brazos.

—¿Qué pensás que haces? —Alcanzó a decir entre suspiros.

—No pienso, solo actuó con el corazón.

—Creo que fue un error venir hasta acá. —Cada palabra que decía era un puñal al corazón de él. Ella comenzaba a mostrarse incómoda—. Nos vemos, Dante, ¡cúidate!

No obstante, cuando se dispuso a marchar, él la retuvo en sus brazos.

—No tenés que irte.

—Ya lo decidí —masculló.

—Por favor, hablemos. —Ella aceptó escucharlo. Con nerviosismo, pudo calmar un poco su ansiedad—. Quiero comenzar una relación con vos.

Esas palabras fueron la llave a su corazón. Ya no quería huir de su lado. Se enredaron entre las tramas del amor, los idilios y la pasión.

Al parecer, ella era una de las mejores cosas que le ocurrió en esa tempestad, como una especie de Mesías que lo rescataba del abismo de su destino.

Capítulo III

Llegaban al Rotary Club. Johana era un manojo de nervios, quería que todo saliera a la perfección, ya que iban a almorzar con los padres de Dante.

—¿Me veo bien? —Recorrió su vista sobre su terso vestido azul que se le subía al caminar.

—Sí, te ves bien. Ya conoces a mis padres, no te pongas nerviosa.

El padre de él era Luis Maciel, un hombre de cabello color cenizas y un cuerpo atlético. Tenía una sonrisa muy peculiar, similar al de una hiena. Sus ojos verdes eran iguales a un jade y tenía una nariz recta tanto como su carácter. Apenas los vio llegar, se levantó con celeridad de su silla de madera y los saludó con afecto, les dio unos abrazos efusivos.

—Johana, ¿cómo estás? —Expresó con una simpática sonrisa que hizo relucir sus blancos y anchos dientes—. ¡Al fin mi hijo va a sentar cabeza!

—Hola, Sr. Maciel. Muy bien, gracias.

—¿Y mamá? —Indagó Dante a su padre—. Pensé que iba a venir.

—Sí, va a venir. Justo cuando estábamos por venir, llamó Gabriel. Entonces me dijo que viniera nomás, que iba a llegar un poco más tarde. Sabés que él no llama muy seguido. —Levantó la vista y sonrió—. Ahí viene.

A campo traviesa llegaba al lugar Eva, la madre de Dante. Su tez era tan blanca y sedosa como la tibia nata de la leche. Tenía un cabello color cobre que se confundía con la tierra colorada de la zona. En su rostro se podían observar algunas pecas, tan características en las pelirrojas.

—¡Hijo querido! ¿Cómo estás? —Luego llevó su vista a su acompañante—. Johana, ¿cómo estás? ¡Qué preciosa estás! Tanto tiempo pasó desde la última vez que te vi.

—Hola, señora. —Le dio un par de besos en las lozanas mejillas—. Gracias por el cumplido. Usted sigue tan espléndida como siempre.

—¿Si nos ubicamos en la mesa? —sugirió el Sr. Maciel.

Juntos se sentaron en la mesa del fondo del quincho, cerca de uno de los ventiladores de techo, pues el calor del mediodía era irritante.

—Recuerdo cuando venias a casa a estudiar —dijo la señora Eva con añoranza—. Eran tan jóvenes. Pasó tanto tiempo desde entonces.

—Sí señora, recuerdo esos días. Ha pasado tiempo.

Pasaron un almuerzo feliz entre una marea de memorias entusiastas.

Al siguiente día, se fueron a cenar en el mismo lugar en donde habían retomado su romance. Estando allí, él la miró a los ojos y la tomó de las manos.

—Disfruto cada ocasión a tu lado. Gracias por llegar a mi vida en el momento indicado.

Johana lo miró con un fulgor en sus robes y con una gran sonrisa en los labios.

—Estamos hecho el uno para el otro, y nadie podrá separarnos. —Volvió a esbozar una mueca, pero esa vez de medio lado.

Al finalizar de decirlo y como designio divino, se oyó una voz desde la puerta del restorán, que iba en aumento a medida que avanzaban sus pasos.

—Con que aquí viniste a ocultarte, ¿pensaste que te librarías de mí tan fácil?

Johana se inquietó al oír aquella voz. Sin embargo, Dante al estar de espaldas a la puerta, no prestó demasiada atención, pero al ver que el rostro de ella iba palideciendo como una hoja de

papel, le preguntó:

—¿Qué ocurre? Te noto algo tensa.

Ella no contestó. Su mirada se tornó pavorida, lo obligó en cierta manera a que llevara su vista hacia la entrada del local. El hombre que acababa de ingresar se dirigió a su mesa. Era de estatura promedio, de cabello negro y tez morena. La mirada desafiante y colérica de sus ojos cafés provocó que Dante se interpusiera.

—¿Qué sucede? —espetó—. ¿Por qué grita de esa manera?

—Ya veo que me has olvidado pronto. —Lanzó una mirada inquisidora a Johana, quien no sabía qué hacer—. ¿A él también le vas a hacer lo mismo?

Dante dirigió su vista hacia ella.

—¿Lo conoces? —El silencio de tumba hizo que repitiera la pregunta—. ¿Conoces a este hombre?

—¡Armando! ¡¿Qué haces aquí?! —Por fin pronunció palabras Johana, que quedó expectante todo ese tiempo—. ¿Quién te crees que sos para venir a increparme de esa manera?

—¿Ahora soy yo el que increpa? —se carcajeó—. ¿Tan rápido te olvidaste de mí?

—¿Qué está sucediendo? ¿Me podés explicar? —Dante estaba desconcertado. Trató de pedirle alguna explicación a Johana, pero ella no contestó.

—¿Quieres que te explique yo? —El desconocido se señaló con una mano en el pecho—. Porque seguramente ella no lo hará. Esta mujer es una manipuladora, juega con los sentimientos de las personas a su conveniencia. O sino mírame. —Alzó sus brazos en señal de no ocultar nada—. A mí me hizo lo mismo y tú correrás con la misma suerte.

Johana rompió a llorar. Dante se levantó enfadado de su asiento para enfrentar a Armando, mas este antes de tomarse a los puños, decidió retirarse pacíficamente, mientras repetía en tono de consejo:

—Te hará lo mismo.

—¿Lo mismo? ¿Por qué no te explicas bien en vez de huir como un cobarde? —La sangre corroía colérica por las venas de Dante. Solo el suplicio de Johana evitó que se golpearan.

Al retirarse, ella se le acercó.

—¿Qué fue todo eso? —El sosiego era evidente—. ¿Me podés explicar?

—Él siempre se comportó así —gimoteó—, por eso decidí terminar la relación. Es muy posesivo. Al parecer, no quiere aceptarlo.

Él decidió creer plena y ciegamente en las palabras de ella. Ante el disgusto, decidieron abandonar el lugar. Le acompañó hasta su casa y luego se marchó.

Dante vivía en la parte trasera de la casa de sus padres. En una pieza con salida independiente. Era rústica, pero con la suficiente libertad para vivir tranquilo. Desde el día en que se recibió de profesor, había decidido irse a vivir allí. Por su mente pensaba en alquilarse una casa. No obstante, el sueldo y los costos de viajes dificultaban ese anhelo. Junto a la pequeña ventana se encontraba una repisa con una gran colección de libros clásicos. Unos cuadros ilustraban las toscas paredes sin revocar. Su perro dormía allí.

Cuando llegó a su casa, Dante se recostó sobre el sillón y comenzó a ojear un libro, esto lo hizo caer en un profundo sueño. Al día siguiente, se levantó tarde para ir a clases. Apresurado tomó un café y marchó rumbo a la parada de colectivo. El día parecía ser rutinario. A la salida del colegio se encontró fortuitamente con Raúl.

—¡Eh, Dante! ¿Qué tal?

—Raúl. —Se estrecharon en un abrazo—. Todo bien, ¿vos?
—Estoy bien. ¿Qué te parece si hacemos algo hoy? Ya que el asado del otro día nunca se hizo—
—rio animoso.
—Me parece genial hoy a la noche.
—Bueno, ahora veo si me puedo comunicar con Nacho.

Los amigos disfrutaban de un asado en la casa de Ignacio. El asador por excelencia era Raúl. De fondo se escuchaba en la radio el bandoneón de *La Calandria* interpretada por los mágicos dedos de Isaco Abitbol. La esposa de Nacho preparaba una ensalada, mientras que ellos acompañaban a Raúl. La noche pasó volando entre anécdotas y carcajadas. Al finalizar, Ignacio se ofreció a llevarles hasta la casa. Cuando viajaban, los tres se sumergieron en una grata charla. De repente, las palabras de Ignacio fueron apagadas por el grito unísono de los otros dos:

—¡Cuidado! ¡No!

Era demasiado tarde, el auto colisionó contra un camión.

Capítulo IV

Un hombre apuesto, de unos treinta años, se encontraba en la sala del hospital. Sus ojeras moradas delataban una noche en vigilia. Solamente salía de la sala para ir a fumar en la playa de estacionamiento. El afligido rostro anguloso de aquel individuo denotaba total preocupación.

—Doctor, ¿doctor! ¿Mi hermano se encuentra bien? —preguntó el sujeto en tono preocupante.

—Está en estado de observación —contestó tronante y conciso el médico mientras ingresaba al cuarto. Volteó y vio que él seguía parado esperando una respuesta más precisa—. Es un milagro que haya salido casi ileso después del choque.

—Él va a estar bien, se pondrá bien muy pronto —dijo el Sr. Maciel al momento que abrazaba a su hijo mayor por enésima vez.

Las agujas del reloj dieron las once de la noche y por la puerta del sitio la mamá de Dante vio ingresar a una hermosa mujer, que corría despavorida en busca de respuestas. Oyó que preguntaba al atezado recepcionista:

—¿En qué sala se encuentra Raúl Wilde? ¡Por favor, dígame! —Su tono denotaba histeria.

—¿Usted qué es del paciente? —contestó adusto el recepcionista sin mirarla, a la vez que rellenaba un formulario.

—Soy la prima, su padre está viniendo en camino.

—En la sala 323. —En ese instante se acercó la madre de Dante hasta ella.

—¡Hola! Escuché tu conversación. —Se acercó aún más—. ¿Sos pariente de Raúl?

—Sí, soy la prima —respondió ella mientras se acomodaba el flequillo para que no le molestara la vista—. Mi tío me llamó contándome lo sucedido. Él viene en camino. —Al concluir esas palabras, su voz se rajó como un delgado hilo cortado por el viento.

—Soy la madre de Dante. —Extendió su brazo en señal de saludo.

—Me llamo Anariell. —Apretó su palma—. ¿Usted sabe qué fue lo que sucedió con exactitud?

—Una desgracia. Al parecer, se cruzaron de carril. Al menos eso notificó el conductor del camión a la policía —culminó diciendo la madre y volvió a su asiento tratando de encontrar un refugio en los brazos de su marido que se encontraba sentado junto a la puerta de ingreso.

—Así que sos prima de Raúl. No sabía que tenía una prima. —Escuchó Anariell que le decía una voz gruesa y pastosa. Giró y vio que seguía con su comunicado—. Soy Gabriel, el hermano mayor de Dante. —Tras oírlo, sintió cierta familiaridad ante la situación.

—Anariell —se presentó.

—¡Gabriel, vení acá! —llamaron desde el otro lado de la estancia.

—Bueno, Anariell, debo irme. Todo irá bien —habló con las manos en los bolsillos y dando pequeñas patadas en el piso recién lustrado, se retiró del lugar.

De pie junto a la camilla, se encontraba la señora Eva. Estaba acongojada. En su rostro se reflejaba toda la tensión provocada por el accidente. Parecía haber envejecido diez años.

—Allá afuera está tu hermano —confesó la madre.

—¿Gabriel está acá?

—Sí, así es. Hoy volvió.

—Decíle que pase.

—Tenés que guardar reposo ahora, y con tu hermano seguramente hablarán mucho —contestó—. Y, además, solo puede permanecer uno en la habitación hasta el horario de visita.

La madre de Dante guardó vigilia toda la noche en la habitación junto a su hijo.

Junto al padre de Dante se encontraba Johana, quien lloraba en silencio. El rímel de sus ojos se escurría por sus mejillas. Se sentían realmente apenados, y ver la escena desgarradora de la familia de Ignacio los conmovía. El médico les dijo que la vida de Nacho se aferraba a la voluntad divina. El reloj no se dignó en avanzar en toda la noche, las horas parecían eternas en la sala. Gabriel no soportaba más oír el sonido de la sirena de la ambulancia, que con constancia salía a toda prisa para regresar con un herido y tras ello, a toda una familia desesperada.

Al amanecer siguiente, el médico les dio el alta a Raúl y a Dante. Raúl tenía un yeso en su brazo izquierdo. Sufrió de fractura expuesta de radio y cúbito. Gabriel fue corriendo hasta donde ellos estaban. Los fundió en un abrazo. A su hermano le comunicó con algunas lágrimas que comenzaban a asomarse:

—¡Qué alegría me da verte bien, hermano!

—A mí también —indicó Dante, estremecido.

—Te doy gracias porque está sano y salvo —pronunciaba a cada instante la señora Eva en voz baja con una estampilla de la Virgen María en la mano.

—¡Gracias a Dios estás bien! No iba a soportar perderte —gritó Johana al verlo. Corrió hasta donde estaba él y lo besó con efusión.

El sol se comenzó a ocultar en el crepúsculo y casi todos se habían retirado del lugar. En la sala solo se quedó Raúl acompañado por Anariell; Gabriel estaba sentado junto a los padres de Ignacio. Las esperanzas de que sobreviviera eran pocas. Raúl estaba sorprendido todavía por lo ocurrido, en silencio pensaba en lo cerca que estuvo de cruzar el umbral. Fue Gabriel quien lo sacó de sus pensamientos.

—¿Cómo te sentís?

—Algo extraño.

—Me imagino.

—Tú que estás más cerca de la familia, ¿tan grave se encuentra? —terció Anariell desde el rincón.

—Así es, pero mantenemos la esperanza en que se salvará.

Raúl se levantó de su asiento para ir por un refresco. Se quedaron solos Gabriel y Anariell, apartados del tumulto. Estaban sentados en unos asientos de madera, próximos a la puerta de salida, ya que a cada rato él salía a satisfacer su vicio de fumador. Empezaron a conversar en voz baja.

—Sos española, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo supiste?

— ¡Soy adivino! —sonrió—. Lo supuse por tu acento. ¿Qué te trajo a venir a Misiones?

—El destino, supongo.

—El destino —replicó—. Me gustaría un día conocer España.

—¡España es hermosa! —suspiró con un aire anheloso por su tierra—. Misiones también es muy bella, y es tan particular al tener tantas nacionalidades conviviendo.

Luego de un silencio incómodo, ella retomó las palabras

—¿A qué te dedicas?

—Soy guía turista.

—¡Qué bueno! ¿Y hace cuánto eres guía turista?

—Desde los veintidós que estoy trabajando ya. Me encanta viajar y conocer nuevas personas.

—Llevó su mano al mentón, reflexivo—. ¿Vos a qué te dedicas?

—¡A mí también me encanta viajar! —repuso de inmediato—. Por el momento estoy buscando empleo, como hace poco estoy aquí, no he conseguido nada aún. ¿Trabajas aquí?

—En estos momentos estoy trabajando en Iguazú —comentó—. Ayer justamente vine de un viaje a las cataratas y me enteré de tan desagradable noticia.

—Sí, qué lamentable. Me comentaron algo sobre las cataratas. Me gustaría conocer un día. — Esbozó una sonrisa deferente que invitaba a enamorar a cualquier mortal.

—¡Te va a encantar! —exclamó Gabriel—. Algún día te llevaré para que conozcas.

Casi todos los integrantes de la familia de Ignacio permanecían en la sala, sin pronunciar palabras. Dante que había regresado al hospital, se acercó a ellos y los abrazó uno por uno. Luego se quedó junto a Beatriz, la esposa de Nacho, tratando de consolarla. Ella le confesó en confidencia:

—¿Sabes, Dante? Tengo que contarte algo. —Al decir estas palabras se asomaron unas perlas cristalinas en sus párpados inferiores—. Estoy embarazada. —Una perla rodó por su mejilla morena y su anguloso rostro se arrugó, trataba de controlar el llanto inevitable.

—No puede ser... —Se le anudó la garganta y fue lo único que pudo pronunciar de sus opacos labios. Solo atinó a abrazarla e intentó contenerla. Ella rompió a llorar en sus brazos.

Después de semanas de luchas por no cruzar el umbral, Ignacio comenzó a mostrar signos de recuperación. Una mañana el doctor dio el alta, deseándole una pronta recuperación y también le recalcó que tomara todos los recaudos posibles. Nacho salió de la habitación con la ayuda de un bastón. En el pasillo esperaban sus familiares, quienes se alegraron al ver una silueta alta y enjuta, como una espiga al sol, salir caminando de la habitación. Su esposa se acercó.

—¡Mi amor! Gracias a Dios te salvaste. —Lo abrazó y sonrió—. No sé si podríamos seguir nuestras vidas.

—Estuve cerca —respondió con ronca voz. Sus impenetrables ojos marrones se cristalizaron. Su rostro estaba más delgado que de costumbre, con las mejillas chupadas. Los labios los tenía blanquecinos, estrechos y finos—. ¡Es un milagro que esté vivo!

—Tengo que darte una noticia. —Llevó sus delicadas manos al vientre.

Él no entendía qué sucedía. Levantó su vista y vio a Dante que sonreía con ternura, miró a su izquierda y sus padres se abrazaban mientras apreciaban el milagro de la vida. Un poco más alejados, divisó a Gabriel y Anariell. Cuando volvió su interés a su esposa, ella dijo:

—Mi amor, estoy embarazada.

Ignacio no lo podía creer.

—¡Qué gran noticia me acabas de dar! Tan solo hace un par de días atrás estaba luchando por mi vida, y hoy me dices esto —musitó como pudo. Besó con pasión a su mujer—. Me siento dichoso de tenerte a mi lado y compartir juntos esta alegría.

Al salir del hospital, Dante se fue junto a su hermano a un restorán cercano. En el lugar se encontraron con Raúl y su prima Anariell.

—Vengan, muchachos —pregonó Raúl desde su asiento.

Los hermanos caminaron al lugar. El restorán era pequeño, y casi todas las mesas estaban ocupadas. Las personas allí presentes tenían un semblante sombrío, de preocupación.

«Seguramente tendrían un familiar internado», pensó Dante para sus adentros, dando, por supuesto, la cercanía con el hospital.

—¡Qué bueno que vinieron! —vociferó Raúl—. Justo estábamos hablando de ustedes.
—¿Nosotros? —preguntó Gabriel—. ¿De qué hablaban? —Se sentó firme en su asiento.
—De que son buenas personas y que siempre fueron mis amigos.
—Menos mal que era eso nomás —comentó Dante al reír por lo bajo.

El mesero pronto alcanzó el pedido. Anariell notaba cómo Gabriel la miraba con disimulo y ella lo escudriñaba de soslayo, y cada vez que lo hacía, se soflamaba al ver la intensa vista de aquel.

—Voy a retirarme pronto —pronunció a su primo—. Estos últimos días han sido agotadores. Me alegra que tus amigos estén bien.

—Te acompaño si querés —respondió Raúl—. Es lo mínimo que puedo hacer después de que me hiciste el aguante todo este tiempo.

—¿Vas a actuar como mi padre? —Enarcó su fina ceja—. Está bien, pero luego no me culpes en que no te dejó estar con tus amigos...

Esa tarde Dante no regresó a casa. Cuando los primos, incluso su hermano, se retiraron del lugar, él permaneció allí, reflexivo. «Y pensar que estaba a punto de acabar con todo, y en tan solo unos días me aferré a la vida como nunca antes». No podía creerlo. Pidió al mozo otra medida y recordó a Mariel.

Mariel era su exnovia, a quien amaba con toda su alma. Recordaba su piel trigueña y sus orbes marrones claros. ¡Qué pareja perfecta eran! Sin embargo, terminaron. A él se le hizo muy difícil superar aquella relación. Siempre se reprochó no cuidarla demasiado, ¿acaso eso era motivo para que ella terminara en los brazos de otro hombre? Tal vez lo fue, eso nunca lo entendió bien. Los últimos meses de noviazgo fueron tan intensos que nunca pudo imaginar que esa enérgica mujer se encontraba espléndida y radiante por otro amor.

Sus recuerdos reprodujeron la penosa escena que vivió cuando un día regresó más temprano a su casa, en donde vio a su amada abrazada a otro. Las palabras sobraron. Ella intentó dar una explicación. ¿Se podía explicar algo? Una semana de aquel suceso, renunció a su trabajo y volvió a Misiones, su tierra natal.

Entre su borrachera, rememoró su niñez. ¡Cuán feliz era montando la bicicleta en pleno mediodía! Su abuelo a un lado lo protegía de todo mal. Nunca sufrió una muerte tan de cerca como la de él. Lo extrañaba mucho. Diez años después, continuaba angustiado. Siempre que bebía su comportamiento tendía a la melancolía.

Qué feliz estaba con el reencuentro con Johana, ella sin saberlo le había dado una segunda oportunidad de vivir. Con un poco de culpa recordaba esa vez que le pidió terminar la relación. Ella quedó sin entender, sus luceros ámbar asomaban perlas cristalinas.

—¿Me dejas por otra mujer? —gimió ella dicha tarde de otoño.

—No, no es eso. —Qué cruel le resultó decir la verdad—. Terminamos porque no estoy sintiendo lo mismo que antes. A esta relación le falta amor...

Capítulo V

En los últimos tiempos, Dante pasaba más horas en casa de Johana que en su pequeño cuarto. La llegada de su hermano lo incitó a casi convivir con ella. Ellos eran muy unidos en la niñez. Gabriel siempre fue su protector. Si bien, era el hermano solo por parte materna, nunca sintieron esa diferencia. Su madre estuvo a punto de colapsar cuando murió su primer esposo, quien era el papá de Gabriel. La vida se encargó, al pasar los años, de darle una segunda oportunidad de enamorarse. El señor Maciel procuró sanarle las heridas del alma.

Gabriel en el poco tiempo que tenía pensado quedarse, se alojó en casa de sus padres. Se caracterizaba por el carisma y la nobleza. Era un auténtico líder, de espíritu libre, y en casi todo lo que se proponía, llevaba la partida. Casi todo, porque cuando ya había alcanzado la madurez de los años, se enamoró perdidamente de una mujer. Ella era una joven estudiante de letras. Sintió como un puñal en el corazón cuando se enteró que salía con su hermano menor. A pesar de ello, nunca recriminó a Dante. A medida que crecían, las distintas personalidades de los hermanos comenzaron a chocar. Luego del episodio en el que Dante se enteró del amor que sentía Gabriel por Mariel, provocó que una pequeña e invisible cortina de celos permaneciera presente entre ellos en todo momento.

Cuando finalizó de dar clases, Dante pasó por la casa de Johana, como lo había hecho los últimos meses. Ella se encontraba mirando televisión. Estaba medio adormilado, los párpados se le caían sobre los ojos. Desabrochó los botones de su camisa a rayas mientras se acomodaba en el sillón. La sala era un recipiente de humo de cigarrillos.

—¿Qué tal tu día? —prorrumpió él—. ¿Qué estabas viendo?

—Nada en especial. —Realizó un mohín—. Muy bien, hoy visité a Carola de nuevo. —Sonrió y jugó con sus rizos rubios—. Un día de estos te la voy a presentar. Estoy segura que se van a llevar muy bien.

—Si querés, mañana mismo podemos hacer algo. Así aprovechamos que es sábado y hacemos un asado. —Ella asintió.

—Mañana le voy a decir. Hay un inconveniente, es vegetariana.

—¿Qué propones entonces?

—¡Ravioles caseros!

Esa noche Dante se quedó a dormir en casa de Johana. Al día siguiente, ella lo despertó con un desayuno en la cama. El reloj que se encontraba arriba de la mesita de luz, daba las seis. El sol ya iluminaba radiante, anunciaba un día caluroso. Cuando él comenzó a comer las facturas de membrillo, sus preferidas, acotó:

—Hace cuánto no desayuno en la cama. —Sonrió nostálgico—. Mi abuelo siempre me preparaba el desayuno.

Al finalizar de desayunar, se dirigieron al fondo de la casa, junto a un árbol de lapacho. Él preparó mate y puso a pedido de ella un poco de anís en la opaca yerba verde.

—¿Supiste algo de Juan? —sondeó la joven.

—No, nada. ¿De dónde lo conoces?

—Vos mismo me lo presentaste un día. ¿No te acordás? —Al ver la negativa, prosiguió—: Él estaba en Ecuador, ¿cierto? —Dante afirmó—. Bueno, resulta que ayer creo que lo vi por Posadas.

—¡Capaz nomás! Entonces voy a ir verle en unos de estos días. —Después cambió el tema de

conversación—. ¿Hoy va a venir tu amiga?

Ella llevó sus finas manos a la cabeza, se tomó de los cabellos y realizó una figura cómica, demostró que se había olvidado y contestó mientras se levantaba apurada de su asiento:

—Le voy a avisar, posiblemente venga. Ella viene a Misiones solo en las vacaciones para visitar a sus padres. La voy a llamar de todos modos.

Johana se fue hasta la sala, tomó el teléfono y llamó a Carola. Esta le confirmó al instante que iría. Carola fue la compañera de secundaria de Johana; era esbelta, de cabello lacio y negro como el azabache. Su piel morena era suave como un peluche de algodón. Ella trabajaba como modelo para una revista de cosmético en la ciudad de Buenos Aires. Cuando le dijo que iba a ir, Johana de inmediato se fue a la cocina a preparar el almuerzo, sin avisarle a Dante de la futura visita. En la mesa de madera comenzó a hacer la masa para los raviolos caseros que tenía pensado cocinar.

Dante siguió sentado en el patio tomando mate, cruzado de piernas. Un estrépito sonido irrumpió su momento de paz. Era un bocinazo. Dirigió su vista hacia atrás y vio un auto estacionado en la acera, frente a la casa. Era un Mercedes Benz color negro de vidrios polarizados. Intentó reconocer de quien podría ser el que conducía aquel auto, pero no lo consiguió. Del automóvil descendió una mujer, que con voz atiplada preguntó:

—Disculpe, ¿por acá vive una mujer llamada Johana? —Gesticuló en exceso con sus manos.

Dante supuso que era Carola.

—Sos Carola, ¿verdad?

Ella afirmó con un movimiento de cabeza, entonces él se fue hasta el auto.

—Sí, es acá —Le ofreció su mano y se presentó—. Soy Dante.

La acompañó hasta adentro del recinto. Johana seguía en la cocina cuando Carola se abalanzó sobre ella, que estaba de espaldas a la puerta principal, dándole un gran susto. Azorada Johana la abrazó diciendo:

—No pensé que llegarías tan rápido, aún estoy cocinando. —Se secó la mano sobre el delantal rojo con flores amarilla que llevaba puesto.

—Sí, apenas me llamaste decidí venir con el auto para pasar más tiempo con vos. —Al finalizar, lanzó una risa sardónica.

Dante contemplaba todo desde la sala con el termo debajo del brazo. No se perdía detalles de nada. Algo de Carola no le agradó, no sabía si era su arrogancia o qué. «Tal vez estoy siendo un poco precipitado... pero para una primera impresión no hay segundas oportunidades».

Entretanto, al almorzar, Carola empezó con su charladería.

—Te felicito, amiga. ¡Tienes un novio atento y bello! Se nota que se quieren un montón. —Lo miró.

Johana sonrió por aquel cumplido. Dante observaba todo desde la punta de la mesa sin decir ninguna palabra. A cada tanto se fijaba por la ventana, como queriendo no estar allí, bajo el engaño de que cuidaba el automóvil. Y por culpa de esa desatención, volcó el vaso de vidrio que estaba al lado de su plato y derramó el jugo de naranja sobre el mantel a cuadros. Luego de limpiar, se sentó de nuevo y miró a Carola, quien hablaba de viejos recuerdos. Él siguió sin decir palabras, oyó con atención la conversación que tenían las amigas.

Finalizado el almuerzo, Dante invitó a Carola a sentarse en el patio a tomar el postre. Ella en un primer momento no aceptó.

—Se me hace tarde, todavía tengo que preparar los bolsos.

—Quédate un rato más —insistió Johana entre adulaciones—. Eres mi mejor amiga, y quién sabe cuándo te volveré a ver.

Con tanta insistencia, Carola accedió a aquel pedido. Se sentaron debajo del alero, donde no

los alcanzaban los rayos del sol del mediodía. Como de costumbre, Dante llevó de postre helados con galletitas de vainilla. Sentado en la butaca de madera mientras comía el helado de granizado con almendra que tanto le gustaba, decidió preguntarle algo a la visitante.

—Carola, tu amiga siempre me habla muy bien de vos. —Johana se soflamó ante dichas palabras—. ¿Qué hacés de tu vida? ¿De qué trabajas?

Ella en ese instante estaba absorta mirando cómo un perro escarbaba la tierra colorada a pocos metros de donde se encontraban. Cuando escuchó que le hablaban, ladeó la cabeza, cruzó sus piernas finas y fuertes, acomodó el dobladillo del cuello de su minifalda azul marino, y contestó:

—Trabajo para una fábrica de cosmético. —Se tocó el pendiente que llevaba puesto y prosiguió engolada—: Soy la imagen de la empresa.

Johana se levantó de su asiento y fue a la sala a buscar algunas revistas en las cuales posó su amiga. Empero al santiamén de ingresar Johana a la casa, Carola cambió con brusquedad su forma de mirar a Dante, quien advirtió enseguida.

—Me pareces una persona muy atractiva, si querés pasar un buen rato, nos vemos esta noche, ya que mañana regreso a Buenos Aires —soltó directa con voz persuasiva y dobló una servilleta para limpiar sus carnosos labios rojos—. Total, nadie más tiene que enterarse de esto.

Dante en un primer momento no entendió a qué se refería, o no quiso hacerlo, pero cuando comprendió de qué se trataba, le contestó exasperado:

—Debe ser una broma, ¿hablas en serio? —Al ver que ella esperaba ansiosa una respuesta, continuó—: Y pensar que Johana te considera su amiga, tus intenciones no provocan en mí más que rechazo y vergüenza. —Dejó a un lado el vaso y se inclinó hasta ella—. Voy hacer como si no escuché nada, pero no quiero volverte a ver.

Cuando Johana regresó, el lugar estaba en absoluto silencio. Dante por un lado observaba cómo jugaban los gorriones en la tierra y por el otro, Carola se miraba en un pequeño espejo que siempre llevaba consigo, se cercioraba si el tono de sus párpados maquillados combinaba con sus grandes ojos color miel. Entonces Johana se dirigió a Dante, le pasó la revista mostrándole algunas de las fotos.

—Estas son algunas fotos en las que Carola posó.

Él no quiso verlas. Para no levantar sospechas de lo ocurrido, simuló verlas, pues en realidad ni siquiera las vio.

Al atardecer, Carola se incorporó de su sillón y se despidió de Johana con un emotivo abrazo.

—¡Cuánto te voy a extrañar, amiga! Espero volver a verte pronto.

Dante observaba sentado. «Qué hipócrita es esta mujer». Cuando Carola intentó acercarse a despedirse, él desde su asiento le dijo en un tono seco y cortante, sin dejarla acercarse demasiado:

—Hasta luego, que te vaya bien, buen viaje.

Ella entendió el error cometido, se subió al coche y se marchó.

Ese día a la noche, Dante no le mencionó a Johana nada de lo ocurrido, no quería ser el motivo de rotura en una relación de amistad de años. Al rato que Carola partió, él también se fue. Dejó a su pareja sola en la casa.

Cuando Dante llegó, se encontró con Gabriel. Luego de un abrazo fraternal, se sentaron en la sala a compartir unas pizzas.

—¿Te acordás cuando tomábamos mate cocido con reviro a la salida de la escuela?

—Sí, éramos felices con tan poco en aquellos tiempos.

—Y corríamos para ver quién se sentaba en el mejor lugar para ver el dibujito de la tarde.
—Sí —Sonrió nostálgico—. Y siempre ganabas —rio al rememorar aquellas corridas.
—Éramos terribles, el dúo dinamita.
—O cuando íbamos a jugar a la pelota en la plaza.
—Y ahora estamos distanciados por diferentes motivos. —Su tono se tornó serio—. Quiero que sepas que siempre podés contar conmigo. Para lo que necesites.
—Crecimos, Gabriel. Eso pasó —contestó—. Vos también contá conmigo.

Un día en casa de Johana, mientras miraban una película, le interrumpió.
—¿Por qué me esquivas en los últimos días? —murmuró a regañinas.
Pero él negó rotundo. Quedó absorto y solo pudo decir:
—¿Esquivar? Los últimos días no han sido los mejores, mas no te estoy esquivando. Solo estoy algo preocupado por el trabajo.
Entonces ella le preguntó alzando la voz.
—¿Me estás engañando?! —Alzó la voz, dejó entrever cierta furia.
La miró atónito al oír semejante acusación.
—Estoy preocupado, pero no te estoy engañando. ¿Cómo pensás eso?
—Porque casi no pasás por casa, te noto distraído. —Sentenció su reclamo—. Ni siquiera notas que me arreglo y maquillo para verme más linda.
—Lo siento, de verdad el trabajo me está consumiendo. —Atinó a decir—. Mas no te estoy engañando, ¿alguien te dijo eso?
—No hace falta que me digan.
—Y entonces... ¿por qué decís eso?
Ella en una reacción de histeria respondió:
—Solo porque no estuviste con Carola no quiere decir que no me engañas. Seguro tenés una amante por ahí.
—¿Cómo podés decir eso! Nunca estuve con alguien más desde que comenzamos a salir. Siempre fui fiel.

Al decir esto, se quedó en silencio por algunos segundos, analizó cada palabra, no pudiendo creer lo que le recriminaba. Fue allí en donde atando cabos se dio cuenta que aquel día en que Carola le sedujo fue un engaño, un perverso plan urdido entre ambas para ver la reacción que tendría frente a una mujer tan bonita. Dante solo alcanzó a decir indignado:

—Con que tú eras parte de aquello, y pensar que confié en vos ciegamente. —Negó con un ademán de cabeza, como no creyendo—. Ya ni te reconozco. Creo que mejor será hablar otro día.

Ella rompió a llorar desconsoladamente.

—Solo quería asegurarme que no me engañabas. Cometí el error, pero no volverá a ocurrir.

Él se fue de la casa sin pronunciar palabras, dejó que el silencio le atormentara la consciencia.

Esa noche él se quedó durmiendo en su pequeña habitación. No podía negar su malestar, como así tampoco podía negar que ella lo rescató del abismo. Temía perder aquello que tanto trabajo costó construir.

Al siguiente día, Gabriel presuroso fue hasta el cuarto de Dante.

—¡Dan! ¿Cómo estás? —gorjeó su hermano al darle un abrazo fraternal.

—Bien, preparando algunas cosas. Dentro de un rato me voy al colegio a firmar algunas

planillas. —Dejó su portafolio en la mesa—. ¿Qué te pasa? Te noto algo nervioso.

Su hermano mayor dudaba en decirle las fuertes palabras. Seguramente acarrearían nefastas consecuencias en la vida de él. Juntó el suficiente coraje, sabiendo que la verdad, aunque doliera, era la verdad.

—Tengo que decirte algo muy importante. —Los ojos de Dante se agrandaron, mostró total interés por lo que iba a decir—. Si no te lo digo, me voy a arrepentir. —Su voz pastosa cobró seriedad.

—¿Qué pasa? —exclamó impaciente.

—Es que...—Sorbió un trago de agua—. Es sobre Johana.

—¿Qué sucedió con ella?

—Hoy cuando estaba caminando, la vi con un hombre. Iban abrazados, caminando muy juntitos.

—¡No puede ser! —Se exacerbó—. ¿Dónde los viste? ¿Lo conocés? ¿Estás seguro que era ella?

—Los ojos a veces engañan, pero desafortunadamente no es la excepción. La vi en el centro. —Intentó recordar la cara del desconocido—. El rostro del acompañante no lo llegué a ver. —Vio a su hermano mascullar muy enojado—. Lo siento, pero te lo tenía que decir porque te quiero mucho, hermano.

—¿Estás seguro de que era ella?

Gabriel se acercó a él y lo abrazó.

—Completamente seguro. —Después de unos segundos, decidió retirarse.

Las horas se le hicieron eternas en el colegio, pensaba. «¿Será verdad lo que dijo? Él no tendría motivos para mentirme, ¿y si se equivocó?». A la salida fue directo a la casa de Johana, quería disipar toda duda.

Al verla, no se detuvo, fue en automático.

—Creo que estamos más calmados que anoche. Tenemos que hablar. ¿Qué tal estuvo tu día?

—Muy bien. Hoy fui a una entrevista de trabajo —respondió sin más.

Una sensación interna le aseguraba que mentía y no le contaba toda la verdad. Y que, sin mostrar compasión, derrumbaba su mundo, ese mismo mundo llamado amor que tanto trabajo le costó reconstruir. Sin merodear en el tema a maltraer, pronunció lanzando una mirada iracunda:

—¿Estuviste con alguien hoy?

—¿De qué me estás hablando? —Ofendida por aquellas palabras, amenazó con echarlo. Él volvió a preguntarle, esa vez con afirmación.

—Ya sé que viste a alguien, lo puedo ver en el brillo de tus ojos, ellos no me engañan —recriminó—. ¿Por qué no me dijiste antes que no me querías, en lugar de cometer semejante acto con el primero que pasara?

Ella se mostró colérica. Su tono de voz chillona se convirtió en un volcán a punto de estallar.

—La primera vez que terminamos, ¿me preguntaste si yo aún te amaba? No, tan solo pensaste en vos. —Lo miró a los ojos—. El amor no es egoísta.

—No lo puedo creer. ¿Me estás recriminando cosas del pasado? —Respiró profundo—. Claro que el amor no es egoísta, pero tampoco es amor fingir amar por compromiso.

Ella llenó sus ojos de lágrimas.

—Sí, estuve con otro hombre. ¡No me prestabas atención! —Rompió a llorar.

Dante no podía creerlo. No reconocía a la mujer que estaba a su lado. Sin dudas, no era de la que se enamoró.

Ella lo empujó a un lado, encendió un cigarrillo y se fue a fumar al patio, dando las bocanadas de humo en silencio. Aquello parecía ser el definitivo final de la relación y el comienzo de un

nefasto futuro. Él se fue angustiado hasta su casa. Se recostó sobre el sofá, pesaroso de esa actitud, se tomó el rostro. La mandíbula le dolía del sopapo que ella le arrojó en el forcejeo que tuvieron frente a la puerta. Destapó una botella de whisky y bebió hasta quedarse dormido.

Al día siguiente, mientras desayunaba, encontraba su alma tan vacía, estaba tan desolado. Las clases retornaban ese mismo lunes, por lo que se sentó en la mesa y comenzó a preparar el itinerario lo mejor que pudo, tratando de no pensar en lo que le ocurría, en realidad fue en vano. Empezó con la rutinaria vida que llevaba. Al llegar al colegio, sonrió ocultando ese traje de amargura que llevaba puesto. Dio la clase sin demasiado esmero.

Su corazón devastado intentó auxiliarse en las amistades. Su hermano había regresado a Iguazú. Raúl que siempre fue un pilar de confianza, estaba de viaje. Entonces recordó entre tantas mentiras, Johana mencionó que Juan estaba en Posadas. Él no tuvo tiempo de ir a visitarlo, por lo que decidió irse a su casa.

—¡Dante, querido! —pronunció Juan al verlo llegar—. Tanto tiempo. Qué gusto me da verte de nuevo. Te acordaste de visitar a tu viejo amigo.

—Sí, pasaron varios años. —Lo abrazó, efusivo—. No sabía que andabas por Posadas —se excusó—. Vos tampoco fuiste a verme.

Juan seguía igual, o al menos como él lo recordaba. Varios años pasaron sin que ellos se vieran. Sus ojos marrones mantenían la misma mirada fugitiva de siempre. En lo que sí cambió era el corte de sus cabellos marrones oscuros, ya no los tenía por los hombros, sino que llevaba un corte casi rapado al estilo militar. Su personalidad taciturna lo caracterizaba dentro del grupo de amigos.

Una vez dentro de la casa, comenzaron a hablar del viaje y las peripecias. El hogar estaba a disposición de ellos. Los padres de él no se encontraban. En un momento Juan notó distraído a su amigo.

—¿Qué pasa, Dante? te veo triste.

—Ni que me lo digas, ¿tanto se nota? —Vio que su amigo afirmaba—. Ocurrieron varios “eventos” en todo este tiempo. Y, sobre todo, en los últimos días.

—Contá conmigo si querés hablar de ello. —Le miró a los ojos—. Para eso están los amigos, ¿no?

—¡Gracias, Juan! Me vendría bien poder desahogarme. Realmente estoy destruido. —Juan lo palmeó en la espalda, le demostró absoluta confianza—. Mi novia me engañó hace un par de días. —Le relató los hechos y su amigo escuchaba cada una de sus palabras.

—Lo siento, de verdad me apena verte mal. No te mereces eso, si sos una excelente persona.

—Gracias por prestarme oídos.

—No hay por qué, amigo. —Se irguió—. Voy a buscar algunas cervezas en la heladera del fondo. Enseguida vuelvo.

Dante se quedó esperando en su silla, decidió ver la televisión. Al pasar varios minutos, sonó el timbre y se fue a atender. ¡Qué sorpresa se encontró! Jamás en la vida pensó verla allí. Era Johana, y parecía tan reluciente como la vez que se reencontraron. Intentó decirle algo, pero sus palabras quedaron muertas entre sus pensamientos, se le anudó la garganta.

—¿Qué hacés acá? —Alcanzó a decir Dante con gran dificultad.

El brillo de los orbes de ella y el semblante resplandeciente, respondieron a todas sus preguntas. Entonces se dijo para sus adentros: «¡No podía ser peor!».

Ella se quedó en silencio.

—¡Me engañabas con Juan! —acusó—. Con razón sabías exactamente que volvió a Posadas. Sé que lo nuestro terminó, pero te pregunto, ¿hace mucho me engañabas? —Ella no emitía palabra alguna. Se encontraba tiesa como una estatua—. Estuvieron juntos en Ecuador ¿o no? Para qué malgasto mis palabras hablando con vos, si me vas a mentir. —Dante estaba fuera de sí.

En ese instante, Juan llegó con las bebidas, los vio. Las palabras sobraron.

Capítulo VI

Sonó el timbre del despertador y con gran dificultad se levantó. Desayunó apresurado un café casi sin detenerse en la mesa, tomó el portafolio y caminó deprisa, casi corrió rumbo a la parada. Entretanto, iba en camino por la oscuridad, las escarchas le penetraban la piel. Una espesa neblina de invierno hacía imposible distinguir los objetos que se encontraban a poca distancia. Escuchó entre el silencio del amanecer el asomar del transporte por el gris asfalto. Corrió lo más que pudo, cortó camino y embarró un poco el zapato. Al subir al colectivo, se fue a sentar al fondo con aire de infinito desgano. Con una mano limpió la ventana empañada y miró con somnolencia las estructuras metálicas que se construían rumbo al cielo, monótonas, que carecían del sentimentalismo que alguna vez el hombre supo construir y que él tantas veces lo había explicado en sus clases de arte. Se acomodó la corbata de satén azul y se fijó si en el portafolio llevaba todo lo necesario para dar la clase.

Pasaban los días y Dante no encontraba la salida del laberinto de tristeza. Se había enfocado más que nunca en su trabajo. Fue la única manera que encontró de poder escapar de todos sus problemas relacionados con el amor. Día y noche leía, preparaba las clases magistrales. Sin embargo, todo ello se opacaba con su trato con el alcohol. Comenzó a tomar sin medidas. Intentaba ahogar sus penas en una botella. Mientras más tomaba, más recordaba. Dos semanas intensas fueron suficientes para tocar fondo en ese estado, en el cual lo vio su amigo Raúl. Era de noche, las luciérnagas sobrevolaban el pastizal cual pájaro de medianoche.

—¿Qué hacés? —Fueron las palabras de Raúl al verlo deambulando por la calle, como un trotamundos.

—Nada, ¿me ves haciendo algo?

—Te veo mal, estás pálido y sucio. ¿Estuviste tomando?

—Solo un poco —exclamó entre risas—. Aproveché que es viernes, y mañana no tengo clases.

—Vamos a casa. —Intentó resguardarlo del peligro inminente—. Hace mucho que no nos vemos. Andar por la calle en estos tiempos es peligroso a esta hora, en cualquier momento te pueden subir en unos de esos autos. Y más si estás en este estado...

—¡Esta bien, vamos!

Sentados junto la mesa de la sala, Dante comenzó a contarle todo lo sucedido en esos días. Era la primera vez que hablaba con Raúl del tema.

—Ese día mi hermano me dijo que Johana estaba con otra persona, en un primer momento no le creí, y pensé que tal vez era la manera de vengarse que estuve con Mariel.

—Gabriel puede ser algo irritable, pero rencoroso no es. ¿Sabés por qué ella actuó de esa manera? La verdad me sorprende lo que me estás contando.

—¿Te sorprende? Eso que ni te imaginas con quien me engañaba. —Proyectó una sonrisa de rabia.

—¿Con quién? ¿Lo conozco?

—Lo conoces muy bien. —Dejó un momento de suspenso y apretó los puños—. Con Juan.

—Juan... ¿con Juan? —No pudiéndole creer. Estaba anonadado ante aquellas palabras.

—Sí, con él. Encima, cuando me fui a su casa, él no me dijo nada y trató de ser mi confidente.

—Cada vez que recordaba apretaba más los puños—. Y en ese momento llegó ella...

—Nunca hubiera imaginado eso de él —acotó sorprendido—, ¿se pelearon?

—Yo tampoco lo hubiera imaginado el hecho de que me clavó un puñal en la espalda. Eso que lo consideraba un amigo. No, no nos peleamos, ¿para qué? No te miento, tuve ganas. Pero no valía la pena, si ella ya no estaba a mi lado. Prefirió a otro.

—¿Y te dio un motivo por el que te dejó?

—No, pero las cosas no venían funcionando —espetó—, tampoco es motivo para que me engañe con un amigo. —Esbozó una sonrisa de burla—. ¡Amigo! —recalcó.

—Bueno, Dante, la vida continúa. No podés dejarte estar y andar bebiendo sin control. Tenés que seguir tu vida, enfocarte en algo que te guste.

—Gracias, Raúl, siempre pude contar con vos, sos como un hermano para mí. —Se estrecharon en un abrazo.

Al día siguiente, Dante se levantó con una resaca infernal. La cabeza le estallaba. Fue hasta el baño y se miró en el espejo. Su rostro estaba demacrado. En todos esos días no hizo más que leer y embriagarse. Era un desconocido ante su propia figura. Con un hueco dentro del pecho, caviló. «Es hora de recomenzar». Cuando regresó al cuarto, tomó todas las fotos de Johana y las comenzó a romper, las despedazó por mil partes. Comenzaba a disfrutar aquel acto de liberación. Cuando no quedó ninguna fotografía a salvo, botó todo al tacho de basura.

Desayunó y sacó a pasear a Ringo. El aire puro de la mañana lo hizo sentir bien, renovando la energía. Después del almuerzo miró una película en la sala. En eso su madre regresó a la casa.

—¿Cómo te levantaste hoy? —preguntó la señora Eva.

—Bien, un poco mejor.

—Qué desgraciados que son, hoy los vi paseándose en el parque —comentó—, parece que va en serio la relación.

—No quiero que me digas nada.

—Lo siento, hijo, pero te lo tenía que decir.

Dante se levantó del sillón y fue directo a su cuarto. Cada día que pasaba la relación con sus padres se desgastaba. Tomó un pincel y comenzó a dibujar un boceto. Las líneas curvas y rectas comenzaron a fluir sobre el papel. Pasaron años desde la última vez que pintó un cuadro. Después de divertirse como un niño al tomar por primera vez unos lápices de colores, se sentó. Unos infantes que corría en el puerto fueron el resultado de su inspiración. Los niños se parecían mucho a Gabriel y él cuando eran pequeños. Recordó aquellas tardes en las que se escapaban para ir pescar en el puerto, a orillas del río Paraná. De inmediato rememoró también cuando salían juntos en la siesta, con la intención de capturar el preciado bastón del *Yasí Yateré*, personaje mítico de la zona que les contó su abuelo en una historia. Sonrió al conmemorar todo lo que iban a hacer si encontraban el bastón de oro, y unas lágrimas se asomaron en su retina; la melancolía lo envolvió por completo.

La lluvia recibió el día lunes. Otro día más de clase, pero diferente en su totalidad. Las primeras palabras que pronunció Dante al despertarse fueron: «Hoy va a ser un gran día». Dejó atrás ese pasado amargo. Cuando llegó al colegio, la preceptora lo recibió con una noticia.

—Señor Maciel, después de clases, la directora quiere hablar con usted.

Esas palabras retumbaron en su cabeza durante toda la clase. «¿Por qué quiere hablar después de clase? ¿Acaso ella no me pudo decir en ese instante de qué quería tratar? ¿Será algo malo?». El tiempo voló y en menos de lo que tardaba en cantar un gallo, sonó el timbre del recreo. Sus alumnos, alborotados por salir, ni lo saludaron. Caminó hasta la dirección y esperó a que le atendieran.

—Pase —enunció la directora desde el interior al oír que llamaron a la puerta. Al verlo

ingresar, carraspeó—. Buen día, señor Maciel. Póngase cómodo.

El asiento de la directora se asemejaba al sillón de Rivadavia. Ella formaba parte de los miembros cofundadores del colegio. Era un emblema para la institución, y querida por todo el personal.

—Buen día —respondió—, me dijeron que usted quiere hablar conmigo.

—Así es. —El tono con el que contestó empezó a preocuparlo—. El profesor de Artes Plásticas de los cursos superiores tomó licencia por lo que resta del año, y pensé en usted para la suplencia.

Esa gran noticia lo tomó por sorpresa. Era lo que esperaba hacía tiempo y llegó en un momento oportuno de la vida.

—¡Muchas gracias! —Le brillaron los ojos—. Estaría encantado en poder tomar esas horas.

—Muy bien, el miércoles comienza con su nuevo curso. —Acompañó su frase con una tenue sonrisa.

Dante no cabía en sí de la emoción. Tarareó una canción durante todo el trayecto. Estaba tan feliz, que no le importó cruzarse con Juan en la esquina del barrio. Cuando llegó a su casa, lo primero que hizo fue darle la grata noticia a su madre.

—Me dieron horas de suplencia —pronunció emocionado—, presentía que hoy iba a ser un gran día.

—Me alegro mi hijo —expresó ella al abrazarlo—, todo llega a su debido tiempo. Recuerda siempre que los tiempos de Dios son perfectos.

La espera y paciencia comenzaban a mostrar sus primeros frutos. Su vida se encasilló prácticamente a dar clases en el colegio. Se compró una cocina y una heladera, casi no quedaba lugar en la pequeña habitación. Todo estaba encaminado para que aquel pichón despegara de su nido en búsqueda de nuevas aventuras. Y así sucedió.

—Mamá, me voy a mudar. —Fueron las palabras que reabrieron las llagas provocadas por Gabriel a su madre.

—Está bien —musitó—. ¿Cuándo lo pensás hacer?

—Este fin de mes. Ya vi el lugar, es lindo, cómodo y me queda cerca del colegio —denotó todos los atributos de la casa.

—¿Le dijiste ya esto a tu papá?

—Aún no. Voy a esperar que venga del trabajo.

Cuando llegó el padre, Dante le repitió las mismas palabras, pero su padre respondió de una manera muy diferente.

—¿Te acompañás? —cuestionó.

—No, solo me mudo.

—Está bien. —Sacó a relucir su mejor sonrisa de hiena.

Esa misma semana realizó la mudanza. No quiso esperar ni un día más. Su nuevo hogar era pequeño. Era un mono ambiente ubicado en aproximaciones de las cuatro avenidas principales de la ciudad. Era el sitio perfecto para recomenzar una nueva vida.

Capítulo VII

Las primeras semanas fueron duras para Dante. La gran aura negra de la tristeza lo absorbía por momentos. Por suerte, sus amigos le acompañaban cada vez que podían. Una noche se reunieron en la casa de Ignacio. En esa cena los anfitriones eran Raúl, junto con su prima, y él. A la esposa de Ignacio le faltaba tan solo algunas semanas para dar a luz.

Dante se sorprendió de que ella estuviera en el país con la terrible situación en que se vivía en esos. Apenas la vio, recordó las primeras veces que alcanzó a atisbarla. Sonrió al recordar aquellos ojos color mar que se reflejaban sobre el cristal. «¿En qué estaba pensando?». Evocó esa situación en que, sin conocerla, se atrevió a hablarle. «*¡Qué frío hace!* Qué frase más gastada fue la que rompió el hielo. Y eso que solo la había visto un par de veces».

—Hola, Dante. —Se apresuró a decirle Beatriz—. ¿Cómo estás?

—Hola. —Le dio un par de besos en las mejillas—. Bien. ¿Y cómo va yendo el embarazo? ¿Ya tienen pensado un nombre?

—Aún no.

—¿Cómo que aún no? —indagó Ignacio— ¿Acaso no quedamos con que si es niño se llamaría Fabricio, como el abuelo, y si es nena, Esther, como tu mamá?

—Eso está por verse —culminó Beatriz con una sonrisa.

Luego de saludar a los primos, se sentaron en el salón. Anariell no vio a Dante desde el día del accidente. Ella seguía igual a siempre, sus orbes claros eran portales al Edén. Beatriz se encontraba hermosa esa noche, vestía un largo vestido celeste. En la enorme panza se formaba una bella silueta en su centro.

—¿Sabes si será niño o niña? —acotó Anariell colocando sus finas manos en el vientre de Beatriz.

—No lo sé —contestó ella—, según mis amigas, será varón por la costumbre de verme espléndida.

—¿Cómo es eso? —Yacía curiosa por saber de qué se trataba.

—El dicho dice, que si la madre se ve hermosa, es varón, de lo contrario, será mujer porque toda la belleza de la madre la absorbe la niña.

A Anariell le resultaba algo extraña dicha costumbre desconocida en su tierra natal. Las dos mujeres continuaban sentadas en la sala conversando. Mientras que en la cocina se encontraban los hombres.

Al escuchar tanto alboroto, las damas se acercaron a la cocina. En una punta de la mesa estaban Raúl e Ignacio. En paralelo estaba sentado Dante. Compartían una cerveza que escarchaba el vaso de cristal.

—¿Está todo bien? —inquirió Beatriz.

—Sí, está todo bien —contestó su esposo. Observó a Raúl—, solo qué él casi se quema al fritar la primera empanada. —Lanzó una estrepitosa carcajada.

Anariell se acercó a Dante. Esquivó el tumulto que se formó frente a la puerta.

—¿Y tu hermano? —Se acomodó el flequillo. Su cabello estaba demasiado peinado, como si le hubiese estado pasando el cepillo durante horas.

—Él está en Iguazú. Regresó hace un par de semanas.

—¡Vale! ya regresó. Iba a estar bueno que esté hoy —finalizó cuando caminaba a la sala.

Cuando estaban a punto de empezar a comer, sonó el teléfono. Ignacio fue a atender. Al volver a la mesa, dijo:

—Era Juan, se va nuevamente a Ecuador. —Y se dirigió a su esposa—. Te manda saludos.

El rostro de Dante cambió. Tuvo que desabrocharse los primeros botones de su camisa ante el calor repentino que le subía por el cuerpo. Sin embargo, no emitió opinión alguna. Al finalizar la cena, él pronunció entusiasta:

—Tenemos que reunirnos nuevamente. —Recuperó la compostura—. ¿Qué dicen?

—¡Perfecto! —contestó Raúl.

—El fin de semana que viene, ¿les parece? —inquirió Dante.

—Sí, por mí está bien —respondió Anariell.

—¿En tu casa? —consultó Beatriz.

—Sí, en mi casa o en donde sea. La intención es reunirse y compartir —sentenció Dante levantándose de la mesa.

Esa semana voló, entre el trabajo y la organización de su hogar. La chispa de vitalidad se volvió a encender en su ser. En la nueva casa se podía respirar un ambiente hogareño. Todos los mediodías paseaba a Ringo en la plaza y aprovechaba para hacer actividad física. El canino más que un animal, era su compañero de todos los días. El día que se tenía que reunir con sus amigos, él se levantó más temprano que de costumbre. Entre insomnio y pesadillas recordó a Johana. «¿Por qué me atormenta hasta en los sueños?», se preguntó al incorporarse de la cama. Luego de preparar un mate, se sentó en el alero. El canto de un gorrión acompañaba sus cavilaciones.

Cerca del mediodía Raúl llegó a su casa.

—¿Todavía no vino nadie?

—No ¿Y tú prima va a venir?

—Me dijo que iba a ver si le daban los horarios. —Se sentó junto a su amigo—. Porque tenía otro compromiso.

El reloj seguía su curso y nadie más llegaba. En aproximaciones del alero, los amigos improvisaron una parrilla. La carne de ternero se disponía en ocupar toda la rejilla, sin dar lugar a la morcilla y chorizo. Mientras la carne se asaba, ellos compartían un vino Malbec.

—Parece que no va a venir nadie más —comentó Dante.

—Al parecer no.

Y recordando lo que pensó días atrás, cuando volvió a ver a Anariell, preguntó:

—¿Qué pasó que tu prima está es Posadas? Pensé que ya se había ido.

—Se fue a España, pero regresó.

—¿Se va a quedar a vivir acá o sucedió algo? —Estaba incrédulo—. Sabiendo cómo está la situación del país.

—Vino casi a las apuradas. —Se acomodó en el sillón, a sabiendas de que iba a dar una larga explicación—. Estuvo a punto de comprometerse allá. Los preparativos de la boda estaban en marcha, era todo perfecto hasta que se enteró que su novio la engañaba. —La mirada de Dante pedía detalles—. Él es un prestigioso médico; un día Anariell, se fue hasta su consultorio para darle una sorpresa, y vaya que la sorpresa tuvo ella cuando lo vio engañándola con su secretaria.

—Qué mal, debió sentirse de lo peor —masculló, supo en carne propia lo que se sufría ser engañado por alguien amado.

—Sí, una gran desilusión —acotó.

Después del almuerzo, se fueron a orillas del río. Se sentaron a tomar tereré de menta bajo un árbol de guayubira. El cielo celeste era el escenario de extrañas figuras que formaban las nubes aterciopeladas.

—Cómo está cambiando Posadas —exclamó Raúl nostálgico—, cada vez hay más edificios,

más personas. Ya no es como antes, en donde todos los vecinos se conocían.

—Sí, está creciendo a pasos agigantados.

Antes de que cayera el sol, se marcharon del lugar. La noche no brindaba garantías en aquellos tiempos.

Los padres de Dante fueron a visitarlo el siguiente día. Era domingo. Desde que se mudó, solo fueron un par de veces. Apenas los vio, se alegró. El señor Maciel casi no pronunció palabra alguna en las dos horas que estuvo de visita. Su esposa, en cambio, realizó un monólogo para su hijo. Emocionada, comentaba todo lo que sucedió desde su partida.

Capítulo VIII

El crudo invierno obligó a Dante a refugiarse en su casa en las vacaciones. Durante ese tiempo, casi nadie lo fue a visitar. Los días se le pasaron volando entre lecturas y mates. Aprovechó que no tenía clases, utilizó el tiempo para poder darse el gusto de leer. Un día encontró entre los libros de la biblioteca, un ejemplar de su historieta favorita. Ya ni recordaba que la tenía. Le obsequió su abuelo cuando él era adolescente. Trataba sobre un personaje que vivía en Lagash.

—Mirá lo que encontré —pronunció Dante a Raúl cuando lo volvió a ver—. ¿Te acordás? —Tenía la revista en sus manos.

—Sí, ¿cómo no me voy a acordar? —chilló este. Tomó el ejemplar con añoranza—. Si lo vivíamos leyendo en las tardes. Gracias a esto aprendí un poco de historia de la antigüedad —señaló sonriente.

—Era fascinante la trama. No recordaba que lo tenía yo, pensé qué lo había perdido.

—¿Perdido? —Lanzó una carcajada—. Si nunca te despedabas. No prestabas a nadie, ni siquiera a tu hermano —enfaticó. Le devolvió el ejemplar—. ¿Vos tenés algo que hacer el viernes? —Obtuvo una respuesta negativa—. Porque es el cumpleaños de Anariell. Ella me dijo si queríamos ir, y pensé que sería buena idea.

—Está bien. ¿Vive en el lugar de siempre?

—Sí, en el mismo.

Por fin llegó el día. Esa mañana despertó antes de que sonara el despertador, se levantó de la cama dirigiéndose hacia la ventana. De pie junto a esta, observó el cielo naranja y rosa que cualquier pintor quisiera tener en su paleta. El fulgor de las nubes, el arrebol y el sol mostrando sus primeros rayos de luz. Luego de otear más el firmamento, se fue hasta la cocina y desayunó mientras leía el periódico.

Fue al supermercado, caminó apresurado sin mirar a los costados, con el único fin de ir lo más rápido posible y regresar pronto a su casa. En su alborotada cabeza planeaba mil ideas. Los pasos largos que daba proyectaban una extraña figura, de aspecto casi cómico. Los repentinos movimientos de brazos trataban de coordinar con las largas zancadas. Con la vista siempre al frente y el mentón cuadrado hacia arriba. Para ocultarse de los potentes rayos del sol, se cobijaba de cuando en cuando en los pocos árboles que se podía encontrar durante el trayecto.

Después de almorzar, se sentó a mirar la televisión, para pasar el tiempo. Recostó la cabeza sobre las manos, realizó una especie de almohada y comenzó a mirar la película. De un momento a otro se quedó dormido y fue el sonido de la bocina de un auto lo que hizo que despertara de repente. Contempló que las agujas del reloj marcaban las siete de la tarde. Durante varios minutos, se detuvo a elegir la ropa que llevaría. Caminó hacia la ventana y avizó el cielo, los árboles se movían, danzaban al son del viento. Entonces fue hasta el placard y tomó un suéter liviano, previó que en la noche refrescaría. Se colocó en el cuello y en las muñecas un poco de colonia francesa que le regaló su hermano en su cumpleaños. Tenía un delicioso aroma que transportaba al paisaje mediterráneo.

Salió de su casa rumbo a lo Anariell, tarareaba una canción en su cabeza. Al llegar la vio tan hermosa, era un ángel caído del cielo con ese vestido blanco con un pequeño volado que acentuaban sus pronunciadas caderas, unos pendientes celestes y un perfume de azahar. Ella lo invitó a pasar.

—Hola, Dante. —Hizo un mohín—. Me disculpas, pero es que aún no estoy lista. —Sonrió—.

Todavía no ha llegado nadie.

—¡Feliz cumpleaños! Llegué demasiado temprano, ¿no? —Le dio un par de besos en la mejilla —. Igual no se nota que te faltara algo.

—¡Gracias, Dante! Descuida, dentro de un rato seguramente vendrán los demás. —A medida que decía eso, caminaba con paso brioso a su habitación.

Revisó la casa. Era modesta, con un solo dormitorio ubicado en dirección frontal a la puerta de ingreso. Una pequeña cocina, en la cual una mesa redonda de madera barnizada ocupaba casi todo el lugar, y que desde el centro estorbaba el paso al lavadero. En la sala se podía observar varias cajas de cartón, apiladas una sobre otras. Una radio gris era el sostén de algunos discos de vinilos. El hogar estaba la mayor parte del día alumbrado por la luz artificial propagada de las lámparas, ya que la solar ingresaba exigüamente a causa de los enormes edificios que se hallaban frente al recinto.

Al pasar un cuarto de hora, se hicieron presentes varias amigas. Todas ellas jóvenes llenas de vigor. Una de ellas era morena de piel canela, tan alta que casi rozaba su cabeza en el marco de la puerta. Las otras eran gemelas que se complementaban hasta para hablar, comenzaba una frase una y terminaba la otra. Se sentaron en la mesa. Él no conocía a ninguna de las presentes, a excepción de Anariell, por lo que le preguntó:

—¿Sabés si viene tu primo?

—El no va a poder venir, me lo dijo hoy al mediodía. Ignacio y su esposa seguramente vendrán. —Cuando soltó eso, sonó el teléfono—. Me disculpas, tengo que atender. Luego regresó —. Ains, era Ignacio, me avisó que no van a poder venir —Torció sus labios un poco hacia arriba —. Beatriz no se siente bien.

—¿Te dijo si es algo grave? —Se perfiló a la puerta.

—No, solamente que no se sentía bien. Ya que viniste hasta aquí, quédate. —Lo frenó con sus manos—. Enseguida va a estar el arroz con pollo.

—Le sale perfecto a esta mujer el arroz con pollo —terció la morena desde la puerta, fumaba como murciélago.

—Sí, es una gran cocinera —reafirmaron las dos restantes.

Ante tanta insistencia, decidió quedarse. Bebieron y hablaron de la vida.

Cuando Anariell anunció que la comida estaba lista, se acercaron a la mesa. Ella sirvió en la fuente de metal pulido, el pollo con arroz a la valenciana. Dante descorchó el vino añejo que llevó y lo colocó sobre mesa. La botella parecía esculpida por el mismísimo Miguel Ángel.

—¡Qué exquisitez! —comentó a Dante una de las gemelas—. Es una fiesta al paladar.

—Es una magnífica cocinera —acotó la morena.

—Calmáis chicas —regañó Anariell—, ya le están incomodando al pobre hombre con sus comentarios —Al decir estas palabras todas rieron simultáneamente.

—No es nada —respondió él con algo de vergüenza.

Al finalizar la cena, se sentaron en la sala. Rodearse de gente con buen ánimo fue lo mejor que pudo haberle pasado esa noche. Continuaron con las bebidas y charlas. Anariell les alcanzó una porción de una exquisita torta de vainilla sin previo aviso de cortar la torta. No le gustaba que le cantaran el feliz cumpleaños.

—Muy linda noche. Nosotras nos vamos yendo —alegó una de las gemelas luego de comer su porción de torta.

La otra continuó la frase: —Ya es tarde, y mañana tenemos que trabajar.

—¿Están seguras de irse a esta hora? —profirió él

—Vivimos a tan solo media cuadra —repusieron.

—Bueno, chicas, que les vaya bien —contestó la morena, y se retiró al patio a fumar.

Cuando las hermanas se marcharon, los dos se quedaron bebiendo en la sala. El reloj dio la una la madrugada. Anariell bebió de más, motivo por el cual comenzó a comportarse con una soltura desmesurada, sin medir las palabras, empezando frases sin terminar. Cuando se levantó para ir a buscar hielo, tambaleó y perdió el equilibrio, tan solo no cayó al piso de parquet porque su cuerpo encontró los brazos de Dante, quien la sostuvo hasta que recuperara el control de su cuerpo. Al verla regresar a la sala con los pequeños cubos de hielo en las manos desnudas, cedió el paso en su caminar y preguntó en tono preocupante:

—¿Te sentís bien?

Anariell dejó el hielo sobre la mesa, junto a la botella de vino, se paró frente a él y con un ademán cariñoso, susurró:

—¡Estoy bien! Ven, vamos a bailar un poco y a disfrutar de la vida.

Dante sonrió, y en un primer momento se negó a bailar cruzándose de brazos, así se mostró en desacuerdo con aquella idea. Ante la insistencia.

—No sé bailar muy bien...

Ella lo tomó de la mano y lo guio por varios pasos. Encendió el equipo de música y colocó un disco de vinilo, intentó amenizar el ambiente. Volvió recogiendo el cabello, se hizo un pequeño rodete que lo sujetó con un lápiz. Se posó frente a él, colocó con lentitud una mano en la cintura, lo rodeó con los brazos y recostó la cabeza en su pecho, escuchó los acelerados latidos de su corazón. Bailaron durante varios minutos un bolero del conspicuo Manzanero, hasta que Dante se inclinó hacia atrás y se retiró.

—¿No quieres bailar más? —reprochó al soltar—. Discúlpame si te incomodé.

Pero él no supo decir nada. Es más, ni siquiera sabía por qué tuvo esa reacción, y sólo atinó a sentarse de nuevo. En el fondo de su ser sabía que ilusionarse y no ser correspondido sería un desastre para su vida. Temía por su felicidad. Ella era tan cautivadora, que un paso en falso que él diese, se enamoraría. Le costó salir de ese desamor y se obstinaba en entregar sus sentimientos sin más.

Para no incomodarlo, ella se fue a la cocina en búsqueda de otra botella de vino. Cuando regresó a la sala, lo vio que seguía en su sitio. Se acercó por detrás sin que notara su presencia y lo abrazó cariñosamente. Caminó unos dos pasos y quedó frente a él, la miraba absorto, sin comprender. Ella pronunció unas palabras que él no distinguió quizá por la jaqueca producida por el alcohol, y cuando hizo un ademán para repreguntarle, Anariell se abalanzó hasta él y lo besó, más que apasionada. Dante se sorprendió, mas no ofreció resistencia, sino que continuó el acto con vehemencia.

El frío de la noche comenzó a mermar, el calor empezó a propagarse por todos los rincones de la casa. Él no paraba de besar sus labios finos con las manos en su cintura, la tomó, le susurró al oído y la acarició sutilmente las mejillas. Ella se soltó el pelo que lo llevaba recogido. Sus ojos color mar estaban más encendidos que nunca, radiantes como dos faros relucientes que guiarían a los náufragos de amor. Sin decir palabra alguna, se alejó de él, lo apartó con las manos y se fue a sentar. Dante caminó hacia ella y se acuclilló para quedar ambos a la altura de los ojos, sonrió.

—¿Qué te pasa? ¿Te sentís bien?

—Discúlpame por mi comportamiento —exhaló—, siento haber iniciado esto. No sé lo que me sucede. —Limpió sus luceros con el dedo, corrió un poco el rímel—. No estaba en mis planes, simplemente sucedió.

Dante comprendió aquellas palabras, trató de disimular lo mejor posible esa procesión que le recorría todo su cuerpo y con un leve movimiento de cabeza dejó salir las primeras palabras.

—Creo que lo mejor sería que me vaya ahora. —En ese momento ingresó su amiga. No comprendía nada.

—¿Qué pasó acá? —curioseó. Ninguno respondió.

Dante se irguió y se perfiló en dirección a la puerta. Cogió el suéter azul que estaba sobre la mesa y se dispuso a marcharse.

—Fue una linda noche, gracias por la invitación. —Saludó a la morena—. Voy a irme. Espero que la sigan pasando bien —finalizó con una gran sonrisa.

Anariell lo acompañó hasta la puerta. Se despidieron con un par de besos en la mejilla y ella se disculpó por enésima vez. Estaba avergonzada por su comportamiento. Él la consoló.

—No hace falta que te disculpés, comprendo la situación. Soy yo quien debe disculparse y dar las gracias por haber sabido frenar a tiempo.

Dante emprendió el camino rumbo a su casa, tambaleó de vez en cuando por todo el alcohol que ingirió y marchó por las oscuras calles de la ciudad bajo la luz tenue de la luna que a cada instante se ocultaba bajo las espesas nubes. Con pasos agigantados y colmados de inseguridad, trató de llegar lo más rápido posible a su casa.

Capítulo IX

Dante observaba desde la ventana la noche estrellada. Ningún conjunto de diamantes exhibidos sobre el bastidor de un joyero podría ser más hermoso que aquel paisaje que se reflejaba en sus pupilas. Pensó en lo ocurrido esa noche. Fue al baño un poco adormilado, y se lavó la cara en el lavatorio. Trató que su reflejo en el espejo le diera una respuesta, una señal. Al ver que era en vano, volvió a su recámara. «¿En qué estabas pensando, Dante?» remilgó ante el crepúsculo del domingo que comenzaba a atisbarse sobre el horizonte. Él aún no había conciliado el sueño. Dio vueltas en la cama y cambió de posición a cada instante, hasta que por cansancio por fin se durmió.

El sol del mediodía le impactó en el rostro y el calor lo despertó. La almohada blanca de algodón estaba mojada de transpiración. En la habitación el olor a alcohol inundaba. Al abrir los ojos, apenas pudo distinguir los objetos ante la claridad, la vista le era incandescente. Se levantó y caminó hacia la ventana, el cielo celeste y sin nubes a la vista, revelaba un día caluroso. Cerró las cortinas y revisó que el reloj de pared marcaba las dos del mediodía.

Unas grandes ojeras se veían en su rostro. Los párpados inferiores hinchados y unas marcas oscuras debajo de sus orbes, delataban las consecuencias de la noche anterior. El cabello rubio despeinado y un profundo olor a alcohol que se dimanaban por todas las partes de su cuerpo, ya decían lo suficiente. Fue hasta el patio y desde el corredor divisó a Ringo, yacía acostado frente a la casita blanca de madera. El agua fría de la ducha lo reconfortó un poco, aunque seguía teniendo un intenso dolor de cabeza. Encendió la televisión y contempló una serie norteamericana mientras almorzaba. En esa misma posición se quedó durante todo el día.

Al día siguiente salió a caminar un poco para despejar sus ideas. Se calzó sus zapatillas deportivas grises y un pantalón azul de tela de avión. Fue hasta el patio y colocó a Ringo una correa negra. Juntos salieron de la casa. Al caminar por la grisácea vereda, observó cómo las jirafas lumínicas de la ciudad se perdían en el horizonte, realizaban un camino infinito que bordeaba el asfalto.

Las olas rompían en el puerto, producían un sonido estremecedor. El escocés Ferry “Roque Sáenz Peña”, se deslizaba junto a su hermano gemelo sobre las aguas del Paraná en una abrumadora tarea. Cuando regresó a su casa, preparó un mate y comenzó a planificar la clase. Su ánimo había mejorado. Limpió la mesa, colocó sobre esta una pila de libros y empezó a recortar imágenes de distintas revistas para el tema. Esa noche se acostó temprano, ya que al otro día tenía que dar clases temprano. Por fortuna, no padeció el insomnio de los días anteriores.

Pasaron semanas de la última vez que vio a Anariell. Su vida adquirió, de nuevo, el ritmo rutinario. Un día Raúl pidió, a través de un «por favor», que si podía llevarle una carta a su prima. Esa misiva fue la causante para que se volvieran a ver. Tocó el timbre, pero nadie atendió. Insistió, y allí oyó un grito proveniente del interior.

—¡Ya voy! Espere un ratito.

—Bueno, o sino regreso más tarde —respondió al oír esas palabras—. Soy Dante —Se acercó para que oyera.

—Ya salgo, solo demoraré un instante —instó ella.

Entonces él se quedó parado frente a la puerta con las manos en los bolsillos. Se entretuvo con el jardín. Algunas de las flores recién plantadas estaban con el capullo cerrado, parecían egoístas que solo se mirasen a sí mismas, sin dejar contemplar su belleza. Otras con los pétalos abiertos, de colores naranjas y violetas. Al pasar varios minutos, Anariell abrió la puerta.

—¡Hola, Dante! ¿Qué te trae por aquí? —Sonrió—. Ven, pasa.

—Raúl me pidió que te dé esto. —Le dio un sobre.

—¡Gracias! —Lo examinó con ojos brillosos. Era una carta de su hermana menor.

Al ingresar, Dante vio sobre el piso de parquet, al costado del umbral de la habitación de ella, unas cajas de cartón apiladas una sobre otras.

—¿Y esas cajas? Pensé que ya habías desempacado todo.

Ella en ese momento estaba con la felposa toalla amarilla en la mano, se secaba el cabello negro, pues recién se acababa de bañar. Enderezó la cabeza que tenía ladeada.

—Dante, he pensado en regresar a España. —Viendo el rostro de su amigo, se justificó—: La situación aquí es muy compleja y caótica, más de lo que imaginaba.

—Tenés razón, es muy inseguro.

—¿Por qué tú no te marchas de aquí también?

—Lo pensé varias veces, pero no puedo abandonar el país. ¿Cuándo te vas?

—Dentro de unas semanas —suspiró—, cuanto más antes, mejor. Mi lugar en el mundo es Madrid. No puedo estar escapando de mis problemas.

—¿Qué te parece si vamos a caminar? Así aprovechas y ves la ciudad antes de irte. Y charlamos un poco.

—¡Vale! Me encantaría, ¿me esperas un ratito? Tengo que ir al vestuario para cambiarme de ropa.

Luego de unos minutos, salió de su habitación con una calza negra que le llegaba hasta las rodillas, una remera blanca y el pelo recogido que dejaba resaltar aún más sus bonitos luceros. Esbozó otra sonrisa.

—Bueno, ahora sí vamos.

Caminaron por las calles céntricas de Posadas. Cruzaron por la plaza 9 de julio. Ella prácticamente danzaba en su caminar con armoniosos movimientos de caderas, y una grácil figura. Se sentaron en la plaza San Martín y observaron nostálgicos los toboganes vacíos, al igual que las hamacas sin niños. Era una plaza carente de las risas inocentes de antaño.

Cuando el sol comenzaba a ocultarse detrás de los edificios, cayendo en picada y las luces artificiales de la ciudad amenazaba con acaparar protagonismo, ellos se retiraron.

—Gracias por hacerme compañía —pronunció ella.

—No es nada. Eso sí, no puedes irte de Posadas sin un recuerdo.

—¿A qué te refieres?

—En que tienes que llevar algo —musitó—, algo de nuestra tierra, de Misiones —aclaró.

—¿Qué tienes en mente?

—Si querés, te puedo dar un cuadro que pinté. No es un gran cuadro, pero refleja bien nuestra tierra.

—Me parece genial —sentenció.

Con esas palabras fueron a la casa de él. Las luces estaban apagadas. Se dirigió a Ringo con la intención de mostrarle a Anariell. Este permanecía acostado, inmóvil, tal como había estado cuando él partió. Abrió el cerco de madera y una extraña sensación se apoderó de su cuerpo, como si supiera el final y aferrado a toda esperanza, no quería aceptarlo. Acarició al animal y vio que este no movió la cola como lo hacía; le apapachó, pero seguía inmóvil. Su perro, su fiel compañero durante tantos años, partió a un mejor lugar. Indescriptible fue el sentimiento de angustia e impotencia que recorrió por todo su cuerpo, le brotó por cada poro, cada célula.

En cuanto ella se percató de lo que sucedía, se dirigió trépidamente a él. Dante estaba consternado, sentado en el suelo y con la cara entre los dedos, se acomodó junto a Ringo. Se acercó y lo abrazó sin decir palabra alguna, lo compadeció, compartió el mismo dolor por la pérdida.

—Lo siento mucho, Dante.

—Fue un gran compañero.

—Estoy segura que así fue... Es necesario llamar a un veterinario.

Al cabo de un tiempo, se hizo presente el veterinario. Era un anciano, taciturno, de ojos celestes claros, una cabellera blanca y abundante. Las arrugas de la cara se parecían a la tierra quebrada por el calor. Apenas llegó, se identificó y fue directo al lugar en donde se encontraba Ringo, comprobó que estaba sin vida.

—¿Se le puede cremar? —El hombre afirmó—. ¿Para cuándo voy a tener sus cenizas?

—El tiempo de una cremación varía, pero lo haremos —respondió.

—Muchas gracias por venir tan pronto. ¡Que tenga una buena noche! —Anariell lo abrazaba.

Ella le hizo compañía un momento. Miraron películas sentados en el sofá verde inglés, después la joven se dio cuenta que ya era de madrugada.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias por estar en este momento que es difícil para mí. —Reafirmó con un movimiento de cabeza.

—No tienes nada por agradecerme. —Dante estaba por hablar, pero ella continuó—: Se me ha hecho tarde, voy a tomarme un taxi.

—No es una buena idea. —Su mirada se iluminó—. Es demasiado inseguro salir a estas horas.

—Gracias por tu preocupación, pero tengo que irme.

—¿Por qué no pasas la noche acá? —sugirió—. Podés dormir en la habitación, que yo duermo en el sofá.

—Te agradezco, mas no creo que sea una buena idea.

—No es buena idea que salgas a la calle a esta hora —gruñó.

Ante tanta insistencia, ella doblegó su voluntad y permaneció allí para pernoctar.

Él se levantó temprano. Ingresó a la habitación y vio que sobre la cama descansaba Anariell, dormía profundo. La sábana le cubría desde los pies hasta el ombligo, estaba acomodada en posición fetal. No quiso despertarla, por ello caminó con sigilo, buscó una camisa, un pantalón de vestir, una corbata y sus zapatos negros, puesto que tenía que ir a dar clases. Mientras desayunaba un café con algunas galletitas, escribió una carta en la cual decía:

¡Anariell! Me voy a clases, no te desperté porque se te veía tan bien. Gracias por hacerme compañía en este momento difícil. ¡Qué tengas un excelente día!

P. D. Por favor, dejá las llaves debajo de la alfombra.

Cuando terminó de escribir en el anotador de papeles amarillentos, guardó la lapicera azul en su portafolio, fue hasta la habitación y dejó la nota sobre la cama. Al despertarse, ella vio el papel que se encontraba a un lado, lo tomó y leyó la nota en voz baja. Se dijo para sus adentros al ojear las líneas: «¡Qué tonta eres! No podés quedarte dormida en casa ajena».

Recién cuando terminó de leer, se levantó de la cama, fue al baño y mirándose en el espejo, improvisó un peinado de media cola. Caminó de prisa y se marchó de la casa.

Capítulo X

Transcurrió el tiempo y todo era perfecto para Dante. Un día de verano, Gabriel fue a casa de su hermano. Ellos en los últimos años tuvieron poca relación por motivos de distancias. Cuando llegó a la casa, Anariell estaba en el lugar, ella se convirtió en su amiga, consejera y compañera.

— ¡Hola! ¿Cómo estás, Anariell? —saludó Gabriel.

— Hola, muy bien —afirmó ella mientras le daba en par de besos en sus mejillas color durazno.

— ¡Gabriel! Me alegra que andes por acá —dijo Dante abrazándolo fuerte.

—Hace mucho que no venía —profirió—, hoy a la mañana llegué. —Dejó sobre el piso la pesada mochila que cargaba—. Pensé en pasar y saludarte. Dentro de unos días tengo que regresar a Iguazú de nuevo, así que voy a tratar de aprovechar al máximo estar con mi gente querida.

—¡Qué lindo es verte de nuevo! —recalcó Dante eufórico.

Juntos se sentaron a conversar y a compartir unos mates. Gabriel se mostraba un poco sombrío. No hablaba con la fluidez que acostumbraba. Su hermano menor pensó: «Tal vez sienta un poco de culpa por lo sucedido con Johana».

—¿Te sucede algo, Gabi? Te veo algo ido del tema —inquirió sin merodear.

—Sí, estoy bien. —Al ver que su hermano no se convenció, exhaló el humo de su cigarrillo y sonrió—. Cosas de la vida...—respondió sin más gracia que el sentir descargar un peso sobre sus hombros.

—Así estamos todos, creo —pronunció Anariell—. Deberíamos organizar un club —Al decir eso último, lanzó una carcajada.

—¿Qué es de tu vida? —preguntó Gabriel a ella.

—Nada interesante. Trabajo en una librería, estoy soltera y sin apuros. —Llevó su dedo índice al cachete, pensativa—. ¿Qué más puedo decir? Hace algunos días quise regresar a España, pero no pude. —Las últimas palabras fueron acompañadas por un mohín de tristeza.

—La situación del país está complicada. ¿Qué pensás hacer mientras tanto? —repreguntó Gabriel, ansioso por saber más.

—Por ahora trabajar y esperar que todo mejore. —Se abstraigo en un recuerdo—. Me encantaría conocer las Cataratas de Iguazú —replicó con un destello de luz en sus ojos que escorzaban el anhelo.

—¡Cierto! Prometí llevarte —exclamó sonriente, con el gesto tan peculiar que heredó de su padre—. Si querés podemos ir cuando regrese, y hasta puedo hacerte un recorrido turístico exclusivo.

—¡Sería hermoso!

—Sí, es buena idea —terció Dante. Su rostro comenzó a mostrar signos de celos al oír que su hermano no lo invitó.

—¿Tú no quieres venir con nosotros? —musitó la joven.

—Estoy de vacaciones, si no les molesta, podemos ir los tres.

—¡Vale! Estaría perfecto —dijo ella—, estoy libre el viernes.

—¿Vos cuando volvés, Gabi?

—El viernes. ¿Entonces quedamos para ese día?

—Sí —contestaron al unísono.

Esa tarde se quedaron para planificar cómo iba a ser el viaje. Gabriel anticipaba el recorrido que harían. De su mochila sacó un folleto con los principales lugares y eventos que se realizaban. Mostraba, comentaba y recomendaba lugares.

—¡El Parque Nacional es hermoso! —prorrumpió Gabriel extasiado.

Los pocos días que Gabriel quedó en Posadas, los aprovechó en visitar a sus padres. No perdió oportunidad en visitar a su fiel amigo Ignacio y a conocer a su pequeño hijo. Gabriel tenía un carácter muy diferente al de su hermano menor. Era extrovertido, directo y franco con sus pensamientos. Su temperamento era una fiel copia de su padre, en cambio, su hermano Dante era más delicado, tímido, y parecido a su madre. Un conflicto estaba, otra vez, en la puerta de sus vidas.

Varias veces Gabriel visitó a Anariell en su casa. El primer día fue junto con Raúl, con la intención de organizar lo mejor posible la salida para que fuera una experiencia inolvidable.

—Venís con nosotros, Raúl, ¿cierto? —indagó Gabriel sentado en el sofá de la sala de Anariell.

—Me encantaría, pero no puedo. —Sonrió como siempre—. Tengo que trabajar.

—Vamos, primo —musitó ella—, son solo un par de días.

—¿Y qué le digo a mi jefe? —recriminó al encogerse de hombros.

—Ains, ¡qué anticuado que eres!

—¿Anticuado? Más bien la palabra sería responsable, ¿no?

Para Gabriel, ver cómo los primos se decían tantas barbaridades, le causó gracia, más que todo por la forma en cómo llevaba a cabo la conversación Raúl. No se sabía si estaba enfadado o fingía como siempre lo hacía.

La segunda vez que la visitó, Gabriel fue solo. Era un día lluvioso, especial para disfrutar unas chipas caseras. Estaban sentados en la sala, viendo caer la lluvia sobre la tierra y oían el estremecedor sonido de las gotas impactar contra el techo.

—Este viaje le va a hacer bien a mi hermano —comentó él.

La curiosa mirada de ella, que no se atrevía a preguntar y se consumía por saberlo, lo animó a proseguir.

—Dante está pasando un momento difícil, ¿sabés? Los continuos desamores lo afectaron mucho.

—Me contó que terminó con Johana —expuso ella.

—¿Y de Mariel te dijo? —Anariell negó—. Ella fue un gran amor en su vida. Vivían juntos en Buenos Aires. Sin embargo, lo engañó con su compañero de trabajo. Dante quedó destruido después de aquella relación. Y con lo de Johana ya sabes todo lo que pasó, ¿no?

—Sí, a ella la conocí...y él me comentó todo.

—Mi hermano está algo pesimista con la vida. —Miró sus ojos—. Está muy lastimado, y ya no sabe si creer en el amor.

—Él es una gran persona, no merecía ser tratado de ese modo. —Con esa frase dieron por concluido el tema de Dante.

El día que realizaron el viaje, Raúl los acompañó hasta la terminal de Ómnibus. Amanecía cuando partieron rumbo a Iguazú. Durante el trayecto, atisbaron los pocos reductos que permanecían de la selva virgen. Los resinosos pinos habían tomado posesión de la tierra colorada, en lugar de los árboles nativos. Después de más de cinco horas de marcha, llegaron al departamento de Iguazú.

—Cuando bajemos del colectivo —intervino Gabriel—, hay que seguir un gran recorrido a pie.

—De acuerdo —contestaron.

Las zapatillas blancas de ella en un santiamén se tornaron de un color cobre. Los hermosos jacarandás violáceos, los lapachos rosados, toda la flora y fauna, eran sublimes ante los ojos de Anariell, contemplaba todo, cautiva de aquel paisaje.

—¡Que hermoso es este lugar! —soltaron sus labios carmesíes.

—¡Eso que todavía no viste las imponentes cataratas! —chilló Gabriel—. El caudal que tiene ahora es uno de los mayores de todos los tiempos.

Cuando llegaban al hotel, unas gotas pesadas comenzaron a caer de las densas nubes negras y se desató una lluvia que complicaba los planes.

—¡Apúrense! —mandó Gabriel al refugiarse en el modesto hotel.

Permanecieron allí. Anariell observaba el danzar de los árboles desde el gran ventanal. Dante comentaba esporádicamente algunos datos de las cataratas que leía en el folleto que tenía entre sus manos.

—Acá cuenta una leyenda guaraní de cómo se formaron las cataratas. —Ella se mostró entusiasta y él siguió con su lectura—. Según dice, todo comenzó en el río Iguazú, donde vivía una enorme y monstruosa serpiente, que no era ni más ni menos que un dios guardián, cuyo nombre era Mboí (víbora en guaraní). La tribu guaraní del lugar, una vez al año debía sacrificar una bella doncella arrojándola al río. Para el ritual llegaban tribus de todas partes. Una vez un cacique se enamoró de la joven que querían sacrificar. El cacique se rebeló contra los ancianos pidiendo que no hicieran lo de siempre, pero al ver que no los podía convencer, decidió raptar a la doncella y escapar juntos en su canoa.

»Al enterarse Mboí, se enfureció tanto que encorvó su lomo, partiendo el curso del río y así formó las Cataratas, atrapando a los enamorados. Cubiertos por las aguas, no dejaron rastros y más cayendo de grades alturas, pero sospechando que el amor fuera muy fuerte y siguiera desde el más allá, los quiso separar para siempre. La doncella fue transformada en una de las rocas centrales de las cataratas, siendo castigada por las aguas siempre, y al cacique lo convirtió en una palmera situada a la orilla de un abismo. La enorme serpiente se sumergió para custodiarlos en la *Garganta del diablo*, impidió la unión. No obstante, en los días de sol, el arcoíris supera el poder del dios y une a la pareja, funcionando como un puente de amor.

—¡Increíble historia! —jadeó ella que escuchaba, interesada, junto al ventanal.

Gabriel, que conocía el lugar a la perfección, charlaba con la cocinera.

—Es una lástima que la lluvia arruine los planes —comentó mientras almorzaban—. Espero que pare pronto.

—Es muy lindo el lugar. Y colmado de historias magníficas —respondió la mujer—. ¡Ojalá pare de llover para poder recorrer el lugar!

—Gracias a la lluvia tenemos más tiempo para hablar —musitó con una risa en los labios que proyectaba insinuación.

Dante no habló en todo el almuerzo. Se encontraba retraído. Una sensación extraña se producía en su interior. No sabía a qué se debía. Cuando el reloj dio las quince, la lluvia cesó de manera repentina.

—Al fin vamos a poder ir —dijo Gabriel colocándose su sombrero fedora, que ocultaba sus dorados cabellos.

El que encabezaba la caminata era él, contaba algunas historias. Anariell empezaba a sentir cierta simpatía por el hombre. Cuando llegaron al ansiado lugar, se pusieron a admirar cada detalle. Ella se quedó atónita ante las cataratas, una verdadera maravilla de la naturaleza.

—¡Tiene 275 saltos! —pregonaba Gabriel—. ¡Es alucinante!

—Tenías razón —decía ella—, ¡es realmente magnífico!

El raudal caía desde lo alto, producía un estremecedor sonido. El pactante arcoíris entre Dios y

Noé se observaba a lo ancho del horizonte azul. La colosal cascada cohibía la existencia humana. Los majestuosos árboles, imponentes junto a las cataratas, hacían una vista única y sin igual.

—¡Es sublime! —manifestó asombrada a medida que avanzaban y veían las espumosas aguas caer.

El anochecer caía, y Gabriel creyó conveniente seguir el recorrido el siguiente día. Apenas llegaron al hotel, Dante se fue a duchar. El barro producido por la lluvia le jugó una mala pasada y se cayó en un charco camino de regreso. Se empapó desde la cabeza a la punta de los pies.

Sentada en el alero, Anariell observaba el rocío caer sobre las hojas. Veía la escena con atención, sin percatarse que Gabriel se acercaba a ella con sigilo.

—¿Te está gustando Iguazú? —cuestionó a medida que se sentaba en una banqueta para quedar frente a ella.

—Sí, es hermoso —aseguró—. ¡Gracias nuevamente por la invitación! Estoy como en un ensueño. No creí que conocería este estupendo lugar.

—No tenés por qué agradecerme. —Sonrió—. Mañana voy a llevarte a un lugar encantador.

—¡Perfecto! —vociferó entusiasmada—. Solo espero que no llueva, así aprovechamos al máximo el paseo.

Gabriel se acercó un poco más a ella.

—Sos muy linda, ¿lo sabías? —murmuró con una dulce y melodiosa voz. La joven se sonrojó—. Voy a ser sincero, ya que no suelo traicionar mis sentimientos, ¿me gustas mucho!

—Es muy bonito lo que me acabas de decir —respondió con serenidad—, pero me encuentro muy bien por el momento.

—Podés pasarla mejor a mi lado.

—¿O no? —Enarcó una ceja—. ¿Quién lo asegura? —Él intentó responder. Ella continuó contundente—: Me encuentro muy bien estando sola.

—¡Vamos! —refunfuñó—. ¿A quién le gusta la soledad?

—A mí... —Cruzó sus delgados brazos—. No todos tenemos que tener a alguien al lado para ser feliz. El primer acto de amor es quererse a uno mismo.

—¿Qué decís?! —gimoteó desconcertado.

Justo en ese momento, Dante caminaba rumbo al alero. Al oír las palabras de su hermano y ver la incómoda reacción de ella, decidió intervenir.

—¿Qué pasa? —Ninguno le respondió. Su hermano trataba de convencerla. Ella se mostraba cada vez más incómoda.

—Tenés que respetar su decisión —interrumpió.

—Con vos no estoy hablando —masculló exacerbado por aquella situación.

—Sólo sugerí.

—¿Por qué no sugerís algo de tu vida? —escupió colérico—. ¿Acaso no tenés suficientes problemas para meterte en asuntos ajenos?

La sangre de Dante comenzó a corroerse. Estaba arrobado por la reacción. Su desafiante mirada se comparaba a la de un jagueté observando a su presa. Gabriel se encontraba confuso, pensó en qué le salió mal para que ella dijera que no. Y Dante estaba dispuesto a tomar partida por Anariell.

—Conmigo no... —Se acercó a la mujer—. Pero tenés que respetar su decisión de todos modos. —La señaló.

Los hermanos estaban a punto de luchar. El ambiente se tornó tenso, tanto que se podía cortar con un delgado hilo. Se pusieron frente a frente y una voz los interrumpió.

—¡Ya basta! —ladró ella con algunas lágrimas cristalinas que comenzaban a asomarse—. Soy

lo suficientemente adulta para tomar una decisión.

Esa misma noche, Anariell y Dante emprendieron su viaje de retorno. Entretanto, Gabriel se quedó en Iguazú con un sabor a hiel en los labios por lo acontecido.

Llegaron a la terminal de Posadas con los primeros rayos del sol de la mañana. Durante todo el viaje no hablaron. Cuando bajaron del ómnibus, él la invitó a ver una película. Al llegar a la casa, vieron a un hombre que esperaba en el portón. Caminaron más rápido y Anariell distinguió que era el veterinario. Llevaba un recipiente debajo del brazo que lo entregó a Dante y deseándoles un hermoso día, se retiró del lugar.

Después de ver en silencio la película, Anariell preguntó:

—¿Qué piensas hacer con las cenizas de tu perro?

—Abono —contestó

—¿Abono? —repreguntó ella, inquieta.

— Sí, voy a poner en una maceta, y voy a plantar una flor que compré en el vivero. —Le indicó la planta que estaba en una bolsa de cultivo de plástico negro, en un rincón de la sala—. Y que sirva de abono. La idea la leí en una revista y me pareció muy buena.

—¡No había visto la planta! —replicó ella—. ¡Sí, es muy buena la idea!

Se fueron al jardín y trasplantaron una lozana Fresia de flores azul violácea en una maceta de terracota, mezclaron las cenizas de Ringo entre la tierra colorada. Colocaron el tiesto a la diestra de la puerta principal, en dirección al Este. La fragancia seductora que emanaba la Fresia y su llamativo color, la hacía difícil de resistirse. Luego de sembrarla, ella se fue a su casa y él permaneció nostálgico en el jardín.

Capítulo XI

Discurrieron tres meses desde la última vez que vio a Anariell. Ella se fue a España, la tierra que la vio nacer. En todo ese tiempo, a Dante se le hicieron rutinarios. Todo parecía ir en camino a la monotonía estresante, hasta que un día llamaron a la puerta de su casa.

—¿Qué hacés vos acá? —espetó. La sangre le corroía—. ¡¿Qué estás haciendo?!

—Dante, ¿puedo pasar? —susurró dicha fémica—. Tengo muchas cosas por decirte. Hace tanto tiempo que no nos vemos, y necesitamos hablar. Sabés que es así, ¿no?

—Pensé que nos habíamos dicho todo. —Comenzó a frotarse el cuello con la mano, su cuerpo le hervía de cólera—. ¿Qué es lo que tienes que decir? ¿Otras de tus mentiras? —saturizó.

—Viajé muchos kilómetros para venir hasta acá, por lo menos escuchame. —La voz se ahogaba en llanto—. ¿Crees que es fácil para mí venir?

Dante no la quería escuchar. Ella se quedó en silencio por unos minutos, sin dar el brazo a torcer. Su figura esbelta seguía igual a siempre, aunque algo descuidada. Llevaba una vincha celeste que se perdía en sus cabellos negros. Una pañoleta color crema bordeaba su delgado cuello. Entre el silencio, se mordió sus voluptuosos labios canelas, esperando una respuesta.

—¿Qué querés, Mariel? —entonó molesto.

—Solo pasar para explicarte cómo fueron las cosas. —Intentó tomarle de la mano, pero él se zafó con violencia—. Tenés que darme una oportunidad de explicar, ¿o no? Fue un error, ¡lo sé! Y desde ese momento supe que te amo con toda mi vida.

—¿Con que ser infiel era necesario para darte cuenta de eso? —ironizó.

—¿Qué crees que debía hacer? Si tú nunca me prestabas atención —masculló tratando de defenderse.

Él la observó, entre tantas palabras, tal vez algo de razón tenía. Sin embargo, eso ya era cosa del pasado. Si bien algunas personas podían vivir en la soledad, había otras que necesitaban de compañía, y Dante se encontraba en esa última clasificación, mas estaba seguro que ella no era la indicada. Se paró a poca distancia de ella.

—No pienso hablar con vos, me hiciste mucho daño. —Al decir eso, miró sus ojos miel que empezaban a humedecerse—. No tengo nada más que decir.

Mariel se acuclilló delante de él y lloró. Realizó una escena melodramática.

—Dante, por favor, escuchame —sollozó a moco tendido—, solo quiero hablar. Después me voy a ir con la consciencia tranquila.

—Está bien, decime. —Esa escena lo conmovió—. ¿Por qué viniste? ¿Quién te dijo que vivía acá?

—Tu hermano me dio la dirección. Y lo otro, ¿acaso cabe duda que te amo? —enfaticó.

—Gabriel está por Posadas entonces. —Chasqueó la lengua—. Me hubieras demostrado cuando estábamos juntos, ¿no te parece?

—Todos cometemos errores. ¡No seas injusto!

—Ahora el injusto soy yo, —Esbozó una sonrisa colmada de ironía.

—No estás asumiendo tus responsabilidades. —Se irguió—. ¿Aún sientes algo por mí?

Ella mantenía viva la esperanza de recomenzar la vida junto a él. ¿Sería ella quien lo dejó al borde del abismo y la que lo rescataría? El espectáculo que realizaban en la puerta de la casa ya contaba con algunos espectadores, curiosos de saber qué sucedía. Ante las miradas de ellos, decidió quitar el nudo en su garganta.

—Mariel —susurró y tendió una mano—, sufrí mucho por vos. —Esas fueron las últimas palabras que le dio a la que alguna vez quiso—. No voy volver a tu lado.

Ella trató de comprenderlo, mas no lo consiguió.

—¿Qué querés decir?

—Qué ya no siento nada por vos, lo nuestro no va a funcionar.

—Vos sos mi verdadero amor, Dante. ¡¿No te das cuenta?!

—Debiste pensarlo antes de traicionarme y hacer pedazos mi corazón.

—De los errores se aprenden, ¿no?

—Estoy totalmente de acuerdo. Por eso trata de no engañar a tu próxima pareja.

Intentó seducirle rememorando viejos recuerdos compartidos, pero él ya tenía la decisión tomada. Le costó mucho esfuerzo reaccionar de aquella manera. Un par de años atrás estaba seguro que la perdonaría y volvería a ella sin más.

—Entonces... —Tragó saliva con dificultad—. ¿Esto es un adiós?

—Definitivamente, sí.

Al ver que su decisión no cedía, se marchó rumbo al crepúsculo, hasta que se perdió de vista. Dante se quedó un par de horas sentado en el alero. «¿Con qué necesidad vino a remover el pasado? ¿Por qué Gabi no me avisó que estaba por Posadas?».

Dante fue hasta casa de sus padres con la esperanza de encontrar a su hermano. No estaba en el lugar. La madre ni siquiera sabía que su hijo mayor había regresado a Posadas. Confundido, no encontró explicación. Desconfiado en que su madre le ocultaba la verdad, decidió no dejar que su lengua se enredara.

—¿Segura que no sabes nada de él?

—Sí, mi hijo —contestó la Señora Eva—. No creo que esté en Posadas. ¿Quién te dijo eso?

—Eso no importa. —Se retiró del lugar y dejó sorprendida a su madre—. Me voy yendo, solo quería hablar con él. Seguramente se equivocó el que dijo que lo vio. —Antes de marchar, se volvió e inquirió de casualidad—: ¿Alguien preguntó por mí en estos días?

—No, nadie. —Se acercó a su hijo—. Me estás preocupando, Dante, ¿qué sucede?

—No es nada, solo un malentendido.

Sus ideas comenzaron a entrecruzarse sin dejar nada en claro. «¿Y si es todo mentira de Mariel?», remilgaba mientras caminaba de regreso. Se echó en el sofá y comenzó a leer, o a intentarlo, porque estaba tan desconcentrado, que pasaba varias líneas del texto sin comprender la información. «¡Ya sé lo que voy a hacer! Voy a ir hasta su casa para que diga la verdad». Anocheció y Dante no quiso arriesgarse a moverse por las calles. Los últimos tiempos eran de cacería humana salir por las noches.

—¿Qué querés que te diga? Te juro que no estoy mintiendo —exclamó Mariel—, tu hermano me dijo dónde vivías.

—¿Y dónde lo viste? Necesito hablar urgente con él.

—Me pidió que no te diga.

—Entonces me equivoqué en venir hasta acá para hablar con vos —remató Dante.

Con esa escena se topó los primeros rayos de la mañana. Mariel desde el umbral de la puerta, en camión. Y un Dante desesperado en obtener respuestas. Era invierno, y el sol demoraba un poco más en resplandecer sobre Posadas.

—No te estoy mintiendo, él fue quien me dijo. —Al ver que Dante se daba media vuelta y con la intención de retenerlo, profirió—. Me lo encontré en el centro, y me dijo que estaba alojado en el Hotel Savoy —sentenció para ganar confianza.

—No sé si creerte. —Las pupilas dilatadas de ella denotaban sinceridad.

Dante caminaba en dirección al hotel. Los rayos del sol del mediodía impactaban en su rostro. *Ayacucho y Entre Ríos* divisó en el indicador, tan solo le faltaban un par de cuadras. Intentó cruzar ese lugar lo más rápido posible, trató de no escuchar los gemidos de lamentos que se volvieron cotidianos en la comisaría.

Cuando llegó al hotel, vio a su hermano que veía la ciudad desde el balcón. Se colocó justo debajo de su ventana para llamarlo.

—¡Gabriel! —Al verlo este, de inmediato fue a su encuentro.

—¿Cómo supiste que estaba en Posadas? —indagó.

—Eso no importa. ¿Por qué no fuiste a ver a mamá? Ella estaba preocupada por vos cuando la fui a ver.

—Mañana iré, solo vine por un par de días para arreglar algunos asuntos legales. —Tenía un lave sospecha—. ¿Mariel fue la que te dijo?

—Sí, fue ella. Tenemos mucho de qué hablar, ¿no te parece?

—Sí, eso creo. —Se hizo a un lado de la puerta del hotel—. Pasa, así hablamos tranquilo.

Una vez adentro, se sentaron en la sala. El hotel estaba en decadencia. Todo el esplendor que alguna vez tuvo, ya no se encontraba. El majestuoso sitio que antaño fue el orgullo de la ciudad, estaba a punto de derrumbarse a pedazos, librando sus últimos años de existencia.

—¿Estás molesto todavía por lo Anariell? —lanzó Dante sin vueltas.

—No es solo eso, es que no tenías por qué entrometerte en mi vida. Siempre te quise. ¡Vos sos mi hermano! Pero a vos nunca te importó lo que a mí me sucede.

—¿Cómo podés decir algo así? En las familias se discute, se pelea, y sigue siendo familia. Nuestros últimos años fueron distantes, pero a mí sí me importa lo que te sucede. ¿No ves que por eso estoy acá hablando con vos?

—Tenés razón, Dante. —Le brindó un abrazo fraternal—. La familia es la familia.

—Aún no me respondiste, ¿estás enojado por lo de Anariell?

—No, no estoy enojado. Estoy algo sorprendido por tu conducta. Veo que ya creciste. —Esbozó una sonrisa.

Capítulo XII

Reencontrarse con Mariel fue un verdadero desafío. Él ya se había olvidado y tenerla en frente de nuevo, no provocó otra cosa que recordar viejos recuerdos. Sentado en la sala, recordó cuando eran novios. Ella le brindó varios años de intensa pasión a su lado. Amores que dejaban huellas en el corazón. Resonó en su memoria la vez que se conocieron. Fue en un parque. Todavía recordaba cómo comenzaron a hablar, para ese entonces a él no le temblaba el pulso a la hora de tomar decisiones. Una palabra suya bastó para ilusionarlo. El tiempo podía fortalecer o devastar a una pareja.

El reconciliarse con su hermano le trajo la paz que necesitaba en su vida. Al parecer, él tenía intenciones de comenzar una relación con Mariel, ya que una noche cenando en casa de sus padres se lo confesó.

—¿Qué dirías Dante si yo salgo con una ex tuya? ¿Estaría mal?

—No, sería extraño —soltó, pensativo—, pero no estaría mal. Las personas necesitan ser felices.

—Me imaginé que dirías eso.

Sin embargo, para Gabriel nada fue como lo esperaba. Un día él le declaró todo lo que sintió por ella. Era un día lluvioso, los pájaros serpenteaban bajo las gotas que caían con violencia. Se había decidido decirle antes de partir nuevamente a Iguazú. Cuando le expresó todos sus sentimientos, Mariel no aceptó.

Mientras tanto, a Dante todas las cosas le iban bien. Tenía un empleo en el cual volvió a encontrarle sentido y los domingos iba de visita a casa de sus padres. Empezaba a disfrutar de la soledad. Así transcurrió el tiempo, hasta que un día de pascua trajo consigo un cambio de política, y con ello, un cambio en la vida de todo el país.

En esos últimos años la inspiración comenzó a fluir en su vida; pintó numerosos cuadros de paisajes misioneros y por cuestiones del destino, su amigo Raúl recomendó exponerlos.

—¡Dante! Tenés una cantidad de cuadros —prorrumpió al ver las numerosas pinturas que se disponían en un rincón de la sala—. ¿Pensaste en venderlas?

—No, no lo pensé.

—Están buenas tus pinturas, deberías sacarlas provecho.

—Lo pensaré —masculló—, es que por ahí no les gusta a las personas.

Raúl debió pensar que su amigo enloqueció al ver las magníficas obras, pues no le cabía duda que a la gente le gustaría.

—Tal vez no entienda mucho de arte, pero tus dibujos están buenos —sentenció.

Pasaron los días y Dante pensaba en las palabras de su amigo. Exponer obras de su autoría era un anhelo que tenía de pequeño, que otros vieran aquellas creaciones que plasmaron sus manos, pero que entregaban un corazón descubierto, aunque pensaba que estaba muy distante llevarlo a la realidad, soñarlo no costaba nada. El que sí se tomó muy en serio la idea de exponer era Raúl, quien hasta averiguó en dónde podría exhibir las obras.

Qué sorpresa se llevó Dante cuando al regresar de clases, encontró a su amigo junto a un hombre en la puerta de su casa. El desconocido llevaba una camisa a cuadros y lentes oscuros, de cabello crispado que le llegaba hasta la altura de los hombros.

—Dante, te presento a Ramón. Él es encargado de un museo donde realizan muestras de obras de artistas locales.

—Hola, mucho gusto —farfulló Dante mientras estrechaba la mano del individuo.

—El placer es mío —respondió el gentleman—. Tu amigo me contactó y me habló muy bien de

vos. Sos profesor de arte, ¿no?

—¡Así es! Pasen —dijo desde el umbral—. Disculpen el desorden de la casa.

—No hay problema.

Ramón, además de ser encargado del museo, era dueño de una de las tiendas de arte más importantes de la ciudad. Era oriundo de Buenos Aires, y hacía más de veinte años que estaba viviendo en la tierra misionera. Se había enamorado de su paisaje, su gente y, sobre todo, de una bella mujer con quien llevaba más de veinticinco años de casado. Era respetado por los grandes artistas, una eminencia en las artes plásticas. Una vez adentro, el hombre comenzó a detallar los planes que tenía en mente.

—¿Tenés algunos cuadros para verlos?

—Sí, ya se los paso. —Se inclinó en búsqueda de lo que para él sería su cuadro mejor pintado—. ¿Qué le parece?

—Es una buena pintura; paisajista de estilo clásico. Colores vivos, intenso y armónico —denotaba Ramón con el cuadro en mano—. ¿Ahí tenés más? —Le indicó el rincón de la sala, de donde buscó la pintura.

—Sí, ahí tengo más. Algunos son bosquejos, otros ya están terminados.

Raúl no emitía palabra en el momento. Esperaba que su corazonada fuera cierta, y que aquel hombre diera una oportunidad a Dante de darse a conocer en el mundo del arte. Observaba cómo aquellos sujetos charlaban con tecnicismo acerca de las pinturas.

—Muy bonitas todas —articuló Ramón al finalizar de ver las obras—. Retratas a la perfección el paisaje misionero. —Esbozó media sonrisa—. Tenés potencial. ¿Tenés alguna obra de personas? ¿O sos exclusivamente paisajista?

—Tengo una inconclusa, que en estos días pienso terminar.

—¡Perfecto!

—¿Y entonces? —inquirió Raúl.

—Voy a ver —dijo el hombre a medida que se acercaba a la puerta—. Posiblemente el mes que viene conseguimos una fecha para las muestras.

Cuando se retiraron del lugar, Dante no cabía en sí de la emoción. Jamás imaginó que ese día llegaría. Sin dudas, tendría una tarea agobiadora en los siguientes días. «¿Por qué me habrá preguntado si pinto personas? Voy a tener que terminar el cuadro», caviló mientras caminaba hacia la habitación. Cogió de la mesita de luz el bosquejo en el papel amarillento, era una joven que se encontraba de escorzo. El rostro estaba vacío. Necesitaba urgente una musa de inspiración.

Al día siguiente, después de regresar de clases, fue hasta la plaza con la esperanza de encontrar aquel rostro salvador. Por horas quedó bosquejando líneas y líneas, pero ninguna lo convencía. Tenía clara la idea, mas no podía expresarla. Se retiró del lugar desanimado. Por la noche fue hasta el bar, ese en el que podía contar mil historias. Allí tampoco encontró eso que tanto buscaba. Antes de dormir, comenzó a bosquejar otro dibujo. «¿Y si pinto a la mujer de espaldas, observando el paisaje? De esa manera no tendría que pintar sus facciones». Las horas volaban cuando dibujaba, miró el reloj y vio que era la una de la madrugada. Dejó el papel sobre la mesa y se fue a dormir, al otro día tenía que ir temprano a clases.

Con todas las actividades, los días se marchaban entre corridas. El representante del museo le confirmó la fecha y tan solo faltaba una semana para la muestra. Ya pensaba en ir con los cuadros ya finalizados. Abandonó la idea de presentar el cuadro de la mujer. Su amigo Raúl lo fue a ver cuatro días antes de la muestra.

—¿Y qué tal va yendo? Imagino que estás nervioso, ¿no?

—Nervioso es poco —comentó Dante—, ayer fui a ver el lugar. Es grandísimo. Estuvimos

charlando con Ramón, y vamos a dejar abierta las muestras por una semana.

—¿Elegiste los cuadros que vas a llevar?

—Sí, ya lo hice. Solo me quedó uno a medio terminar.

—¿Para la próxima muestra? —enfaticó Raúl con una carcajada.

Aquella tarde se pasaron hablando los amigos, con mate de por medio. Quedaron en cenar juntos en la casa de Ignacio y festejar. Qué sorpresa se llevó cuando la vio a ella ese día en la casa de Nacho. Estaba espléndida, no era la mujer sombría de la cual él se acordaba la última vez que se vieron y pasaron varios años de la última vez que se echaron una ojeada.

—Hola, Anariell —saludó—, tanto tiempo sin vernos. Pensé que no regresarías más a Misiones.

—Hola, Dante. —Le regaló una sonrisa—. Regresé para quedarme.

—¡Así es! —terció Raúl.

Ella vestía unos jeans azul marino. Llevaba desprendida los primeros botones de su campera de cuero, dejando entrever la remera que tenía por debajo. Lo que más sorprendió a Dante, además de su presencia, era su nuevo estilo. Ya no tenía el mismo corte de cabello con el cual se había ido de Misiones, ahora lo llevaba por arriba de los hombros, en forma asimétrica. Encajaba a la perfección con su rostro rectangular, acentuando sus ángulos rectos. Desde el instante en que la volvió a ver, supo quién sería la musa de su pintura.

—¡Enhorabuena! Me enteré que vas a tener una muestra —comentó Anariell mientras cenaban.

—Es un gran dibujante —acotó Ignacio—, se merece esto que le está pasando.

Al finalizar la cena, él ya sabía qué tenía que hacer: plasmar en el lienzo aquel rostro.

Cuando llegó a su casa, tomó el pincel, la pintura en óleo y empezó a pintar. Al pasar varias horas, el resultado fue sorprendente. En el cuadro se podía observar a una mujer madura, segura de sí misma. Miraba hacia la selva con cierto aire místico, sus ojos eran como el mar mismo, transportaban calma y confianza. La media sonrisa que esbozaba invitaba a contemplar el paisaje junto a ella. Sintió gran satisfacción al ver el trabajo concluido. Se fue a dormir contento, copiándose de esa mueca que vio al finalizar el día.

En los días siguientes no volvió a ver las pinturas. Volver a ver a Anariell produjo un cambio importante en su interior, ella mantenía la simpatía y la delicadeza. No obstante, se encontraba más radiante. Un aura de felicidad emanaba de su ser; una mujer decidida y segura de sí misma era la que había regresado.

Capítulo XIII

El día de la exposición llegó, Dante era un manojito de nervios. En el Museo Provincial de Bellas Artes Juan Yaparí, ya estaban las obras en el salón principal desde el día anterior, ubicadas de manera estratégicas. Eran un total de ocho obras. Siete de carácter paisajista, y una sola obra diferente que se titulaba «Tus ojos color mar». El reloj dio las dieciocho horas y la sala comenzó a iluminarse. Tan solo faltaba una hora para la inauguración oficial. Los padres de él ya estaban presentes en el lugar, al igual que su amigo Ignacio, junto a su familia.

—¿Estás nervioso, pibe? —comentó el encargado del salón al verlo caminar por enésima vez por el pasillo, observando los detalles de cada pintura.

—Un poco —masculló—, ¿quién no lo estaría?

—Tranquilo, va a salir todo bien. —Fue la respuesta de Ramón—. Lo más difícil ya lo hiciste, que es pintar. —Palmeó su espalda—. ¡Qué buena pintura la de la mujer!

—Gracias.

Las agujas del reloj informaron que ya era hora de comenzar. El público concurrente iba desde la clase más pudiente, hasta los admiradores del arte y curiosos. La velada empezó con un discurso del encargado, quien llenó de elogios al profesor, luego Dante dio un breve discurso.

—*Buenas noches, primero que nada, muchas gracias por compartir esta noche conmigo, estoy sumamente agradecido con cada uno de ustedes. Estas obras son una parte importante de mi vida, ya que puse mucho de mí en cada una de ellas. Fue producto de una catarsis en mi vida. Espero que sea de su agrado. Y nunca olviden en perseguir sus sueños, todo llega en el momento justo.*

Esas fueron las palabras que dieron inicio a la exhibición. Explicaba a los concurrentes de qué trataban las pinturas o, con simpleza, escuchaba las sugerencias de estos. Al pasar un cuarto de hora, se hicieron presentes en el lugar Raúl, junto a su prima Anariell. Qué hermosa estaba ella. Al momento de verlos llegar, fue trépidamente a saludarlos.

—¡Hola! Ya estaba pensando que no vendrían.

—¿Y perdernos esto? —Exclamó Raúl, tomó la palabra por los dos—. ¡Felicidades!

—¡Enhorabuena, Dante! —gorjeó Anariell. De inmediato recorrieron el sitio, y en cada cuadro Dante daba una explicación. Qué incómodo fue el momento en que llegaron a la obra que se encontraba en el fondo. Anariell se sorprendió al verse retratada en el lienzo, no tenía dudas de que se trataba de ella.

—¿Y esto? —inquirió—. ¿Quién es?

—Éste no lo había visto, Dante. —Llevó su mano al mentón y con una sonrisa picarona—. ¡Está muy bueno!

—Gracias. —Se limitó a decir. Al ver que ella esperaba una respuesta, continuó—: Sos vos. ¿No te molesta que te haya pintado?

—¡Joder! ¿Cómo me molestaría algo así? Si hasta la has hecho preciosa. Tengo que daros las gracias a ti.

Sin pensarlo dos veces, Dante decidió no vender esa pintura, y como muestra de afecto, dijo:

—Te la regalo. —Ella lo miró anonadada. Él continuó seguro—: Es tuya la pintura.

—¡Muchas gracias! ¿Es en serio? —preguntó aun sorprendida.

—Sí, es en serio.

Fue una noche mágica, rodeado de sus seres queridos, compartiendo su pasión. Todo era perfecto para él. En algunos momentos deseó que su hermano estuviera allí, más bien sabía que estaba presente en sus pensamientos. Toda esa semana se expuso sus pinturas con gran

acogimiento por parte del público.

Al finalizar la muestra, Dante se mostraba alegre. Uno de sus sueños se hizo realidad. Casi todos los que asistieron, quedaron embelesados por la pintura del final del pasillo, pues ofrecieron sumas elevadas de dinero por hacerse de ella, mas él no aceptó.

El fin de semana siguiente a la exposición, fue a la entrega de su promesa. Era un día otoñal cuando llegó a casa de ella, nadie atendió. Esperó por más de media hora en la puerta, no estaba dispuesto a marcharse nuevamente con la pintura. Miraba los transeúntes pasar, caminaban con plena libertad y disfrutaban el pasear. Y entre soliloquios internos, no se percató de su presencia.

—Hola, Dante. No sabía que vendrías. ¿Hace mucho que esperas?

—Hola, Anariell. —La saludó dándole un par de besos en su mejilla—. No, hace un rato nomás. —Sostuvo la pintura, cubierta por un papel de cartón, que la protegía de la tierra colorada—. Lo prometido es deuda...

—¡Gracias! No sabes lo feliz que me hace —prorrumpió—, nunca antes me habían regalado nada igual.

La garua se hizo presente en la mañana y en pocos minutos la lluvia cobró fuerza. Ella lo invitó a pasar. Una vez dentro de la casa, se sentaron en la sala, junto a la ventana. Miraron el efluvio y el danzar de los árboles mientras bebían un mate amargo. Dante disfrutaba respirar el olor a la tierra mojada que llenaba sus pulmones; la mujer de ojos claros comentaba cómo fue el viaje y le mostraba algunas fotos como respaldo. Ella estaba emocionadísima con la pintura, rompió el papel que lo cubría de un tirón y contempló cada detalle de la obra. Hasta pudo sentirse respirar aquel paisaje. Cuando mermó la caída de agua gélida, se despidieron.

Transcurrieron varias semanas y él no pudo negar que sentía una atracción por aquella mujer. Cada vez que se veían, una sonrisa, una mirada de ella, bastaba para hacerlo feliz. En los días que no se veían, dejaba en claro que necesitaba de su presencia como el pez necesita del agua.

Sin embargo, una lucha interna comenzó a gestarse entre su corazón y su parte razonable. «¿Sentirá lo mismo que yo? ¿Y si no es correspondido?». Se debatía todas las noches. Esperaba que ella diera una señal certera de sus sentimientos, mas nunca lo consiguió.

Las vacaciones de invierno hicieron que pasaran más tiempo junto. Se volvieron grandes amigos, dado que compartían películas en el Cine Sarmiento. Fue un día de película cuando se decidió en dar un paso importante, había planeado mucho para que todo saliera a la perfección.

Mientras veían la película de cine nacional, él tomó su mano y mirándole fijamente a los grandes ojos, en los cuales reflejaba su figura, denotó todo el amor que sentía en absoluto estado de limerencia.

—Anariell, sos simplemente maravillosa, disfruto cada segundo a tu lado. —Estrechó su mano con ahínco—. Hay algo que lo vengo pensando hace tiempo, y es hora de decirte. Me gustas mucho, cada vez que estoy a tu lado el corazón no deja de darme tumbos.

Ella con un destello de luz en su mirar que lo cautivaba y sin pronunciar palabras, lo besó con sus finos labios color carmesí. Así fue el comienzo del romance. Ya no prestaban atención a la pantalla, sino que ellos eran los protagonistas de la historia.

Al pasar el tiempo de aquella declaración, todo era un mundo de colores para ellos. Dante propuso un viaje.

—¿Querés ir de camping? Conozco un lugar que te va a encantar. No son las cataratas de Iguazú, pero es un lugar igual de hermoso.

—¡Por supuesto! —Aceptó sin pensarlo dos veces—. ¿Dónde queda?

—Es una sorpresa. —La intrigó—. Estoy seguro que te va a encantar.

—¡Vale!

El fin de semana siguiente, fueron temprano a la terminal, ya que el sitio quedaba a las afueras de la ciudad, en el pueblo de San Javier. Allí vivían unos tíos de Dante.

En el horizonte, el sol altruista comenzaba a mostrar los primeros signos de calor. Las hojas verdes anunciaban la llegada de la primavera, descubriendo el triste ocaso del frío invierno. En los árboles las aves cantaban una hermosa melodía; canarios, gorriones y pajaritas pechiblanco.

Luego de la larga caminata, entre los altos arbustos se divisaba el agua. Era un salto casi virgen, oculto entre la selva.

—A este lugar veníamos con mis primos en la adolescencia —comentó y en un tris, las aventuras se le hicieron presente entre sus pensamientos, sonrió—. Teníamos que escaparnos a la siesta para que mis viejos no se enteraran, o sino seguramente nos castigaba, dado que era muy peligroso para ir solos. Más allá se encuentra el famoso Cerro Monje —indicó.

Apenas llegaron a la zona, Dante se sentó sobre una roca de basalto y tomó agua de la cantimplora, extenuado, secándose el sudor de la frente con el antebrazo. Ella dejó en la tierra colorada su mochila negra, anonadada por la naturaleza que la rodeaba.

—¡Qué hermoso es! —Oteó cada detalle—. Estas aves cantan con una armonía y melodía comparables con los jilgueros españoles, ¿habrá un sonido más bello?

Él sonrió. «El sonido más hermoso del mundo, para mí, son los que hacen los latidos de mi corazón cuando te veo». Juntos exploraron el terreno y después de sortear algunos árboles caídos, llegaron a la playa. Ella se quitó la remera, quedó de bikini amarillo sol, se soltó el cabello que lo tenía recogido y se metió al agua cristalina y pura.

Bajo un frondoso árbol de lapacho rosado, almorzaron sentados en la verde grama. Anariell se recostó sobre el rabeo con las piernas cruzadas y extendidas. Él se acercó a ella, sentándose en la saliente raíz.

—¡Te amo! —musitó a su oído. Ella respondió con un beso apasionado. El corazón les comenzó a latir agitado, la respiración se entrecortaba. Anariell se aferró al cuerpo de Dante, hundió los dedos en su espalda y se enredó desenfadadamente en el amor, deseándolo vehemente. Sus cuerpos se unieron en el deseo de la pasión, se fundieron como cobre y níquel. En el interior de la selva, más adentrado de donde ellos se encontraban, se escuchaba un armónico sonido que producía el agua cristalina caer en cascada del Salto Carpes.

Luego de caminar un rato y maravillarse por las distintas especies de aves y árboles, decidieron partir del lugar antes de que cayera la noche. Cuando regresaron a la casa de Dante, continuaron con el fausto día, se enredaron de nuevo en la pasión, les resultó inevitable la atracción de sus cuerpos. Acostados en la cama, una tenue luz ingresaba por la ventana que iluminaba el cuerpo desnudo de Anariell.

Capítulo XIV

Cada día Dante se enamoraba más de Anariell, se profesaban tanto amor y cariño. Un día fueron juntos a la casa de los padres de él sin previo aviso. Don Luis Maciel se mostró alegre y dichoso al ver la felicidad de su hijo. La madre de Dante compartía aquella alegría. Esa noche la madre se quedó maravillada por la beldad de Anariell, que lucía un vestido amarillo que le ceñía su perfecto cuerpo, y le llegaba hasta las rodillas, junto a unos pendientes color zafiro en sus dulces lóbulos.

—¡Qué hermosa que sos! —pronunció la madre.

Ella esbozó, con timidez, una sonrisa por aquel cumplido.

—Usted también es muy bella.

La cena transcurrió con total normalidad. Anariell se encontraba espléndida.

—Qué triste fue el día en que nos conocimos —comentó la Señora Eva rememorando aquel día en que vio por vez primera a Anariell.

—Así es. Yo estaba muy nerviosa, no sabía qué hacer —respondió ella—, usted y su hijo me transmitieron algo de tranquilidad aquella noche.

—Fue todo tan rápido, estábamos por ir a dormir —continuó la madre de Dante—. En eso nos llamaron del hospital. Cuando íbamos saliendo, nos encontramos con Gabriel, que justo llegaba del viaje.

La mesa quedó en silencio. Dante no se atrevió a romper el incómodo momento.

—¿Gabriel continúa en Iguazú? —musitó su pareja.

—Sí, así es —contestó el padre—. Al parecer, encontró su lugar en el mundo.

Cómo por designio divino, o tal vez por obras del destino, llamaron a la puerta.

—¡Hijo! —exclamó Eva de súbito—. No avisaste que venías —le reprochó.

—Me encanta sorprenderte todas las veces. —Sonrió—. Siempre tenés la misma reacción.

Los demás llevaron su vista a la puerta. Allí vieron ingresar a Gabriel. Luego del emotivo abrazo con su madre, que se repetía todas las veces que lo volvía a ver, llevó su vista al comedor. Se sorprendió al encontrarla a Anariell en esa mesa familiar. No sabía nada de la relación de ella con su hermano y decidió acercarse, trépido.

—Hola, ¿cómo estás, Anariell? —galanteó—. Tanto tiempo.

—¿Cómo estás, Gabriel? —respondió—. Justo en este momento hablábamos de ti.

—Ahora sí la familia está completa —terció Dante—. Mejor no podía ser.

La madre de Dante, emocionada, le contó a Gabriel del romance. Él sintió como una punzada al corazón. Luego de la incómoda reacción, trató de recuperarse.

—Los felicito. —Tragó saliva—. Hacen una linda pareja.

—Gracias —dijo ella.

Durante el poco tiempo que compartieron la mesa, Gabriel no podía salirse de su asombro. Se volvía a repetir la misma historia de años atrás. Intentó sosegar, mas no lo consiguió. Luego de un intercambio de miradas furibundas por la mágica velada, la pareja se retiró de la casa. Antes de despedirse, Anariell conversó con él.

—¿Qué te sucede, Gabriel? Estuviste toda la noche distraído.

—Estoy cansado nomás —respondió ofuscado—, fueron muchas horas de viaje. Ya voy a dormir bien y mañana estaré de diez.

—Bueno, ¿vamos? —resopló Dante. En el umbral de la puerta se quedó Gabriel, observó cómo ellos se alejaban del lugar. Detrás de él estaban sus padres sin entender el comportamiento de su hijo mayor, y con la alegría de tenerlo en casa.

Dante y Anariell se complementaban a la perfección, prácticamente casi convivían. Ella si no estaba en su trabajo, estaba en la casa de él. En toda relación había conflictos y la única manera de superarlos era a fuerzas iguales, en conjunto. El cimiento era la confianza, apostar al amor, sabiendo que no todo tenía que ser perfecto y alegre. Ellos tenían bien claro ese concepto.

Él estaba enamorado y ese amor cambió su manera de ver al mundo. Los altibajos que padecía se transformaron en equilibrios permanentes, se convirtió en su camino a la felicidad.

En el aniversario de ese día en el Cine Sarmiento, Dante sintió la necesidad de avanzar un paso más. Era de noche, cenaban restorán elegante ubicado en el epicentro de la ciudad. Se encontraba exaltado, tenía una idea y buscaba el momento oportuno para realizarla. Un silencio en la charla fue la ocasión perfecta. La miró con todo el amor que le profesaba.

—Desde el día en que te vi, supe que eras mi amor, la felicidad que tanto buscaba. Quisiera pasar mi vida a tu lado y compartir este transitar junto a vos. —Se arrodilló frente a ella y de un bolsillo extrajo un dorado anillo que exhibió—. ¿Te querés casar conmigo?

Ella no se esperaba la propuesta. Los transeúntes observaban aquel espectáculo al igual que una obra de teatro, ansiosos por saber el final. Una lágrima de felicidad comenzó a rodar por la mejilla de ella, el corazón le latía acelerado. Luego de un instante de suspenso, exclamó:

—¡Por supuesto que sí! —Lo besó y continuó con su dicha, firme en su aserción—. Quisiera pasar a tu lado todo lo que resta del vivir.

Hacia más de dos semanas que él tenía el anillo en su poder. Planeó cada detalle para que todo saliera a la perfección. El anillo era una reliquia familiar que pertenecía a su abuela, le costó mucho trabajo convencer a su madre para que se lo diera.

Tiempo después comenzaron a realizar los preparativos para la boda. La lista de invitados incluía solamente a sus seres más allegados. Ella se mostró nerviosa en los preparativos, examinaba cada detalle. Dante al encontrarla un poco atribulada, preguntó:

—¿Estás segura de querer casarte? ¿O es muy apresurado?

—¿A qué te refieres? ¿Qué te hace pensar en eso? —jadeó sin saber a qué se debía sus palabras.

—Porque te encuentro un poco extraña. No quiero apresurarte.

—Estoy segura de casarme —afirmó—. Es que me hubiera encantado que mi padre esté presente en este momento tan especial para mí —confesó al recordarlo—. Mi sueño siempre fue que él me llevara al altar, suena algo tonto, pero es lo que soñaba desde niña.

—Seguramente estará presente. —La abrazó—. Y te guiará desde donde sea que esté.

—Es triste, aún recuerdo cuando besé su mano fría. Todo esto que está sucediendo es tan perfecto que no quiero estropearlo, pero no puedo evitar pensar en mi padre.

—Te entiendo, y es lógico.

Ella se estrechó en un mar de lágrimas sobre su pecho.

Gabriel se hallaba de nuevo en la ciudad. Desde aquel intercambio de palabras con sus padres, no había vuelto a Posadas. Volvió para la celebración. No podía faltar al compromiso de su hermano; ya había aceptado, con cierto pesar, que la mujer de los ojos claros se casaría con su hermano menor. Apenas llegó, fue directo a la casa de su hermano.

—¡Dante! —Se fundieron en un abrazo—. ¡Mil felicitaciones! Me alegró saber de esta gran noticia, estoy seguro que ella es la mujer de tu vida.

—Gracias, Gabriel, tus palabras son importantes para mí.

—Se va a casar nomás mi hermanito —rio—, deja que me encargue de organizar la fiesta.

—Te agradezco, pero Anariell ya se está ocupando.

—Voy a pedirle a ella entonces —respondió—, no voy a dejar que se sobrecargue con todo. Es lo menos que puedo hacer por ustedes.

—Cómo quieras —masculló—, aunque creo que te dirá que no.

—Aún no confías en mis tácticas de convencimiento —sentenció al esbozar una media sonrisa, dejó en claro que la respuesta sería afirmativa.

Esa tarde se volvieron a ver Anariell y Gabriel a solas. En la casa de ella. Fue un golpe duro para él, mas el amor que tenía por su hermano lo obligaban a aceptar.

—Hola ¿cómo estás? —pronunció ella desde el umbral de la puerta.

—Hola. —Dio un par de besos en sus mejillas—. Estoy bien, gracias. ¡Felicitaciones!

—Muchas gracias. ¿Quién te ha dicho?

—Mi hermano me contó, ni bien supe, vine. Me imagino que debe ser agotador para vos, entonces le propuse ayudarte con los preparativos. ¿Qué dices?

—Oh, muchas gracias, pero....

—Y bien, ¿qué tienen pensado hacer? —Cortó sus palabras.

—Algo pequeño, familiar —murmuró soflamada ante la insistencia.

—¿Ya tenés la lista?

—Sí, ya te la alcanzo —contestó. Al pasar varios minutos, Gabriel tenía la lista de invitados en sus manos.

—¿Esta lista la hizo solo Dante? —indagó incrédulo—. Porque acá solo veo a familiares míos

—No, lo hicimos entre los dos.

—¿Y tu mamá y hermanas? ¿No piensan venir?

—¿Ellas? —articuló—. Es bastante larga la historia. Trataré de ser lo más breve posible. El hombre con el que me estaba por comprometer era muy amigo de la familia, y cuando supieron que lo dejé, no aceptaron. Creyeron que estaba mintiendo —Se quebró en un mar de lágrimas. Entre sollozos continuó compungida—: Solamente una me sigue hablando, pero es menor de edad, y mi madre no la dejará venir.

—No sé qué decirte —atinó a decir Gabriel—, es injusto que pases esto. Al menos tenés acá una familia que te apoya —sentenció optimista.

Luego de esas palabras, Gabriel se marchó de la casa con el compromiso de encargarse de los preparativos de la boda.

Por fin llegó tan ansiado y anhelado día. Tal como lo previsto, Gabriel había usado sus estrategias para convencer a Anariell. Los familiares de ella no asistieron. Dante se despertó presuroso esa mañana, pensando en que se había dormido, nuevamente sufrió una noche de insomnio. Suspiró al comprobar en el reloj que aún era temprano. Se puso la tersa camisa blanca, la corbata de líneas rojas y blancas, y el saco color beige. Antes de salir de la casa, se observó en el espejo, sonrió confiado en la decisión. Marchó rumbo al registro. Sus familiares lo esperaban ansiosos frente a la puerta del registro. Caminó hacia ellos y con un abrazo efusivo, saludó a cada uno de ellos, entre los que se encontraban sus padres y algunos colegas.

—¡Qué bien se te ve! —gorjeó su hermano mayor mientras lo abrazaba—. Estoy seguro que se van a ser muy felices. Ella es una gran mujer.

—¡Gracias! —exclamó emotivo.

Después de esperar en la puerta del registro, estorbando el paso de los transeúntes que miraban fastidiosos el tumulto que se formó, por fin vieron a Anariell, quien bajó del auto de su primo. Estaba tan hermosa con un vestido celeste pastel y unos zapatos de tacón aguja. Dante se acercó a ella, le dio un beso acaramelado y tomándola de la mano, ingresaron al registro civil. El lugar era

bastante pequeño y las sillas estaban distribuidas por todo el salón. En el fondo se encontraba el juez sentado detrás del escritorio. Era un hombre senil, de avanzada edad y rostro mofletudo que, al verlos, se levantó de su silla y saludó a los futuros esposos con cierta simpatía.

—¡Buen día! Pasen y siéntense aquí, así podremos comenzar con el casamiento.

Al momento de firmar el acta, las manos de Dante temblaban frente a ese momento crucial de la vida, pero estaba seguro de que ella era la mujer su vida, y con la que quería pasar el resto de sus días. Ella radiaba todo el lugar con esa luz propia de su ser, esbozando una sonrisa mezclada de nervios y felicidad, firmó el acta. El juez los felicitó, les estrechó la mano y bendijo a los recién casados. Los familiares se acercaron con vitoreo, también los bendijeron y con sumo alboroto, se retiraron del lugar.

Por la noche celebraron el casamiento en la catedral. Gabriel se encargó de invitar hasta a los tíos de San Javier, quienes viajaron con sus hijos. Los primos de Dante quedaron anonadados al ver la solemne iglesia de estilo románico. Era la primera vez que ellos viajaban a la Capital. Observaban embelesados la hermosa representación del vía crucis que fue traído desde Alemania, al igual que el órgano Sebaldo. En la bóveda del ábside se podía apreciar una pintura mural espléndida de los Siete Dones de Espíritu Santo.

Anariell vestía un pulcro vestido blanco de cierre corsé, con un ligero aspecto asimétrico que caía a lo largo de la falda en forma de cascada, llegándole justo hasta los pies, ocultando los zapatos blancos de taco alto. Su recogido peinado bajo remetido, llevaba un adorno floral, y los párpados pintados de color champagne resaltaban sus ojos claros. Al verla ingresar por la puerta principal del templo, con una marcha lenta por la alfombra roja en dirección al altar, con un ramo de rosas blancas, rosadas y lilas entre las manos, acompañada de su tío, el padre de Raúl, Dante contempló a la mujer más hermosa de la faz de la tierra.

El sacerdote era un hombre sexagenario, de espesa barba blanca y cabello crespo. Tenía unos ojos color miel que transmitían serenidad, y unos pómulos bien marcados que resaltaban los rasgos de su níveo rostro. Vestía una túnica blanca que le cubría todo el cuerpo y le llegaba hasta los pies. La estola del mismo color le caía desde sus anchos hombros y pasaba por detrás de su cuello. Desde el altar el sacerdote veía cómo Dante miraba muy enamorado el ingreso de Anariell al templo. Ubicados frente a la asamblea, el cura comenzó a celebrar el sacramento matrimonial.

—Estamos aquí reunidos para que Dios garantice con su gracia vuestra voluntad para contraer matrimonio ante el ministro de la iglesia y la comunidad cristiana aquí reunida.

Se dirigió a los novios, comenzó con el escrutinio y luego los invitó a que expresaran sus consentimientos. Al responder de forma afirmativa las preguntas realizadas por el sacerdote, continuó:

—El Señor confirme con su bondad este consentimiento vuestro que habéis manifestado ante la iglesia y os otorgue su copiosa bendición. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

En el momento en que Dante le colocaba la sortija dorada a Anariell, unas dulces voces se oyeron desde el costado del templo, las cuales cantaban al unísono el sublime Ave María que alguna vez compuso el austriaco Schubert en la tercera canción de Ellen. Los tonos angelicales de las tres jóvenes que cantaban acompañadas del organista, crearon un clima emotivo, propicio para que hasta los más indolentes de corazón se le cayeran unas lágrimas de enternecimiento. Anariell con la alianza en el dedo, no podía creer lo que sucedía, era como si extrajera un fragmento del cuento de hadas que ella leía de pequeña, y con lo que toda mujer había soñado vivir.

—Los declaro marido y mujer. —Ellos se besaron con pasión. Aquel acto era un voto de confianza al amor que se profesaban.

Al salir de la iglesia, los familiares y amigos arrojaron arroz, felicitaron a la pareja en forma

de caravana. Con vitoreo a rabiar se marcharon con rumbo al club, en donde tenían planeado festejar. Gabriel se encargó hasta el último detalle de la fiesta. Por el modesto salón se distribuían ocho mesas, redondas, con tendidos manteles color beige. Los centros de mesas eran un racimo de flores, dalias, claveles, que llamaban sumamente la atención por la combinación de los colores que variaban desde un tono blanco pálido, e iban a de unos rosas claros a unos más intensos. Al ingresar la pareja al salón, los invitados ovacionaron. Fue una fiesta fantástica en la que pudieron compartir con sus allegados el amor profundo que ambos mantenían el uno por el otro.

—Miren lo que tengo para ustedes —pronunció Luis Maciel—. ¡Que disfruten! —Le alcanzó un sobre blanco.

—¡Gracias, pa!

—Es muy considerado de su parte —susurró Anariell con el sobre entre sus manos.

El padre de Dante se fue de nuevo a su mesa a disfrutar de la fiesta. Ella abrió el sobre y vio que eran dos boletos de avión con destino a Cancún. Se quedó anonadada frente a su reciente esposo.

—¡Magnífico! —exclamó extasiada.

Capítulo XV

Ya habían pasado varios meses de aquel viaje en crucero a Cancún, y el amor que se profesaban incrementaba constante. Luego de once meses de casados, Dante recibió una extraña carta que no tenía lugar de origen. El contenido de la misma cambiaría su vida:

¡Hola, Dante! Perdón por escribirte después de tanto tiempo. Me enteré que te casaste... ¡felicitaciones! Un día tendremos que vernos nuevamente, porque el pequeño Dante quiere conocer a su padre. Solo quiero que lo conozcas y sepas de su existencia.

Con cariño, Johana.

Al finalizar de releer varias veces, se tomó del pecho, su corazón parecía bombear con más ritmo de lo normal. Se sentó en el sofá, trató de esclarecer sus ideas, esa noticia modificaba su vida por completo. Pesadas gotas de sudor frío inundaban su frente. «Tengo que verla urgente para que me dé una explicación, ¿le debo decir a Anariell de la existencia de la carta? ¿Y si ella se molesta y me deja?». Optó por ocultar la carta en la mesita de luz, entre las páginas de un libro hasta esclarecer sus ideas. Caminó a la casa de Johana, o donde recordaba que era. «¿Qué voy a hacer de mi vida? Si la carta es verdadera y no conozco a mi hijo... ¡eso sí que no me perdonaría!»

—¿Johana? —respondió una anciana a la petición de Dante—. No conozco a ninguna Johana.

—Acá vivía Johana, ¿cierto?

—Abuela, ¿quién vino? —Se escuchó una voz femenina proveniente dentro del recinto.

Dante corrió su vista por encima del cuerpo de la anciana que lo miraba sin comprender, y alzando su voz dijo:

—Disculpe, señorita, ¿aquí vive Johana?

—No —contestó la joven, se secó las manos en el delantal y continuó—: vivía una joven aquí hace algunos años atrás, pero se mudó y nosotros estamos ahora.

—¿La conoció?

—De vista sí. La vi una sola vez, era una mujer joven, cabello rizado, ojos color ámbar, creo. —Pensó durante un momento—. De estatura media. —Le indicó la medida con sus manos.

—¿Es ella! —afirmó él—. ¿Y sabe a dónde se fue?

—No, no sabría decirle, señor —murmuró la muchacha mientras miraba a su abuela.

—¿A Puerto Libertad no se iba? —terció la anciana desde su asiento.

—Ah, cierto, ahora que recuerdo bien, ella mencionó que iría a vivir a la casa de un familiar en Puerto Libertad —argumentó la joven comenzando a inquietarse por la visita—. Lo comentó antes de irse. ¡Qué gran memoria que tienes, abuela!

—¡Muchas gracias! Disculpe las molestias. Que tengan un excelente día —pronunció Dante y se retiró de la casa.

«¿Cómo voy a hacer para ir hasta allá sin que Anariell desconfíe? ¿No se me iría el asunto de las manos? ¡Definitivamente le tengo que decir! ¿Y si no comprende y me deja? Eso sí no lo soportaría nunca». Cuando llegó, intentó explicarle lo que sucedía, pero no tuvo el suficiente coraje. Se dijo para sus adentros: «es mejor estar seguro antes dar semejante noticia». Intentó simular su preocupación.

—Querida, tengo que realizar un viaje inesperado. —Su voz titubeaba—. Es solo un día, voy a ver a un conocido que necesita verme urgente.

—Bueno —musitó cercenada—. ¿Cuándo viajas?

—Mañana mismo. —Atusó su desmechado cabello—. Voy a Puerto Libertad.

—¿Mañana?

—Sí, así es —soltó—. Es mejor que lo vea lo antes posible.

Esa noche trató de sosegar lo mejor que pudo, trató de disimular aquellos pensamientos que lo desconcertaban. No logró dormir en toda la madrugada. Al amanecer del día siguiente, se fue solo a la terminal, le prometió a Anariell que se cuidaría y que estaría muy pronto de vuelta.

Al llegar al pequeño pueblo de Puerto Libertad, preguntó en el único almacén del lugar:

—¡Buen día! —Se puso frente al mostrador—. ¿Conoce a Johana Muscardi?

—¡Buen día, Señor! Sí, la conozco —contestó el almacenero e indicándole con el dedo índice, continuó—: Vive en esa casa.

Dante caminó al lugar indicado. Su corazón latía a gran velocidad, la adrenalina corría por sus venas. Sus pensamientos se centraban en una cosa; «¿por qué esperó tanto para decirle?». Cuando llegó a la casa, Johana salió.

—¡Hola, Dante! ¿Cómo has estado? ¡Tanto tiempo! —Escuchar su voz le provocó escalofríos.

—¿Es cierto lo que escribiste? —exhaló en tono áspero—. De ser así, acá estoy, ¡quiero verlo!

—No se encuentra en este momento —resolló deferente—. Está con mi tía. No sabía si ibas a venir.

—Entonces es verdad, ¿no? —jadeó con displicencia—. Vamos a buscarle a tu tía entonces.

— ¡Claro que es verdad! ¿Cómo pensás que puedo mentir con algo semejante? —profririó dolida por aquellas palabras—. Mi tía no está en casa. —Abrió la pesada puerta de madera—. ¿Querés pasar a esperarla? Así entonces conocés a tu hijo.

—Acá estoy bien —masculló con una cierta sensación agridulce en el estómago. Esas últimas palabras se clavaron en su costado izquierdo como un puñal, al saber todo el tiempo que perdió de estar a su lado.

Esperó frente a la casa. El sol comenzaba a ocultarse y él seguía sentado en el tronco de madera. Empezó a desesperarse. Johana salía a cada rato de la casa para conversar, pero él no respondía, dejándola realizar un triste monólogo de su vida. Se encontraba ensimismado y algo no le cerraba por completo de la actitud de ella. «¿Por qué esperó tanto tiempo? ¿Será otra mentira?».

—¿Estás segura que vendrán hoy? —indagó impaciente mirando el reloj de su muñeca.

—Sí, se fueron a pasear un rato fuera del pueblo —explicó—. Pasá, me haces quedar mal frente a los vecinos.

—Acá estoy bien —gruñó hosco—. ¿Por qué no me dijiste antes? —lanzó—. ¿Tenés fotos?

—No te iba a decir si no fuera por la enfermedad que me está atormentando.

—¿Enfermedad? ¿Qué tenés? —preguntó preocupado.

—Tengo cáncer de mama.

Esas palabras lo dejaron anonadado. Se levantó y se fue al almacén, aprovechó que todavía no habían llegado la tía y el supuesto hijo. Todo sucedía tan rápido que no podía reaccionar con claridad.

—¡Hola! ¿Tiene algún dulce para niños? —articuló con dificultad.

—En la góndola están —adujo el almacenero desde el mostrador—. Elegí nomás los que quieras.

—¿Hace mucho que viven aquí la familia Muscardi?

—Ellos sí, son pioneros en este pueblo. Una lástima lo que les pasó.

—¿Qué pasó? —replicó intrigado.

—El accidente que tuvieron. ¿No sabe usted de aquel suceso?

—No, no estoy enterado —murmuró en tono preocupado—. Hoy vine solamente porque tengo un asunto que me urge esclarecer.

El comerciante apoyó su codo en el mostrador y comenzó a contar con detalles lo que le sucedió a la familia:

—Como le decía... —Retomó la palabra—. Ellos fueron los pioneros en este pueblo. Gente muy trabajadora. Unos años atrás decidieron irse de viaje de vacaciones, y desgraciadamente chocaron y murieron todos.

—¿Todos? —cuestionó algo perplejo.

—Sí, como le decía, todos fallecieron. Fue una desgracia para el pueblo. Eran muy queridos aquí.

—¿Y la tía de Johana no iba en el coche? —repreguntó. Cada vez entendía menos la situación, empezaba a desconfiar de todo.

—¿Una tía? —espetó—. No conozco la existencia de ninguna tía. —Esbozó una sonrisa melancólica—. Y en este pequeño pueblo nos conocemos todos.

—¿Cómo que no la conoce? Si ella está de paseo con el hijo de Johana.

El comerciante enarbolando su voz, respondió:

—¿¡Que Johana tiene un hijo, dijo!?! —Lanzó una mirada frugal—. Sí tuviera ya lo sabríamos. Ya conoce usted el dicho. *Pueblo chico, infierno grande*.

—No puede ser. —El rostro de Dante cobró un color blanco como el papel, incrédulo ante aquellas confesiones—. Me trajo hasta acá engañado. —Se retiró arrobado a la casa de Johana para desvelar sus sospechas.

—¿Vendrá hoy tu tía? Porque se me hace tarde y mañana tengo que ir a trabajar— preguntó latoso.

—Seguro que vendrán, en un rato verás a tu hijo.

El brillo de sus ojos la delataron, aquellos que él conocía a la perfección y sabía si mentían o no.

—¡Es mentira! —ladró colérico—. Sé que me estás engañando de nuevo. Me trajiste acá por otras causas.

—¿¡Cómo podés decir algo así!?! —emitió con un quejido. Comenzó a llorar desconsolada. Pero él no se dejó engañar por esas falsas lágrimas. Hasta que ella sin más alternativas, tuvo que reconocer todo el engaño causado con excusas de amor—. Es verdad, no tenés un hijo. Quiero que sepas que te amo —exclamó compungida—. ¡Aún te amo! Daría cualquier cosa por estar a tu lado.

Dante no supo qué decir, ella era una completa desconocida ante él. Pensó que padecía vesania. Se dio media vuelta y regresó a Posadas, preso de la injuria. Durante el viaje estaba vejado. «¿Cómo una persona puede cambiar tanto? ¿O acaso el tiempo demuestra lo que uno realmente es?».

Cuando llegó a su casa, su esposa lo esperaba con una hoja en la mano. La suerte no lo acompañaba en los últimos días, parecía que todo le salía mal. Se acercó hasta ella, sin decir palabras.

—Quise leer una novela y encuentro esto. —Miró tensa con el entrecejo fruncido—. Esta carta, ¿qué significa esto? —Señaló el papel de la discordia.

—No quise decirte nada hasta estar totalmente seguro. Vengo de hablar con ella, y resulta que todo fue una farsa, un invento para verme nuevamente, ¿podés creerlo? —Al decir las últimas palabras, torció sus labios hacia abajo en prueba de disgusto.

Sin embargo, su esposa veía eso desde otra perspectiva.

—¿Y dónde quedó la confianza? —inquirió enfadada—. ¿Acaso debemos tener secretos entre nosotros?

—No, claro que no —respondió contrito—, estoy realmente apenado por todo esto. Es que sucedió todo tan rápido, ¿tenía otra alternativa?

Ella lloró.

—Yo hubiera confiado en ti. —Y desató en un llanto incontenible.

—Perdóname, Anariell, soy un imbécil por no creer en vos. —Intentó acariciarle el rostro, pero ella se alejó—. Siempre estuviste en los momentos difíciles, no sé por qué no te lo dije, ¿tal vez fue por temor a perderte?

—Lo debiste pensar antes de ocultarme.

Esa noche la casa quedó en silencio. El tiempo fue el mejor amigo a la reconciliación. Pasado varios días, tormentosos para Dante, ella volvió a hablarle con normalidad. Sus frases fueron un alivio a su corazón y una lección de vida. Superaron el conflicto, tal como se habían jurado en el altar, a la par.

Capítulo XVI

Sentada en el sofá, esperaba ansiosa la llegada de Dante. Tenía los ojos húmedos y un papel blanco en la mano diestra, en el cual apenas se podían distinguir unas letras que parecían garabateados. Ella estaba conmocionada por la noticia que iba a dar. Lucía un vestido lila que entallaba perfecto en su cuerpo, una gallineta palurda estaba en la fuente redonda y unos candelabros esperaban ser encendidos. Al pasar medio cuarto de hora, él ingresó por la puerta y la besó como la vez primera. Al ver los candelabros y la comida en la fuente de metal, volteó y sonrió.

—No dejas de sorprenderme, por eso me encantás.

Sentados en la mesa de mantel blanco, a la luz de las velas, se dispusieron a cenar. Él descorchó una botella de vino del mejor Malbec, y sirvió en la copa de cristal, ofreciéndole a Anariell. Ella con un brillo en los ojos, que dejaban asomar unas lágrimas de felicidad, exhaló:

—Te tengo una noticia.

—¿Qué sucede? —Allí mismo vio el papel entre las manos de ella, que con algunas perlas cristalinas pudo decirlo.

—Estoy embarazada.

Dante se afirmó en la silla y tomándose del pecho con las manos, no pudiendo creer aquellas palabras, se quedó por un momento quieto.

—¡Qué gran noticia! Te amo. —Atinó a decir.

—Al fin después de tanto intentarlo, vamos a ser padres.

—No tengo palabras.

Fue hasta ella y la abrazó entre lágrimas de felicidad. Arrodillado, besó el vientre de Anariell, le habló al pequeño retoño que llevaba en su ser, lo deseó conocer.

La vida de ambos cambió desde ese momento. La prioridad pasó a ser aquel pedacito de cielo que llevaba su vientre. Ambos disfrutaban a pleno cada momento del embarazo, ansiosos por ver la llegada de su primer hijo.

Entrando en la vigésima semana de gestación, Anariell no se sentía bien. Las ventanas de la habitación estaban abiertas, intentaba de esa manera calmar un poco el calor de las noches de verano. Desde la cama se podía ver el brillo de las estrellas muertas, desprendían un destello de luz que desafiaba la temporalidad. El ventilador junto al colchón, sin dar tregua, menguaba el calor insoportable. Las agujas del reloj daban las tres cuando ella se levantó de un sobresalto y se tomó el vientre con las manos.

—Dante, no me siento bien —chilló con la vista perdida—. ¡Dante!

—¿Qué sucede? —respondió adormilado.

—Me duele mucho el vientre. —Se retorció del dolor.

Todo el calor que sentía Dante minutos antes, se transformó en gotas heladas que recorrieron su espina dorsal. Cuando encendió la luz del velador y vio unas pequeñas gotas rojo bermellón, se le exacerbó el pecho. Eran bastantes y manchaban la sábana celeste.

—¡Mi bebé! —exclamó despavorida y quejumbrosa ella al ver las manchas.

Él la tomó del brazo, la sostuvo para que no se cayera y juntos fueron al sanatorio más cercano. Esperaron varios minutos en la sala de urgencia. Él estaba desesperado para que la atendieran; ella estaba sentada en una silla, sufría intensos dolores que eran imposibles de poner en palabras. Cada vez que iba a mesa de entrada la recepcionista, una mujer de gran estatura y de abundantes pecas en el rostro, con un tono sereno, intentaba calmarlo. Después de esperar un tiempo que parecía ser eterno, la puerta del consultorio se abrió, una voz aguardentosa llamó a la pareja.

—¡Sra. Maciel, pase, por favor!

Ingresaron y vieron al doctor, un hombre joven que no tenía más de treinta años, de cabello encrespado y amplia frente. Aguardaba sentado detrás del escritorio. Apenas ingresó al consultorio la pareja, el médico pidió a Anariell que se sentara y comenzó a examinarla

—¿Qué te duele, mamá?

—El vientre —prorrumpió ella—, me duele mucho en la zona abdominal.

—¿Tuviste sangrado? —cuestionó mientras verificaba la frecuencia y ritmos cardíacos.

—Sí, un poco —terció Dante nervioso—. ¿Qué sucede? —gimoteó al ver el rostro del joven médico, que seguro se graduó hacía poco tiempo.

—Hay que hacer algunos estudios específicos para disipar toda duda. Su embarazo puede estar corriendo riesgo.

Anariell con el profundo dolor que tenía, se lamentó.

—¿Va a estar bien mi bebé? ¿Cierto, doctor?

El médico se abstuvo de emitir comentarios comprometedores.

—Lo que sufrió fue un desprendimiento prematuro de placenta. —Esas palabras retumbaron en el pecho de la futura madre. Luego de decir eso, le ofreció un fármaco que le aliviaría el dolor—. Debe tomar cada seis horas, y lo antes posible comuníquese con su médico personal.

Cuando el sol apenas radió sus rayos de luz del día siguiente, Anariell fue al médico acompañada de su marido. Dentro del consultorio, ella le entregó las indicaciones dadas por el doctor de guardia del anterior día. El tocólogo lo leyó mientras se atusaba el bigote blanco. Después de releer el papel, suspiró.

—Bueno, vamos a hacer una ecografía.

Ella estaba muy nerviosa y tan solo pudo canalizar sus nervios en las cónicas manos de Dante, apretándole con fuerzas a la vez que le colocaban el gel frío en su vientre. En la pantalla se logró ver al ser que cambiaría sus vidas.

—El embarazo tiene algunas complicaciones.

—¿Por qué? —espetó ella.

—Se desprendió fue una parte de la placenta.

Dante sintió cómo se le estrujaba la mano que tomaba Anariell, se quedó atónito.

—¿Qué va a pasar? —A Anariell las lágrimas le comenzaron a brotar a borbotones.

—Hay que realizar una operación inmediata para que el feto no se desprenda de la placenta —informó, impávido—. Las posibilidades de que salga con éxito son altas.

—Va a salir todo bien —carraspeó Dante optimista y la abrazó. Ella reafirmó aquella decisión.

Esa noche permanecieron en vigilia en el sanatorio, aguardaron reposo. Las agujas del reloj no se dignaban a avanzar. El amanecer renovó las esperanzas. La operación, si bien no era complicada, tenía sus riesgos como cualquier intervención en quirófano. Anariell estaba muy nerviosa ante el incierto momento. Llevaba un vestido color crema y unas cómodas sandalias. Rellenaron los formularios que la secretaria les requería. Luego el médico la invitó a pasar a la sala operatoria.

—Pase por aquí, señora Maciel. —Señaló la puerta.

Dante caminó algunos pasos con ella, la abrazó y quiso ingresar a la sala, pero el médico le detuvo.

—Solo ingresa la paciente. Usted espere afuera.

Dante lo miró absorto. Después musitó al oído de Anariell:

—¡Todo va a salir bien, mi cielo! —Le dio un beso y unas caricias alentadoras.

Anariell ingresó y él se quedó esperando, acompañado por sus padres, quienes se limitaron a omitir palabras, pero compadecieron ese sufrimiento. Después de dos horas de no tener noticias, por la puerta salió el médico.

—La operación tuvo algunas dificultades. —Les otorgó una gran sonrisa—. Pero salió bien, tal como lo previsto.

Dante le estrechó la mano con alegría, como en agradecimiento.

—Ahora tan solo resta esperar para darle el alta.

Quedó internada dos días, los cuales Dante no se apartó ningún momento de su lado. La mimaba con caricias, le leía revistas y diarios. Abría las cortinas para que viera el cielo, despojándole de esa tarea a la enfermera. El médico seguía de cerca la evolución de Anariell y al ver una mejoría, decidió darle el alta.

—Bueno, hoy se pueden marchar a su casa. Hay que seguir al pie de la letra las indicaciones. —Le entregó a Dante un papel escrito—. Ante cualquier dolor o inquietud, no duden en venir al sanatorio lo más rápido posible.

El embarazo continuó y la panza de ella crecía con el desarrollo de la nueva vida. Él se sentía dichoso del retoño que llevaba el vientre Anariell, siendo su sombra día y noche. Al ingresar a las treinta y cinco semanas de embarazo, en una visita rutinaria en la clínica, el doctor aconsejó:

—Es recomendable practicarle una cirugía de cesárea lo más pronto posible.

—Si lo recomienda usted —pronunció la pareja en simultáneo—, lo haremos.

Al presentarse el anhelado momento, ella estaba muy nerviosa, mas no lo estaba Dante. La noche anterior no pudo dormir, pensaba en la llegada de su primer hijo. Al amanecer se encontraba sentado en la cama, hundía las manos en el colchón y miraba en profundo silencio cómo Anariell descansaba. El sonido de la alarma la despertó precipitadamente de un sobresalto. Ella vio cómo era observada; él con una gran sonrisa, mostró los blancos dientes.

—Llegó el momento. —Besó la frente de su amada—. ¡Te amo!

Ella se reincorporó de la cama con dificultad y sumo cuidado. Al llegar a la clínica, el doctor los esperaba.

—¡Buenos días! Llegó el gran día —expresó esbozando una gran sonrisa—. Pasen por aquí, por favor.

—¡Buen día! —saludó ella. Su esposo proyectó una media sonrisa, dejó entrever el nerviosismo y la felicidad.

La sala era blanca e iluminada. Los utensilios metálicos, de singulares filos, ubicados en la esquina de una mesa blanca amedrentaban a cualquier humano. Anariell llevaba una bata verde musgo. Ella tomó con fuerza la mano de Dante, un poco para tranquilizarse y otro para paliar el gélido de la sala.

—¡Qué frío que hace aquí! —comentó ella con timidez.

Pero él no respondió, más bien no la escuchó. Sus pensamientos proyectaban mil imágenes de toda su vida, todo lo que tuvieron que atravesar. Los nervios lo paralizaban. El cirujano apenas ingresó, se colocó el barbijo verde que cubrió su rostro recientemente rasurado. Con una voz sosegada musitó:

—Bueno, comenzaremos.

Una enorme aguja de anestesia espinal fue el boleto al sueño y el inicio de la operación. Dante soslayaba el reloj. El tiempo de espera fue eterno. Emitía palabras de aliento a su esposa entre

plegarias. La adrenalina corría por todo su cuerpo; una electricidad nunca experimentada, revolvía sus entrañas. Con las manos tensas, se secaba el sudor de la frente. El doctor no había permitido su ingreso a la sala. Los padres de él, sentados a un lado, esperaban tan ansiosos como su hijo la llegada a ese mundo de esa nueva vida. El primo de Anariell compartía ese momento junto a su mejor amigo. La mirada de Dante cambió cuando vio salir al doctor.

—¿Y cómo fue? —profirió.

—¡Felicitaciones! Tienen una hermosa hija —exclamó el doctor con una gran sonrisa proyectada en los labios y con gran regocijo le pasó la mano.

—¡Gracias, Doctor! —Fue hasta sus padres y los abrazó con efusividad. Ellos también lloraban de la emoción.

La niña pesó tres kilos trescientos gramos. La llamaron María Dolores, en honor a la abuela de Anariell. La enfermera la cubrió con una manta rosada y la llevó hasta Dante. Él la cogió en sus brazos con lágrimas en los ojos. Besó la frente de la niña, ésta lo miró con sus grandes y hermosos ojos azules, iguales a los de su madre. Sollozaba ante la irrupción de la tranquilidad en la que se encontraba por tanto tiempo. Era tan pequeña y frágil.

—María Dolores, gracias por llegar a mi vida —susurró con voz cortada.

Acercó su mano junto a la de la niña, quien tomó del dedo con fuerza, como no queriéndolo soltar nunca más, sellando así una alianza de amor eterno entre padre e hija.

Capítulo XVII

Los días se hicieron breves desde el nacimiento de María Dolores. La niña de cachetes rosados tenía la piel tan suave, que se podía oler la frescura de la naturaleza. Lo único en que se parecía a su padre era la nariz aguileña y el cabello dorado, todo lo demás eran un auténtico retrato de la madre. Los ojos color mar, los labios finos, las manos delicadas. Anariell todas las siestas, se sentaba en un sillón de hamacas, con la pequeña acurrucada en el regazo y le arrullaba a la niña una canción de cuna, con una voz tan melodiosa que no tenía nada por envidiar a cuál ruiseñor se le cruzara.

*Arrorró mi niño,
arrorró mi sol,
arrorró pedazo
de mi corazón...*

Al pasar los meses, Anariell recibió un llamado que anhelaba, pero parecía imposible que se llevara a la realidad. Estaba junto a la pequeña María Dolores cuando sonó el teléfono.

—¡Hola! —Detrás del tubo nadie contestó. Volvió a preguntar—. ¡Hola! ¿Con quién hablo? — Una respiración se escuchaba de fondo. A medida que pasaban los segundos, se acrecentaba. Permanecía el silencio. Ella estaba a punto de colgar el teléfono cuando su pequeña hija emitió un llanto. Detrás del otro lado, una mujer replicó el eco de ese llanto con sollozos. Anariell no escuchó porque fue atender a María Dolores. La llamada finalizó con intriga. No volvieron a llamar durante todo ese día.

La felicidad mayor de Dante era llegar del trabajo y ver a los amores de su vida. Estaba embelesado por María Dolores. Aquel hombre sombrío y solitario había quedado en el pasado. Transcurrieron varios días desde aquel llamado, cuando el teléfono sonó otra vez. Anariell fue atender, pero como la primera vez, nadie respondió. Una corazonada la obligó a pronunciar un nombre. Aunque no hablara, el calor de su respiración le era muy familiar.

—¿Por qué llamas y no respondes, mamá? —exclamó irritada—. ¿Acaso no recuerdas todo lo que hiciste para querer seguir atormentándome?

Un llanto salido desde lo profundo del alma quebró el muro de la distancia entre las dos.

—¡Hija! Cuánto me alegro oír tu voz —respondió—, lamento todo lo que hice. Desde que supe la verdad, no he tenido el coraje suficiente para atreverme a hablarte.

—Yo tampoco intenté mucho —profirió—. También me alegro mucho oír tu voz. Tantas cosas tendremos para decírnos.

—Así es, Ani. —Su voz sonaba más sosegada—. Me enteré que te casaste, ¿no?

—Sí, me casé, y formé mi familia —lanzó con una sonrisa confidente.

—De eso también me contaron, que tenés una hija. ¿Cómo se llama?

—Veo que mi tío te tiene al tanto de todo —carraspeó—. Nuestra hija se llama María Dolores.

—Igual que mi madre —exclamó.

Esas breves palabras que intercambiaron madre e hija, fueron suficientes para aliviar el dolor del alma y desahogar las penas que envenenaban sus corazones. Aún quedaba un largo camino que recorrer, pero el primer paso ya estaba dado. Dante se alegró al oír cómo su esposa contaba la pequeña conversación que mantuvo con su madre.

El tiempo pasó tan rápido para ellos, que cuando menos pensaron, su pequeña hija ya estaba a punto de cumplir un año. Ya comenzaba a dar sus primeros pasos, sus primeros tropezones con la vida. Era una mezcla de emoción la que sintieron. Ella con lágrimas de ternura decía a menudo:

—¡Cómo está creciendo nuestra hija! —Dante antes estas palabras emitía una sonrisa.

Él rogaba vivir lo suficiente para ver a María Dolores concretar sus sueños. Siempre que esta idea rondaba sus pensamientos, le invadía un aire melancólico.

El primer cumpleaños de la pequeña lo celebraron con una fiesta en familia. El sol se ocultaba entre las pesadas nubes, cargadas de agua. Conminaba una lluvia torrencial que cambiaría los planes del festín que se realizaba al aire libre, bajo los árboles de pindó. En el festejo se podían encontrar castillos inflables, toboganes y mucha alegría. Asistieron varios parientes de él y unas amigas de ella. Ignacio fue con su esposa y su hijo, Fabricio.

—¡Qué enorme está tu hijo! —pronunció Dante al ver a su amigo—. Pasó tanto tiempo de aquel día.

—Sí, pasaron varios años... —respondió Nacho, abrazó con cariño a su esposa—, es un privilegio y un regalo de la vida poder ver crecer a mi niño.

María Dolores vestía un vestido rosa, al igual que su madre, quien la llevaba en brazos. La madre de Anariell no conocía a los dos amores de su hija: Dante y María Dolores. Sin embargo, trató de estar presente en ese día tan especial para ella, por eso envió una misiva donde decía:

Querida nieta, esta carta la escribe tu abuela en un día muy especial como lo es tu primer cumpleaños:

Mi amada María Dolores, debes saber que desde que supe de tu existencia, te has convertido en una razón más para sentirme feliz. Cada vez que te pienso y te veo (aun a través de las fotografías que me envía tu madre) me recuerdas mucho a tu mamá, quien es mi mayor orgullo y a quien amo con toda mi alma. La vida recién empieza para ti, y te espera un gran futuro por delante. Tienes unos padres que te adoran y también me tienes a mí, alguien que siempre estará para ayudarte en lo que necesites. Estoy segura que dentro de unos años, cuando leas esta carta, te darás cuenta que muchas personas desde un principio hemos deseado verte crecer sana y feliz. Espero conocerte un día, nieta mía.

Al finalizar de leer la carta en voz alta, a Anariell se le escaparon unas lágrimas. Los demás se unieron en un aplauso. La pequeña era el centro de atención, con su inocencia iluminaba el mundo de los presentes. Dante a través de sus ojos podía ver el universo, su universo de felicidad.

Los niños correteaban por todo el lugar, bailaban y saltaban. Raúl retrataba cada momento con la enorme cámara de fotos que colgaba de su cuello. Fue un día maravilloso. Dante sintió la ausencia de su hermano mayor, que desgraciadamente no pudo asistir por cuestiones laborales.

Luego de cumplir un año, para María Dolores los pasos se transformaron en corridas, tropezándose con todo lo que encontraba en su camino, transitando por toda la casa como si fuera a conquistar el mundo. Las suelas de sus zapatitos las gastaba en los talones, dejándolos chuecos en su andar. Jugando un día en el jardín de la casa, su padre escuchó las primeras palabras pronunciadas en los labios de la niña. Dentro de las onomatopeyas y un ininteligible idioma ficticio creado por la pequeña, él percibió que decía:

—Papi.

—¿Podés repetir lo que dijiste? —Sonrió a la niña que lo miraba y trataba de comprenderlo.

—Papi, papi...

Abrazó a la pequeña y esperó ávidamente que Anariell escuchara las primeras palabras. Ella cada día estaba más hermosa, parecía que los años no la modificaban, todavía permanecía intacta la esencia que lo cautivó. La experiencia de ser madre la convirtió en una mujer encantadora.

Capítulo XVIII

En junio fueron a España y María Dolores tenía dos años edad. Viajaron con la intención de que la madre de Anariell conociera a la familia. Cuando llegaron al aeropuerto internacional Libertador General de San Martín, una lluvia torrencial se desató. Dante estaba muy nervioso, como varios días atrás, temiendo el vuelo. Anariell, en cambio, acostumbrada a los viajes aéreos, se mostraba muy sosegada, aunque en el interior estaba acongojada por un sentimiento de amargura, un mal presagio que ocurriría.

En el aeropuerto él vio aproximarse por la puerta principal a las azafatas, el piloto y el copiloto. Entre las lindas azafatas, mujeres jóvenes, llenas de vitalidad, que vestían camisas blancas y polleras azules, observó que estaba Johana. Frunció el ceño de inmediato, recordó lo que le había hecho. Ella pasó a pocos metros, ni siquiera lo miró, lo ignoró. Continuó su camino con pasotismo, sin detenerse, dirigiéndose a los brazos de un hombre apuesto, un gentleman de cabello negro y tez dorada por el sol, que la esperaba. Dante los observó por un instante desde los lejos. «¿Habrá cambiado? ¿O hará lo mismo con este sujeto?».

Ya ubicados en el avión, Anariell de lado de la ventanilla, veía el gris paisaje de la desolada ciudad, de la cual ella comenzó a formar parte. Una voz ronca desde el interior de la cabina la interrumpió.

—Bueno días, pasajeros, les habla el piloto Giovanni Baptista, a mi lado el copiloto Benito Espinoza. Entrando en pista para despegue, ¡buen vuelo!

Una hermosa azafata de cabello ondulado, dueña de unas admirables piernas, caminaba de un lado a otro, recogía los pedidos de los tripulantes y se acercó a Dante.

—¿Desea algo, señor?

Él apretó la estampilla con mayor vigor y movía intermitente sus pies.

—Un whisky, por favor.

La azafata dirigió la vista a Anariell, repitió la pregunta:

—¿Señora, usted desea algo?

—No, no me apetece nada por ahora. Si la necesito la llamo —prorrumpió ella.

En el momento que el avión despegó, Dante tomó con mayor ímpetu una estampilla de la Virgen de Loreto y con los ojos cerrados escuchaba a Anariell decir:

—Por fin conocerás a mi amada España —comentó con una amplia sonrisa. La niña dormía plácidamente en los brazos de su madre.

Cuando llegaron al Aeropuerto de Barajas en España, la madre de Anariell los esperaba para recibirlos. Dante llevaba a María Dolores en upa. Con un efusivo abrazo de bienvenida ella los recibió, alzó a su nieta con lágrimas en los ojos, pero la niña llorisqueando se apartó con sus pequeñas manos y limpió sus labios con el brazo en prueba de disgusto. Dante que estaba un poco más atrás, le dio una regañina.

—Mira, María Dolores, es tu abuela. —Sonrió—. ¿No vas a saludarla?

—Todavía está cansada del viaje —replicó Anariell

—Ya habrá tiempo para conocernos —terció la abuela, emocionada de tenerlos allí.

Después de aquel episodio, se subieron al auto gris que estaba estacionado en la esquina del aeropuerto. La casa de la mamá de Anariell era espaciosa. Ella vivía sola, su marido falleció varios años atrás, cuando Anariell aun estudiaba filosofía, carrera que nunca concluyó. La mujer era de estatura mediana, de pelambreira gris y unos ojos color café que siempre conservaban una mirada nostálgica. Anariell apenas ingresó al recinto, se dirigió a su antigua habitación.

—Vuelvo enseguida, voy a ver algo —expresó subiendo las escaleras.

Dante, mientras tanto, se quedó en la sala con la pequeña a su lado y la mamá de Anariell, quien ya tenía preparado en una mesa ratonera una jarra de horchata y un álbum de fotos familiar, lo empezó a ojear y le mostró cada imagen.

—A Osvaldo le gustaba mucho esto, a Osvaldo le gustaba aquello. —Sus comentarios eran pruebas que extrañaba mucho a su marido y todavía no había superado esa despedida.

Osvaldo era un hombre apuesto que halló la muerte repentina una cafetería, víctima de un atentado perpetrada por la ETA-V, un grupo nacionalista vasco. Tenía un cuerpo atlético que lo trabajó durante muchos años en el ejército. Su tez era blanca y tenía unos ojos azules, bien parecidos a los de Anariell, tal como se podía observar en el enorme retrato que se conservaba en la sala.

En una fotografía se podía ver muy feliz a toda la familia reunida junto a un hombre. Dante, curioso por lo peculiar de esa foto, que no se parecía en nada a todas las anteriores, preguntó:

—¿Quién es este hombre?

—Es Adelardo Rodríguez Sánchez —manifestó ella y haciendo memoria, continuó—: El histórico jugador de La Leti, equipo del cual toda la familia es simpatizante. Era el jugador preferido de Osvaldo.

Luego de estas palabras, Anariell retornó al lugar en donde estaban reunidos. Sus párpados estaban hinchados de tanto llorar. Interrumpió la conversación de modo grotesco.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —increpó a la madre.

—Sabía que tarde o temprano tendríamos esta conversación —respondió—. Me alegra saber que quieras hablar de ello, y no guardarte todo el rencor.

—No te imaginas lo que sufrí... ¡que tu propia familia te dé la espalda en un momento tan difícil!

—Lo siento, hija —exclamó la madre—. Es que todo sucedió tan rápido. Tienes un corazón gigante. Jamás pensé que me perdonarías. —Sus lágrimas se deslizaban como un torrente por su arrugado rostro.

—Aún no me dijiste qué te hizo cambiar de opinión.

—Los años. Con el correr del tiempo me di cuenta del error.

—Mi hermana, ¿ella sigue con la misma postura?

—Sabés que no puedo responder por ella —musitó—. Tu hermana siempre quiso a Ernesto, me lo confesó hace dos años, antes de aquella llamada.

—¿Solo porque lo quería tenía que engañar a su propia sangre? —estalló—. Es una ingrata, porque me había costado mucho esfuerzo convencer a Ernesto para que ella fuera su secretaria. Una persona de “confianza”.

Dante estaba en absoluto silencio. Sabía que no debía intervenir en aquella conversación. Su esposa fue muy clara cuando expresó antes de partir a España: «por favor, no intervengas en la conversación con mi madre».

—Tu hermana está muy arrepentida. A ella también le hizo lo mismo.

—Fue eso lo que te convenció de mis palabras, ¿no?

—Así es —afirmó dolida—. No tenía motivos en aquel entonces para desconfiar de tu hermana menor. Y todos negaban, y pensé que tal vez buscaste una excusa para no comprometerte.

—¿Pensaste eso de mí? No lo puedo creer. —Estaba indignada.

—Ya está —terció Dante al ver que las palabras comenzaban a lastimar como el hielo y sal en la piel—. Ya dejaron las cosas en claro, como debía ser. Ahora vamos a tratar de recomenzar una nueva relación. ¿Qué les parece? —Actuó como intermediador.

—Por mí sería lo mejor —dijo la madre de Anariell.

—Digo lo mismo. —Abrazó a su madre entre lágrimas. Ese abrazo fue una muestra de reconciliación.

Esa noche cenaron en casa de la madre de Anariell. Ella tomó la arriesgada decisión de invitar a sus dos hijas al día siguiente. La pequeña María Dolores jugaba con un sonajero. La mujer sintió la obligación de informarle a su hija mayor.

—Ani, invité a tus hermanas para una cena mañana. —Una mirada irascible fue la respuesta—. Así podemos estar en familia, como en los viejos tiempos. Tu padre estaría orgulloso. —Esas últimas palabras cambiaron sus ánimos.

Luego de cenar, se pusieron a hablar de la vida hasta altas horas de la madrugada. La pequeña después de tanto saltar y jugar en el piso de cerámicas floreadas, se quedó dormida en el sofá, frente al antiguo televisor.

Al día siguiente, cuando el alba empezaba a asomar, la pareja se marchó. La noche anterior planearon visitar el castillo Buitrago. María Dolores dormía entre suaves ronquidos.

—Si quieren, pueden dejar a mi nieta mientras van. Yo la cuidaré.

—¿Por qué no viene con nosotros? —rebatió Dante.

—Prefiero quedarme, si no les molesta.

—Está bien, mamá —sentenció ella.

Anariell, sin saber lo que ocurriría horas más tarde, besó la frente de su hija y se marchó con Dante. El día estaba espléndido, el sol resplandecía imponente por encima de las excelsas estructuras metálicas.

—Cuando vayamos a otro sitio, tendrá que venir con nosotros —pregonó Dante saliendo de la casa.

—¡Lo prometo! —gritó la madre de Anariell para que lo escuchara. Ella se quedó junto a su pequeña nieta.

Capítulo XIX

Mientras conducía, ella le mostraba un poco del pasado español, de las estructuras sobrevivientes. Cuando pasaron frente al formidable castillo de Buitrago de Lozoya, Dante quedó anonadado al ver las torres macizas y las bóvedas de cubrición. Muchas veces vio el castillo en libros de arte, incluso dio algunas clases de ello. Jamás pensó que eran tan imponentes.

—Aquí se hacen ferias de estilo medieval los fines de semanas —comentó ella.

—Tenemos que venir entonces —replicó él.

Cuando estaban por regresar, Anariell tuvo, otra vez, ese mal presagio, pero a diferencia de antes, esa vez sí le dijo a Dante.

—Tengo un mal presentimiento. —Yacía acongojada.

—Vamos a casa de tu mamá ahora, tal vez esté ocurriendo algo. ¡Dios no permita!

Regresando a la casa de la madre de Anariell, por la carretera Burgos ella perdió el control del vehículo y él sólo tuvo tiempo para ladrar.

—¡Cuidado! ¡Frena!

Fue en vano, y sin poder revertir la situación, colisionaron contra la banquina. El vehículo luego del fuerte impacto despistó y dando varios giros en trompo volcó, terminó el recorrido en una zanja con las cuatro ruedas mirando el despejado cielo celeste.

Dante despertó en la cama de un hospital. Las cortinas de la habitación estaban abiertas, dejaban ver la luna redonda. Él, que se desvaneció en el impacto, intuitivamente con las manos comenzó a tantearse el cuerpo, de repente sintió un fuerte dolor en la espina dorsal que lo expresó con un bramido desgarrador. Un hombre calvo se encontraba en una cama vecina, del lado de la ventana, viendo su sufrimiento.

—A su izquierda hay un timbre, tiene que tocar cuando se siente mal, así la bonita enfermera viene.

Dante apenas podía moverse y con gran dificultad intentó mirar a quien le hablaba. Al verlo, sin dentaduras, famélico, en un estado de extrema delgadez, pronunció:

—Gracias, ¿hace mucho tiempo está acá?

—Hace varios días —respondió el hombre con una mirada taciturna. Con una gran sonrisa que mostraban sus negras encías, le demostró apoyo—. Aquí estoy mejor que en la calle.

—¿Sabe dónde se encuentra mi esposa? —inquirió con zozobro.

En ese instante ingresó la enfermera, una señora de cabello lacio y platinado que, al escuchar la pregunta, contestó con acritud:

—Sr. Maciel, ¿qué le sucede?

—Me duele mucho la espalda —acusó—. ¿Dónde está mi esposa?

—Su esposa se encuentra en una habitación contigua —resolló mientras le suministraba un sedante en el suero.

Pero no dijo más que eso. Él, preocupado, realizó un ademán, intentó bajar de la cama, pero la enfermera no le permitió.

—Usted tiene que tomar reposo.

Discurrieron varias horas hasta que llegó la madre de Anariell con su nieta en brazos. La pequeña lloraba, presentía lo sucedido. Su abuela sollozaba.

—¿Dónde se encuentra mi hija? —preguntó descontrolada—. ¿¡En dónde está!?

Pareciera paradójico que, en esos momentos tan difíciles, eran en los que había una mayor burocracia. La secretaria, con voz jovial, le solicitaba el relleno de unos papeles que la madre de Anariell los firmó sin observar con la niña en brazos que comenzó a llorar afligida. Las luces

incandescentes no le permitían ver con nitidez. Ofuscada por los faros, escuchó la voz de un hombre.

—Señora Ramos, pase por aquí.

Ella fue hasta el consultorio en donde el médico que buscaba privacidad, le dijo a la vez que frotaba sus largas manos:

—Señora, el choque que sufrió su hija y su yerno fue muy fuerte. El estado de Dante es bueno, en este momento se encuentra en observación, no sufrió heridas de consideración. Quien sufrió las mayores consecuencias fue su hija. Ella tiene lesiones craneoencefálicas, contusiones pulmonares, neumotórax y una lesión torácica cerrada que compromete seriamente al bazo y al hígado.

En ese instante, la madre de Anariell comenzó a llorar con las manos en el pecho, su corazón latió con rapidez. No entendió mucho lo que dijo el médico, pero estaba segura que no era para nada bueno.

—Doctor, mi hija vivirá, ¿verdad? —profirió en un suplicio.

Ante esa situación tan difícil en la que se encontraba, el médico dejó por un momento su científicidad.

—Señora, su hija solo se salvará con un milagro. Nosotros haremos todo lo posible, pero en verdad, está en manos de Dios su vida. —La madre de Anariell no pudo contener su quejido ante tan dolorosa noticia. Pocas horas después se hicieron presentes en el lugar las hermanas de la joven.

Anariell estuvo internada en el hospital por cuatro semanas en terapia intensiva, luchando para no cruzar ese umbral que separa la vida de la muerte. En esos días Dante hizo todo lo posible para verla. En las primeras noches se escapaba de su cuarto y se iba hasta la habitación de ella, aunque fuese un instante, solo por ver a su gran amor. Tenía plena esperanza en que podría ocurrir un milagro, como le sucedió a su amigo Ignacio.

Ella se encontraba en una habitación oscura. Unos tubos enormes atravesaban su atrofiada garganta, permitiéndole permanecer en ese mundo. Inmóvil yacía en la cama alta. Parecía que toda aquella intrínseca vitalidad se había esfumado. Él siempre se acercaba y besaba su frente pálida. La acompañaba sentado junto a ella. Lloraba en silencio, tomándole de la mano, sin dejarla escapar. Luego emprendía nuevamente su viaje de regreso. En el transcurso de los días ella, empezó a mostrar signos de mejora, como si aquel milagro fuera posible. Sin embargo, al comenzar la tercera semana de aquel suceso trágico, empezó a desmejorar notablemente su salud. Por cuestiones del destino que un diez de julio, después de haber librado una ardua batalla, su alma se desprendió de su cuerpo para vivir por siempre en los corazones de todos sus seres amados.

El médico de turno llamó a Dante que estaba en la angustiosa sala de espera, no dudó en informarle el terrible suceso.

—Tengo que informarle que hemos realizado todo lo posible para poder salvarla. No fue suficiente, y en el día de hoy ha fallecido su esposa.

La madre de Anariell que oía a pocos metros lo que decía el médico, se tomó de los cabellos y con un desgarrador grito, que salió desde lo más profundo y recóndito de su alma, se lamentó.

—¡No, mi hija no! Esto no puede ser posible.

Las hermanas de Anariell, que cuidaban a su pequeña sobrina, la socorrieron entre llantos. Dante no podía creerlo, el amor de su vida se había marchado. Con la cara entre los dedos, berreó entre quejidos y lamentos. Una postal desoladora fue la que se vio esa tarde en la sala. La madre

tirada en el suelo, llorando entre lamentos, frente a su nieta que también lloraba al oír el plañir de todos. Las hermanas abrazándose, no creyendo lo que sucedía. Del otro lado de la sala estaba Dante, un gran dolor oprimía su pecho, la boca del estómago le retorcía. El llanto se apoderó de él. Incompresible es la angustia que se vive por la pérdida de un ser amado.

El día en que la velaron era lluvioso, no cesó de llover en toda la madrugada desde la muerte de Anariell. Por los rincones del salón velatorio se podían ver a algunos amigos de ella, quienes se acercaban a Dante brindándoles palabras de aliento y resignación. Cerca del mediodía llegaron las dos hermanas menores de ella, vestidas de luto. No se parecían en nada a Anariell, sino más bien a su mamá. Acompañaron a su madre, caminaron por el lúgubre salón y se sentaron en un rincón, lloraron apenadas, se tomaron de las manos y recostaron las cabezas en el pecho de la madre, quien a cada instante se lamentaba por la muerte de su hija. Dante se acercó y sin decir palabras, las abrazó, luego las dejó que siguieran personalmente su duelo. En el centro del salón dos caballetes sostenían el féretro de nogalina, él caminó hacia a este y dejó relucir su dolor. Contempló la belleza tan sublime de ella, antes de que fuera sellado por siempre y tan solo viva en sus memorias, Anariell con su pulcro vestido de seda blanco, estaba tan bonita para asistir a la morada eterna. Parecía plácidamente dormida, en un sueño profundo, ajena a los problemas de ese mundo. La tomó de su mano fría, le prometió cuidar de María Dolores y pidiéndole que los guíe a lo largo de la vida. La caravana con el coche fúnebre, que se dirigía con lentitud hacia el cementerio, repleto de coronas de flores perfumadas, avanzaba y acrecentaba el sufrimiento.

Cuando llegaron al cementerio, un sacerdote los esperaba. Descendieron el féretro del coche, con gran dificultad, a causa de la cantidad de barro acumulado en el suelo. En el momento en el que el sacerdote pronunciaba unas palabras, la lluvia se tornó más violenta, desatándose un diluvio. Anariell descansó para siempre en Madrid, la tierra que la vio nacer y que la vio partir.

Esa misma semana, Dante y su pequeña hija regresaron a Misiones. La madre de Anariell se fue a vivir con su hija menor, intentó dejar atrás su doloroso pasado. Después de esa trágica situación, de la pérdida irreparable, él debía ser lo suficientemente fuerte para poder encaminar a María Dolores en ese mundo. Esperanzado en que Anariell lo guiara, se convirtió así en el ángel protector de ellos.

Capítulo XX

Qué triste resultó la vida desde que el amor de su vida se marchó. Buscó consuelo en sus amistades. La pequeña María Dolores fue su centro, su norte, quien llenara de alegría su vida y el motivo para estar de pie. La niña creció tan deprisa, que cuando Dante se dio cuenta, ya iba a empezar el jardín de infantes. Todas las mañanas la llevaba a la escuela, acompañándola en el colectivo. Él contaba historias durante el viaje, o simplemente escuchaba las ocurrencias de su hija.

Un día de abril llegó la pregunta que destrozó su corazón.

—Papá, ¿dónde está mamá? —ante el silencio profundo—. Es que todos los niños de mi escuela tienen mamá, y yo no...

A Dante los ojos se le aguaron. Quiso responder, y solo alcanzó a decir: —En el cielo...—. Ya que la niña continuó con su voz blanca e inocente.

—La maestra dijo que tendremos la fiesta de la escuela, y teníamos que invitar a papá y mamá ¿Ella no puede bajar del cielo para verme, aunque sea un ratito? —A Dante se le hizo un nudo en la garganta y no pudo responder la pregunta. Solo atinó a hacer un mohín de tristeza y a abrazarla. Así padre e hija se estrecharon en un consternado y sentido abrazo.

Sin embargo, cuando llegó el día de la fiesta, la niña fue la más feliz de todos los presentes. Pues estaban allí su padre, sus abuelos paternos, y por casualidades de la vida, Gabriel también pudo asistir. La sonrisa instantánea de María Dolores quedó registrada en la fotografía de Raúl. Juntos a ellos también estaba Ignacio y su esposa, acompañando a su hijo, quien iba a la misma escuela. Entre ellos se comentaban el parecido que tenía la niña con su madre. Estaban sorprendidos. María Dolores y sus compañeros bailaron una canción en la que actuaron de árboles, animales y hadas. La hija de Dante estaba disfrazada de hada. Luego de ese baile, dejaron el patio para dar lugar a los alumnos más grandes. Entre tantas risas, se vivía un verdadero ambiente familiar, lleno de buenas energías. Sin embargo, a él solo bastó ver a una madre limpiándole la cara a una niña para que su memoria se volviera nostálgica y pensara en ella, la mujer de los ojos color mar. Un tirón sutil del pantalón lo sacó de sus cavilaciones. Era María Dolores quien pedía que la hiciera upa.

Y así fueron sus días. Ninguna mujer atrajo más su interés. Todo aquel romance que tuvo con las fiestas y el alcohol quedó en el pasado. Se ocupó únicamente de María Dolores y de su trabajo. Siquiera volvió a tomar el pincel para pintar cuadros. Todas las vacaciones Gabriel le traía obsequios. La niña fue creciendo, y cuando menos se dieron cuenta, ya estaba por cumplir quince años. Estaba hecha una señorita. Aun no perdía la inocencia en su mirar. Era risueña, muy parecida a Anariell. Se comportaba como toda una mujer.

—Pá, quiero festejar mi cumple de quince —espetó un día desde la sala. Dante que estaba absorto en las correcciones la miró y tuvo un deja vu, y vio a la mismísima mujer que un día lo eclipsó en el amor. Se quitó los lentes y la hizo pasar a la sala. Allí sonrió y con gran nostalgia sacó del primer cajón del escritorio un sobre. María Dolores miró aquello de forma confusa.

—Esto lo tenía guardado esperando el momento oportuno, y creo que es éste —en sus ojos se observaba un cariño inmenso.

La joven con ansiedad abrió aquel sobre de cartón y sacó de él una hoja. Dante la instó a que lea. Se sentó a su lado, y comenzó a leer. Primero no entendía que sucedía, más cuando avanzaba cada línea, casi por inercia se desprendían las lágrimas. Era la carta que había enviado su abuela cuando ella cumplió un año. Al finalizar sus ojos no aguantaron tanta emoción y rompió en llanto.

Se abrazaron después de tanta emoción. Y con el corazón latiendo a toda prisa. La nostalgia mezclada con tristeza invadiendo en su pecho, dijo:

—Te tengo otra sorpresa —al ver el rostro sorprendido de ella, continuó con cierto aire melancólico—. Ésta es especial.

Sacó del mismo cajón otro sobre y se lo entregó. El silencio se apoderó del instante. Con manos temblorosas ella se puso a leer. Apenas leyó la primera frase y su pecho se hizo trizas. Era una carta que escribió Anariell cuando su hija recién nació. Tal como si pudiese anticipar el futuro, plasmó en palabras todo el amor que sentía, y dejó abierto su corazón a los más sinceros anhelos de María Dolores. Aquellas dos cartas fueron como dos pasajes al tiempo, cargados de buenas intenciones. Cuando terminó no pudo hacer otra cosa que estrecharse en los brazos de su padre, abrazándolo fuerte y queriendo que sea eterno.

Los meses pasaron rapidísimo con todos los preparativos para el cumpleaños de quince. Gabriel, como de costumbre, se encargó para que aquella fiesta sea memorable para todos. Para ello contrató un servicio de discoteca, y controló minuciosamente cada uno de los platos que se iban a servir. Dante quiso intervenir, pero su hermano no lo dejó, alegando que aquel era el regalo que quería dar a su sobrina.

El día del cumpleaños el cielo estaba despejado. Por pedido de su abuela Eva, se fueron a misa temprano para dar gracias a Dios por el don de la vida. María Dolores estaba sentada junto a sus compañeros de escuela. Dante la observaba de reojo, abstraído de tanto en tanto en aquel tiempo en que pudo tocar el cielo con las manos. En plena homilía se preguntó por qué Dios arrancó de su lado a Anariell.

La fiesta se realizó en la noche. Todos estaban eufóricos cuando la vieron descender del auto. Ella estaba tan hermosa ese día. Con un vestido turquesa. Era un retrato viva de su madre. Esbozaba una gran sonrisa que provocaba que aquel que la mirara sonría por acto de inercia o pura felicidad. Todo era color de rosas aquel día. En un momento de la noche Dante sonrió al ver como se miraban el hijo de Ignacio y su hija. Si bien al comienzo sintió algo nervios y celos, no pudo contener una risa al ver como su hija iba creciendo. Asintió con un gesto de satisfacción al ver que, a pesar de todo, ella estaba bien. Ese día terminó como un ensueño.

Un día regresaba en el colectivo después de haber dado clases, no era un día igual a los otros, ese era especial porque se conmemoraban veinticinco años de la muerte de Anariell. En un momento del viaje se asomó a la ventana, colocó sobre el vidrio su fría y arrugada mano que aún conservaba en el dedo anular el anillo dorado. Limpió el frágil cristal que estaba empañado a causa del frío y miró a través de este las grandes estructuras de la ciudad que marchaban rumbo al cielo. Alzó la mirada para ver la luna, pero esta se ocultaba entre la cerrazón. Entonces optó por acomodarse el cuello del saco y ver hacia dentro del colectivo. Los asientos estaban casi todos vacíos, a excepción de una señora ubicada detrás del conductor.

Durante el trayecto recordó con melancolía a Anariell, ¡cuánto la extrañaba! Sin embargo, percibía una sensación de que nunca se marchó de su lado. Reflexionó en lo efímero que era la vida; ¿cuál es el propósito que el destino deparaba para cada una de las personas? ¿Llegaban a concretarlo? Si ante las distintas adversidades que se presentaban en sus vidas, ¿podían revertir la situación? ¿Qué era lo que los motivaba a seguir viviendo?

Al llegar a su destino, tocó el timbre y descendió por la puerta trasera del transporte. Allí lo

esperaba María Dolores, con su figura esbelta, tan hermosa como su madre y con esos mismos ojos color mar que alguna vez lo hechizaron. La abrazó con efusividad y juntos se marcharon con lentitud por el frío asfalto.

Epílogo

Yaciendo en la cama del hospital con unos tubos de oxígenos que lo ayudaban a respirar, se encontraba Dante. Esa mañana amaneció con un fuerte dolor de pecho y tos constante. A su lado, cuidaba de él su hija María Dolores. A sus setenta años, parecía no tener más fuerzas.

—¡Te vas a mejorar! —le decía su hija mientras acariciaba su arrugado rostro. Él solo asintió por inercia. Su mente se encontraba pensando en una persona, en Anariell.

Sonrió al acordarse la primera vez que la vio. Rememoraba a la perfección aquel día frío de otoño. ¿Cómo no acordarse? Si era el primer día que comenzaba a trabajar en el Instituto. Por fuerzas del destino, decidió bajarse del transporte dos cuadras antes, tal vez por los nervios. Caminaba por las calles céntricas, sin esperarla, la vio. Ella lucía una remera rosada parda, los jeans ajustados y esos ojos que lo transportaron al edén. El paisaje de Anariell caminando por la vereda, en dirección hacia él, con el fondo del etéreo sol morir, el cual caía detrás de los formidables edificios, le daba lugar a la noche que creaba una musa perfecta que quedó grabado en sus retinas. Sin saberlo, el tiempo puso a aquella mujer a su lado.

—Papá ¿estás bien? —Las palabras de su hija socavaron el ensueño.

—Sí, hija, estoy un poco cansado nomás —pronunció con gran dificultad.

Sus pensamientos proyectaron la vez que soñó que ella se casaba y comprendió por qué lo había afectado esa pesadilla. «Así es entonces cuando dicen que el momento que se acerca el final, uno empieza a recordar todo, hasta el más mínimo detalle», carraspeó.

Recordó la luna de miel que tuvieron en México, tan lindo fue aquel viaje. También le invadieron los recuerdos tristes, como el día en que encontró a Mariel engañándolo y se fue hasta las vías del tren. Y la vez que confió en Johana y le rompió el corazón. «La vida siempre da una segunda oportunidad».

Al caer la noche, Dante pidió a su única hija un deseo:

—Mar... —Ella se acercó—. ¿Podés traerme el cuadro que pinté de tu mamá?

—Sí, mañana te lo traigo.

—Por favor, que sea ahora.

—Está bien, pero, ¿quién te va a cuidar?

—Solo serán un momento, la enfermera se encargará mientras —sentenció, convenciéndola.

María Dolores besó la frente tibia de su padre y marchó en busca de aquella pintura. La noche caía. Al retirarse ella, la salud de Dante comenzó a desmejorar. Sus pensamientos proyectaban un puñado de recuerdos felices. La imagen de Anariell cada vez era más nítida ante sus ojos, invitándolo abrazarla. ¡Tan hermosa la veía! Intentó reincorporarse de la cama con gran dificultad, mas no lo logró.

El corazón le latió cada vez más lento. En el último suspiro pronunció con una sonrisa:

—¡Anariell!

Por fin pudo reencontrarse con su amada, la mujer que lo rescató del abismo, la mujer de los ojos color mar.

Biografía

César Daniel Batista nació el 8 de abril de 1993 en Posadas, Misiones, Argentina. Es el séptimo hijo de Luís Batista y Angélica Cristaldo. Es profesor en Historia y es auxiliar de diseño gráfico.

Es miembro de la SADEM (Sociedad de Argentina de Escritores Filial Misiones), donde ha creado herméticos poemas que han dado frutos sublimes.

Estudió en Instituto Superior Antonio Ruiz de Montoya. Hizo sus prácticas de profesor en varios colegios y obtuvo no solo la experiencia como docente, sino también como una persona autónoma, que se deja llevar por sus ideologías y que, sin duda alguna, aprendió a digerir el punto de vista de terceros, para así plasmarlo en futuros manuscritos.

En el año 2019, participó en una antología de escritores de Misiones, en el cual publicó su primer relato corto.

REDES SOCIALES:

Instagram: @cesarbatia.official

Facebook: @cesarbatia.official

Twitter: @CesarBati_Of

E-mail: escritorcesarbatista@gmail.com

Contenido

[Capítulo I](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)